



# Patria, justicia y pan

**Antonio Martínez Menchén**

Patria, justicia y pan  
Antonio Martínez Menchén

[ammenchen@gmail.com](mailto:ammenchen@gmail.com)

A mi suegro, el pintor Lorenzo Aguirre, que víctima de la represión política fue vilmente ejecutado en Porlier en el año 1942

Una lluvia tan menuda que, más que caer al suelo, parecía flotar en el aire, tejía una sutil tela de araña en torno de los faroles de gas. Aquellos vilanos de oro puro eran los únicos puntos de luz en la oscuridad de la noche. Faltaba aún más de una hora para amanecer y, en la ciudad dormida, tan sólo el ronroneo del motor y la luz de los focos de algún que otro taxi daban de tarde en tarde una aislada señal de vida.

Benita caminaba lentamente. Desde su casa a la ancha calle de Bravo Murillo tan solo había unos pocos pasos, pero a ella le esperaba aún una larga caminata..Tenía que seguir hasta Cuatro Caminos, bajar por Santa Engracia hasta Alonso Martínez y continuar por Génova para torcer hacia la Plaza de París. Este era su largo camino cotidiano.

El agua helada clavaba en su cara diminutas agujas de fuego. Tenía las manos ateridas y un dolor que parecía brotar de sus huesos en todo el cuerpo. Andaba lentamente arrastrando los pasos, y no solo porque la oscuridad apenas disipada por los escasos faroles ponía un freno a su caminar, sino porque sus pobres piernas cansadas por tantos años y pasos, casi no se podían despegar del suelo.

Aún tardarían en aparecer los primeros tranvías. En las escaleras del cerrado metro de Alvarado, se acurrucaban algunas confusas sombras que buscaban en vano un ligero abrigo para su sueño. Y Benita recordaba cómo, durante la guerra, más de una vez había encontrado entre una masa humana un refugio en los andenes del subterráneo cuando comenzaban a sonar las sirenas que anunciaban la proximidad de un bombardeo.

Aquello aún no estaba tan lejos. Un poco más allá de la boca del metro, en la acera de enfrente, Benita podía entrever el bulto medio borrado por la oscuridad de la casa hundida. Una larga fachada de cinco pisos, en la que se abrían como órbitas vacías los huecos de los balcones, tras la que se alzaba un montículo de ruinas donde las ratas correteaban a sus anchas.

Eulogio siempre se reía cuando volvía a casa después de una de sus largas correrías. El vivía con Manuela y la niña en una casa de Alberto Aguilera. El frente estaba a un paso y los obuses caían continuamente en el Parque del Oeste y la ciudad Universitaria y más de uno se alargaba castigando aquella zona de Argüelles. Ella continuaba viviendo en la casa de Cuatro Caminos donde había vivido siempre. Pero todos los días muy de mañana, se acercaba a la casa de su sobrina para ir de cola en cola intentado conseguir unos pocos víveres para todos. Se acercaba a tiendas a donde poca gente quería ir, casi hasta la Moncloa, porque el peligro allí era mayor. El cielo se iluminaba con los cañonazos, y más de una vez vio como se abría delante de sus pies el pozo cavado por un obús. Pero ella continuaba su marcha, sin alterarse. Era un profundo fatalismo el que la impulsaba a caminar sin miedo. Lo que tenía que ocurrir, ocurriría, hiciera una lo que hiciese.

Recordaba la conmoción que había causado en la vecindad la muerte de Antonio y Ana, los padres de Tony y Jacinto. Él había estado en el frente casi toda la guerra, sin sufrir un mal rasguño. Y ya casi al final, mientras disfrutaba de tres días de permiso, cuando paseaba con su mujer por la Gran Vía, les alcanzó una bomba que los destrozó.

Era su sino, pensaba Benita. Por eso ella, indiferente a los obuses, a los franco tiradores, a los bombardeos, sin buscar un refugio a no ser que la obligasen tirándola de un brazo, marchaba indiferente a la muerte que imperaba a su alrededor sin otra preocupación que la de buscar algún alimento para su sobrina y su niña.

A veces, cuando estaba en casa y la veía regresar de sus excursiones, Eulogio se reía diciendo.: " Esta. Benita es la monda. Por donde ella va hay más peligro que en el frente, y la buena mujer ni se entera. Cuando yo digo que tu tía es un bulto, que ni siente ni padece..."

Pero no, ella sentía y también padecía. Eulogio no era malo y le quería., pero era brusco y desconsiderado en su trato con ella. A veces traía golosinas, y siempre reservaba alguna para ella. Pero en lugar de dársela normalmente, lo que la hubiese llenado de alegría y ternura, se la arrojaba al suelo, y cuando se

inclinaba para recogerla, decía " busca, pachón", entre grandes risotadas. Y su mujer y la niña reían también.

Poco a poco, paso a paso, Benita ha hecho más de la mitad de su camino. Estaba ya llegando a la glorieta de Alonso Martínez. Aquí, aun cuando a veces se encontraban algunos restos de los estragos de la guerra, mejoraba el aspecto de la ciudad. Las casas eran más lujosas., los faroles de gas más abundantes. Pero todavía era noche cerrada y la lluvia, ahora más gruesa y abundante que cuando había salido de su casa, continuaba empapando a Benita, helándola hasta los huesos.

Continuaba arrastrando sus cansadas piernas, camino de su trabajo. Era bajita y menuda, de rostro redondo como una manzana, nariz aguileña y labios finos. Nunca había sido guapa, y seguramente por eso nunca tuvo un hombre que la mirase a la cara. Aunque ella tampoco había buscado a los hombres. Ahora, ya una anciana, vestida de negro hasta los pies, envuelta en una toquilla también negra de lana deslucida, tan gastada que casi no la protegía del frío, podía marchar entre la multitud sin que nadie reparase en su existencia, desliziéndose tan ignorada y desatendida como una sombra.

Allí cerca, en la calle de Almagro, vivió aquel señorón a quien su sobrina llamaba "su padrino". En realidad nunca había sido su padrino, pero sí la había protegido y había hecho que pudiera durante unos años educarse en aquel colegio de monjas del que tan orgullosa estaba. Pero él murió cuando la niña empezaba el bachillerato, y ya no pudo continuar. Después murió la madre, y como con el padre no podía contarse pues no estaba en condiciones de atender a la niña, tuvo que ser ella quien se ocupase de la sobrina, dándole el sustento y la casa hasta el día que se casó.

Pero la niña nunca había olvidado a su padrino y estaba muy ufana de ser el ojito derecho de aquel señor que había sido, según no se cansaba de decir, Ministro de Hacienda. Eso al menos decía Manuela, aunque Benita no podía afirmarlo porque ella no entendía de esas cosas. Sólo sabía que su hermana María había trabajado en la casa de aquel señor como cocinera y que el señor, según contaba su hermana, profesaba un gran afecto tanto a ella como a la niña. Su hermana era guapa, no se parecía a Benita, y ella siempre se había preguntado como con aquella cara y aquella figura se había casado con aquel pobre hombre con quien su hermana se caso, y al que nunca hizo el menor caso. En fin, cosas de la vida.

Había llegado ya al gran edificio donde trabajaba desde las seis de la mañana hasta las once. Entro por una puertecilla trasera, y se incorporó a un grupo de mujeres oscuras como ella, pobres y humildes como ella, que estaban esperando la llegada del ordenanza. Este apareció, abrió una puerta adosada a la pared y las mujeres entraron en un cuartucho para recoger sus útiles de trabajo. Cogieron cada una un cubo que llenaron del agua de un grifo que había en la pared del cuarto, una bayeta, estropajo, lejía y jabón. Después se dispersaron para realizar cada una la limpieza de la parte que se le había asignado. Toda la zona noble del edificio tenía que estar terminada antes de la diez, para no entorpecer demasiado el quehacer de los jueces y letrados.

Benita comenzó por la gran escalinata. Se arrodilló y empezó a fregar el primer peldaño, mas largo que cualquiera de los cuartos de su vivienda. Llevaba más de treinta años fregando en aquel edificio. Ahora estaba solitario y silencioso, débilmente iluminada; pero dentro de unas horas estaría inundado de luz, lleno de voces y ruidos, cruzado de un lado a otro por aquellos hombres de atavío solemne a quienes apenas se atrevía a mirar. Esto había sido así durante más de treinta años. Con la monarquía, con la dictadura de Primo de Ribera, con la República, y ahora con Franco. Ellos cambiaban. Muchos de los que habían pasado junto a ella durante el régimen anterior estarían ahora en la cárcel o acaso muertos. Pero a ella todos le parecían igual. Igual de solemnes, de majestuosos, con sus togas con sus birretes cruzando erguidos junto a ella que, postrada a sus pies, fregaba el suelo.

Luisa se estiró en la cama ronroneando como un gatito perezoso. Aunque debía de ser tarde, se negaba a abrir los ojos. Muchas veces la despertaba el calor del

sol que entraba a través de los cristales y el trinar de los pájaros del pequeño jardín de la entrada. Pero ahora no había sol. Luisa escuchaba el golpear de la lluvia en la ventana y cuando al fin despegó los párpados, pudo ver que hacia un día triste y desapacible.

En el colchón aún se notaba el hueco del cuerpo de Gumersindo. Gumersindo se había levantado temprano, sin despertarla. Tenía que ver a alguien importante para sus negocios y luego tomar el tren para Córdoba. Él venía a Madrid dos o tres veces al mes, pero esas dos o tres veces las aprovechaba bien. Gozaba del cuerpo de Luisa todo lo que aguantaba el suyo y, a pesar de su figura rechoncha, de que ya había pasado hacía tiempo la juventud, de que no le tenía el menor cariño ni sentía la menor atracción por él, a pesar de todo eso, ella también gozaba.

Era curioso como podía gozar con los diversos hombres con quienes se acostaba buscando tan solo su dinero. Y sin embargo era así. Pensaba que, continuando con esa vida, acabaría matando no solo el amor, sino también el placer. Pero aún no había llegado a eso.

Más de una vez se lo había dicho Antonio. " Tu eres el sexo hecho mujer, ardiente como una gata, llena de un fuego que te consume y que consume a uno". "Es - respondía ella- porque te quiero, porque me muero por ti." (Y era verdad. estaba loca por él, su primer amante, con quien había sentido lo que ya no había vuelto a sentir con igual intensidad con ningún otro). Antonio sonreía y tras abrazarla, volvía a decir: " No, no es eso. Mi mujer también me ama, a su manera. Y sin embargo en la cama es una pava fría que ni siente ni padece. Esto tuyo, niña, es un don del cielo. Y nada satisface más a un hombre que tener una mujer que se derrita entre sus brazos".

Gumersindo aquella noche había vuelto al tema al que le estaba dando vueltas últimamente. No le gustaba que anduviese pasando de uno a otro. Tenía que acabar con el alterne de Chicote y dedicarse únicamente a él.. Y tampoco le gustaba que el alquiler de su vivienda la continuase pagando Antonio. Todo tenía que correr a su cargo. Pero eso sí, ella tendría que serle fiel. Él no era hombre que si tenía una querida, permitiera que otros la compartieran.

Ella le había contestado aceptando medio en broma. "Muy bien- le había dicho riendo- si esto es lo que quiere el señor, será lo que el señor quiera. Pero tú veras. Yo no puedo vivir con lo que tú ahora me vas dejando cuando nos vemos. Necesito bastante más, y lo del alquiler del piso, que me vendrá muy bien porque sospecho que Antonio dejará de pagarlo cualquier día de estos, es bastante caro. Así que para tres veces al mes que nos vemos, creo que el negocio no te va a compensar".

Gumersindo le había replicado que no se metiese en su economía. Que le resultase o no gravoso aquel asunto era algo que solo le concernía a él. Además, lo de la frecuencia de sus encuentros iba a cambiar. Estaba trabajando en un negocio que le obligaría a venir a Madrid todas las semanas, y no como ahora, en un viaje de ida y vuelta, sino para permanecer dos o tres días seguidos.

-Muy bien. A ver si es verdad- había concluido ella. Pero sabía que no, que todo aquello era solo hablar por hablar y hacerse el celoso y el importante, y que todo continuaría como hasta ahora.

Se levantó de la cama. Sobre la mesilla de noche vio unos billetes y un paquetito. Ciento cincuenta pesetas. Era lo de siempre, como si hubieran fijado una tarifa. No estaba mal. Abrió el paquetito. Dentro había un estuche con una cadena. Era una cadena de plata. Tampoco se excede, pensó. Podría al menos haber sido de oro. Bueno. Se la llevaré a Rosita. Seguro que a ella le hará ilusión.

Mientras se quitaba el camisón para bañarse y vestirse contempló su figura en el espejo del armario que estaba enfrente de la cama. Tenía algo de ojeras, consecuencia de la agitada noche anterior. Una vez más se recreó en aquel cuerpo desnudo tan bien formado, de pechos erectos, de piernas firmes y bien torneadas, de carne nacarada y sedosa. El óvalo de su cara era algo alargado, la nariz recta, los labios gruesos y sensuales, el pelo negro y sedoso. Pero lo más bonito, sin duda, eran los ojos, unos ojos verdes grandes y ligeramente achinados, de mirada tierna y sensual.

Como iba a casa de la abuela se vestía modestamente, aunque donde la abuela vivía aquella modestia podía parecer lujo. Tendría que coger un paraguas para no

mojarse, pues hasta casa de la abuela había un buen camino y tampoco merecía la pena coger el metro, que distaba bastante, para luego hacer una sola estación. Su hotelito estaba al final de Reina Victoria, cerca del estadio. Era una zona de pequeños chalet que había elegido Antonio cuando le puso piso, porque aparte de estar lo suficientemente alejada del centro para que algún conocido pudiera sorprenderle, se trataba de una vivienda unifamiliar, libre de las miradas inquisitoriales de los porteros de las casas de pisos y de chismorreos de los vecinos. Un lugar discreto donde, por eso, no eran raras situaciones como la suya.

Bajo el abrigo del paraguas comenzó a subir la avenida en dirección a la glorieta de Cuatro Caminos. Algunos hombres volvían la cabeza al cruzarse con ella, mirándola descaradamente. Estaba acostumbrada a esas miradas e incluso a los piropos, algunos ingeniosos, los más groseros y soeces. Pero ella no se alteraba e incluso sentía un cierto gusto ante aquellas manifestaciones de deseo.

Daría las ciento cincuenta pesetas a la abuelita. Con eso tendría para pagar la academia de baile de Rosita e ir tirando durante toda la semana. A ella le agobiaba la estrechez con que vivían su abuela y su hermana, pero no consideraba prudente darles más. Al menos tenían donde vivir, y no pasaban hambre, lo que no era poco en aquellos tiempos. Antes su abuela cosía, hacía vestidos y pantalones, y volvía chaquetas y abrigos ya demasiado gastados y viejos. Así es como había podido mantener a las dos hermanas hasta que ella encontró trabajo en la joyería de Antonio. Pero ahora estaba ya demasiado vieja, casi impedida para la máquina de coser, y aunque Rosita había comenzado a coser, era muy poco lo que podían sacar de la humilde clientela que tenían en aquel barrio.

Cuando le dijo a la abuelita que se iba a vivir sola, ésta se echó a llorar. Sin duda pensaba mal y, como decía el refrán acertaba. La tranquilizó diciendo que se había ido a vivir con una compañera de trabajo, que tenía un piso más cercano al centro y que comía con ella quitándole así una boca de encima. Además, su piso era muy pequeño, no tendrían que pasar tantas estrecheces. Rosa tendría una habitación independiente, podían montar un cuartito de costura, en fin, que sería mejor para todos. La abuela se dejó convencer. Más tarde, cuando acabó con Antonio y empezó a llevarles más dinero, lo justificó diciendo que había encontrado una colocación de modelo en una boutique, que estaba muy bien pagada y que pronto podría sacarlas de aquel piso y vivirían todas juntas en una buena casa. La abuela parecía creerla, aunque siempre la escuchaba con una sonrisa triste y los ojos cuajados de lágrimas.

Esta tarde, piensa tiene que pasarse por Chicote. Tendría suerte si Esteban se acercaba por allí, Era ya un viejo cliente, un amigo, y además estaba lo de posar como modelo. Esto es lo que le había inspirado su mentira la mentira que había contado a Rosita y la abuela. Pero además de una mentira, lo de posar como modelo era una ilusión. El propio Esteban le había dicho que tenía clase y cuerpo para eso. Le había insistido en que le diese trabajo en su establecimiento, que vería como quedaba contento con ella. Él, sin negarse, se hacía el sordo o le daba largas. Pero ella no desesperaba. A lo mejor, insistiendo y tratándolo con simpatía y cariño, se producía el milagro. Ojalá que esta tarde cayese Esteban por Chicote

Amparo sale de casa y se dirige hacia Bravo Murillo. Está lloviendo, pero la panadería se encuentra nada más doblar la esquina de su calle.

Amparo lleva bien sus cuarenta años. Un poco entrada en carnes, pero lozana y frescachona, esta morena de grandes ojos negros aún resulta una mujer apetitosa. Amparo tiene que hacer frente ella sola a la dureza de la vida. Amparito podría ya estar trabajando porque a sus diecisiete años son muchas las que ya trabajan, pero Amparo prefiere que su hija tenga un trabajo digno, que no ande de modistilla ni de dependienta en cualquier tenducho ganando cuatro cuartos, ni limpiando, lavando y fregando suelos como muchacha de servir, aguantando la impertinencia de cualquier señora de mediopelo como le toco aguantar a ella. No, Amparo quiere que su hija trabaje en una oficina, y por eso se sacrifica para que pueda estudiar mecanografía y taquigrafía en esa

academia de la calle Sagasta. Mientras, ella se encarga de que salgan adelante, aunque sea pasando hambre. No son las únicas que la pasan en estos tiempos en los que hay que dar gracias a Dios porque aún una este viva y pueda seguir tirando.

Amparo da gracias a Dios cuando se acuesta. Reza un padrenuestro como buenamente puede pues casi ya no recuerda las oraciones que, cuando niña, aprendió en la parroquia de su pueblo. Ella cree en Dios a su manera. No en los curas, valiente gentuza, que en parte son los responsables de que su Julio esté en Ocaña. Y esto con suerte, porque cuando le juzgaron le condenaron al paredón. Ella recuerda la angustia de aquellos días, siempre con el temor de que le llegase la noticia de que le habían fusilado, y la inmensa alegría que tuvo al saber que le habían indultado, conmutándole la pena por la de treinta años. Y todo porque era de la UGT, como casi todos los obreros en aquella época. De la UGT o de la CNT, pero de algo había que ser porque, como decía su Julio, los obreros tenían que sindicarse para defender sus derechos y cortar el abuso y la explotación de los patronos. Pues ése había sido todo su delito. Ése y el haber luchado en la guerra. Auxilio a la rebelión, decía la sentencia, cuando los rebeldes habían sido ellos.

Cuando entró en la panadería aún había algunas mujeres recogiendo su ración de pan, aquel pan amarillo que no había quien lo tragara. Estaban despachando Eugenio y el chico. Hizo disimuladamente una seña a Eugenio y éste la correspondió. Esperó a que la tienda estuviese casi vacía. Entonces el panadero entró en la trastienda. Ella salió y se metió en el portal de al lado A la izquierda de la escalera, la puerta que comunicaba con la panadería estaba entreabierta. Entró.

El panadero estaba esperándola. Sonriendo, dijo

- ¿ Que hay, hermosa, cómo va el negocio?
- ¿Cómo quieres que vaya ? Mal. ¿ O te crees que mi negocio es el tuyo? Qué más quisiera yo...
- Oye guapa, que no es oro todo lo que reluce....
- Quéjate. Estáis haciendo el agosto todos los tenderos
- Bueno. Dejemos esto. ¿ Cuántas quieres hoy ?
- Como siempre. Dame diez.
- Diez son muchas. Confórmate con ocho
- ¿ Porqué ese recorte ? ¿ Qué mosca te ha picado?
- Es que también tengo otros clientes, no creas...
- Serán clientas. Pero yo soy la más antigua, y de la vecindad
- Bueno, serán diez, pero tengo que subirte algo. A una cincuenta
- ¡ Qué barbaridad ! ¿ Entonces qué me va a quedar a mí ?
- Véndelas a dos pesetas.
- ¡ A dos pesetas ! ¿ Pero tú crees que hay alguien que compre la pieza de pan a dos pesetas ? A una cincuenta ya es demasiado. Y yo no puedo entretenerme regateando, porque siempre hay que estar pendiente de los guardias. Déjamelas como siempre, a una peseta, y así al menos saco cincuenta céntimos por barra.
- A una cincuenta, sin moverme del mostrador, me las quitan de las manos. ¿ Por qué voy a perder cinco pesetas? ¿Por tu cara bonita..?
- Por eso, y porque llevamos mucho tiempo así, y porque te soy simpática.

El panadero sonrío y se aproxima a ella. Le pasa el brazo por la cintura y, mientras la besuquea el cuello, susurra.

- ¿De verdad que eres simpática ? ¿ Cuánto de simpática. ?

Amparo, sin dejar de reír, responde:

- Mucho
- ¿De verdad? -, dice el panadero mientras sigue besuqueándola las mejillas y el cuello y le suelta la mano de la cintura para magrearle los pechos.

Amparo ríe sin contestar, dejándose hacer.

Eugenio la empuja contra la pared y mete su mano por debajo de la falda de Amparo, posándola en su muslo. Después pretende subirle las faldas y derribarla, pero ella lo rechaza con un fuerte empujón.

- Guapo, eso sí que no.
- ¿ Por qué no?
- Porque ésta solo se abre de piernas con su marido.

- Mira con lo que me sales. Besarte y sobarte bien, pero de lo otro nada.
- Eso es. De lo otro nada. Y besarme, pero no en la boca.
- Pero que absurda eres....
- Como quieras. Pero una tiene sus reglas.
- Que son el calentar a uno para nada. No eres muy simpática, digas lo que digas.
- Sí, soy simpática. Pero no le pongo los cuernos a mi marido
- Si eso no es poner cuernos..
- A mi entender, no.

Eugenio calla. Por un momento ambos se quedan mirándose, ella con una sonrisa pícaro, el con un gesto ceñudo.

- Vamos, no te enfades. Ya sabes que conmigo haces buen negocio y tienes una buena amiga. Vuelve al mostrador, que te va a sisar el niño. Yo me voy, que tengo muchas cosas que hacer. Y ah,- dice ya desde la puerta- tu llevas demasiado tiempo viudo.

Deberías casarte.

Pili camina por la Cuesta de Santo Domingo en dirección al bar de la plaza del Carmen donde ha quedado con Juan. A la tarde, sobre las cinco, él pasará al cabaré para revisar si funciona correctamente la instalación eléctrica, y allí permanecerá hasta que cierre por si ocurriera algún percance. Ella irá más tarde, pues antes de las nueve y media no tiene nada que hacer allí.

Es una mañana fría y lluviosa. Le recuerda el tiempo que hacía en su pueblo, por tierras de Burgos. Aunque allí hacía aún mas frío y, por estas fechas, generalmente nevaba. De niña, cuando iba a la escuela donde aprendió a leer, a escribir y las cuatro reglas, las manos, llenas de sabañones, se le congelaban dentro de aquellos guantes que apenas abrigaban. Ahora ya no tiene sabañones. Será porque hace menos frío que en su pueblo, o porque ya es mayor o porque, dentro de lo malo, come un poco mejor que entonces.

Pili tiene un gran aprecio a Juan. No podría decir si es amor, porque con lo que ha pasado, no siente deseo por ningún hombre, y sin deseo no puede haber amor. Eso es lo que ella piensa, aunque tampoco está seguro de ello. Se puede amar lo que no se desea. Se ama a los padres, a los hermanos a los hijos. Pero eso es distinto, aunque tampoco está segura. De lo que sí está segura es de que lo que siente por Juan es otra cosa que la simple simpatía o afecto. Y también está segura de que Juan siente por ella afecto y simpatía, pero no amor. El no puede sentir amor por mujeres como ella.

Muchas veces ha pensado que ella no tiene la culpa de ser como es. Después de todo era casi una niña (entonces no se llamaba aún Pili, sino Genara) cuando llegó a su pueblo aquella compañía de soldados que, bajando del norte, se dirigían al frente de Madrid. Llegaron ya avanzada la tarde y decidieron pernoctar en el pueblo. El alcalde se propuso organizar una fiesta en su honor, con baile y limonada. Ella, impulsada por sus amigas Paquita y Sisinia, y contra la voluntad de su padre, quiso ir al baile. Resultó muy divertido. Bailo con unos y con otros, hasta que aquel sargento alto y de bigote fino la tomó por su cuenta. Había bebido bastante limonada y como no tenía costumbre de beber, sentía una extraña sensación. Estaba eufórica y, al mismo tiempo, algo atontada. El sargento la hizo beber más. Después, casi sin darse cuenta de lo que hacía, dejó que la sacara del baile y la llevase hasta el pinar. Allí la tendió en tierra. Intentó resistir, pero su cabeza le daba vueltas y no tenía fuerzas para luchar. Se dejó hacer. Al día siguiente el sargento se fue con la compañía y a los tres meses se comprobó que ella estaba embarazada.

Si hubiera vivido su madre a lo mejor todo hubiera sido distinto, pero su madre hacía años que descansaba en el cementerio. Su padre quiso echarla de casa inmediatamente, pero su hermana mayor le hizo frente. -Al menos- le dijo- hay que esperar a que tenga el hijo, luego ya veremos-. El parto vino mal, la partera sacó a la criatura casi en pedazos y ella durante dos meses, estuvo a la muerte. El padre se mostró inflexible, y ella se fue a Madrid.

Llegó a Madrid con una caja de cartón donde llevaba un vestido y un par de mudas de ropa interior. Hacía tan solo algunos meses que había terminado la guerra y

Madrid le pareció una ciudad confusa y terrible, con edificios derribados, con un mar de gente triste y mal vestida que vagaban de un lado a otro como fantasmas, con automóviles que le producían terror cada vez que tenía que cruzar una calle. Erraba perdida de un lado para otro, sin saber qué hacer. Su hermana le había proporcionado unas señas. Una amiga suya tenía una hermana que también, antes de la guerra, se había marchado a Madrid. Un día la hermana recibió una carta dirigida a ella, la única que recibió la familia, en la que le decía que, si pasaba algo, podía escribirle a las señas que le indicaba. Pues bien, fueron esas señas las que le dio a su hermana cuando supo que Genara se iba de casa, por si podían servirle de algo.

Confusa y desorientada, decidió dirigirse a la casa donde vivía aquella chica de su pueblo. Tras mucho preguntar llegó con su caja al brazo a la calle de la Reina. Buscó el número que figuraba en las señas. Era una casa buena, donde pensó que debía vivir gente acomodada. A lo mejor aquella chica trabajaba allí de criada. Aunque la casa tenía ascensor, ella subió por las escaleras al tercer piso. Había una puerta con montante de cristales coloreados. Permaneció dudando unos segundos y, al fin llamó.

Salió a abrir una muchacha joven, muy pintada, vestida con una bata ligera semiabierta que permitía ver su combinación rosa. La muchacha le preguntó qué es lo que deseaba. Ella, con voz temblorosa contestó que venía en busca de Lucía Castaños. La muchacha le respondió que allí no había ninguna Lucía Castaños. Entonces sacó la carta y se la enseñó. La muchacha, tras un momento de duda, pulsó un timbre que había en la pared.

Al cabo de un minuto apareció una mujer de mediana edad, entrada en carnes y vestida con una falda ceñida y un jersey negro que resaltaba sus opulentas formas. Leyó la carta que le dio la muchacha y dirigiéndose a ésta, le dijo:- Sí, esta Lucía Castaños es Azucena - y luego, hablando con Genara añadió:- Pero ya no está aquí.

Se quedó en la puerta, sin saber qué hacer. Al fin preguntó si podían darle sus nuevas señas.

La señora estuvo unos momentos observándola detenidamente. Después la ordenó que la siguiese.

Atravesaron un gran salón y luego una sala más pequeña. En el salón había unas cuantas muchachas muy pintadas y medio desnudas y un par de hombres que charlaban con ellas. La sala estaba desierta. Junto a la sala había un cuarto con una mesa de camilla, sillas y dos butacas de cretona. Adosada a la pared de la izquierda de la puerta una consola cargada de figuritas de escayola y relojes de mesa, y en la pared de enfrente dos cornucopias y, entre las dos, un cuadro de la Virgen del Carmen.

La señora tomó asiento en una de las butacas. Genara permaneció en pie.

- Pues sí- dijo.-. Lucía, que aquí se llamaba Azucena, permaneció dos años en esta casa. Luego un cliente se encaprichó con ella y al parecer se han casado. A veces pasan estas cosas. No he vuelto a saber de ella. ¿Tú la conocías?

- Sí.

-¿ Era de tu pueblo? ¿Porque tú vienes del pueblo, no...?

Bajó la cabeza afirmativamente.

- ¿ Y por qué has venido a Madrid?- Y al ver que no le contestaba, añadió:- Te han echado de casa. Seguro que has tenido un desliz.

Se puso a llorar. La señora, levantándose, le pasó el brazo por el hombro en un gesto protector.

- Vamos, vamos, no llores. No eres la primera ni serás la última. Ahora lo que tienes que pensar es en lo que vas hacer para salir adelante- La miro detenidamente, girando en torno suyo. \_Sabes, - añadió tras una pausa- eres muy joven y bastante guapa.

Volvió a sentarse. Tras un momento de silencio, dijo:

- Resumiendo. Que estas sola y sin dinero en esta ciudad donde la gente se muere de hambre. No tienes ningún oficio. Encontrar una casa donde servir, sin antecedentes y tal como están las cosas, es una quimera.. No tienes otro recurso que pedir limosna, con lo que no sacarás para comer ni para buscar un techo donde refugiarse, o andar tirada de calle en calle como tantas desgraciadas.

Pero como eres paisana de Azucena, yo te ofrezco un techo y un hogar, aparte de dinero, si trabajas para mí. ¿Qué te parece?

Permaneció en silencio, sin saber que contestar. No sabía muy bien lo que era aquella casa, ni cual era el trabajo al que se refería la señora, aunque empezaba a imaginárselo. Tenía miedo. Miedo de quedarse allí y, más miedo aún, de lanzarse a la calle. Si pudiera volver al pueblo.... Pero no podía. Su padre la volvería a expulsar.

La señora insistió

- Vamos, no lo pienses más. Ésta es una buena casa. Se come bastante bien para lo que son estos tiempos. Las chicas son simpáticas, hay un control médico y los clientes, estudiantes, empleados y pequeños comerciantes en su mayoría, son por lo general bastante educados. El trabajo puede que al principio te dé cierta repugnancia, pero te acostumbrarás pronto a él. En fin, tu sabrás lo que te conviene. Pero decídete pronto, porque no puedo pasarme la tarde contigo ¿Te quedas o no?

¿Qué podía hacer?. Con un hilo de voz, respondió que se quedaba.

La señora se levantó y la besó la mejilla

- Muy bien. Verás como no te arrepientes. Ahora, lo primero, tendremos que comprarte algo de ropa para que puedas trabajar. Esa ropa de pueblo que te gastas no es precisamente la más adecuada para trabajar aquí. Claro que te lo descontaré de tus ganancias. Tú tendrás un veinticinco por ciento de lo que saques con los clientes. Voy a llamar a Virginia para que te enseñe tu habitación y te instruya un poco sobre el trabajo y la casa. Ah, y una cosa. Tu no puedes llamarte Genara. Ese nombre horrible no sirve para este oficio. Te llamarás Pili, si te parece bien. Y no debes de cartearte con tu familia. La debes muy poco y lo mejor es romper con el pasado. A mí, como todas, me llamas madám

Pili permaneció seis meses en aquella casa. Llevaba razón madám. Al principio le daba vergüenza y repugnancia bajar al salón para pasear medio desnuda ante un grupo de hombres, esperando que la eligieran. Después, cuando subía con ellos a la habitación, aumentaba la vergüenza y la repugnancia. Durante el trabajo no sentía nada; ni siquiera aquel ligero dolor que sintió con el sargento. Pero como le dijo madám, pronto se acostumbró y únicamente sentía cansancio cuando realizaba muchos servicios, pues enseguida fue una de las más solicitadas de la casa. La comida era mucho mejor que la de su pueblo, y las chicas, en general, bastante simpáticas. Y aunque no mucho, pudo ahorrar algo de dinero

Tuvo suerte. Uno de los habituales, que siempre la elegía, era un barman de aquel lujoso cabaré que había en la calle de José Antonio.. Pronto la tomó simpatía. Un día

le dijo que iba a hablar con el gerente del cabaret para que la dejase actuar allí. Aquello- añadió - es mucho mejor. Serás independiente, ganarás más y todo lo que ganes será para ti. Lo único que te piden es que alternes con los clientes, los hagas beber y bailes si te lo solicitan. También, por supuesto, tienes que acostarte con ellos., pero puedes rechazar a quienes no te gusten, aunque sin pasarte, porque mucha gente va allí para eso y tu no puedes andar haciéndote la estrecha. Pero en fin, tienes una cierta libertad que no tienes aquí. Además, aquella gente es gente de dinero, y pagan bien.

El gerente quiso verla. Le dijo que tendría que vestirse algo mejor, pero la aceptó. Desde entonces trabajaba en el cabaré.

Estaba llegando a la Plaza del Carmen. Posiblemente Juan la estaría ya esperando. La noche anterior, muy nervioso, le había dicho que quería hablar con ella. Le gustaba Juan, tan trabajador, tan tímido, tan educado. No sabía si aquello era amor, porque no sentía deseo por él, no sentía deseo por ningún hombre. Acaso si su historia hubiera sido otra, si no hubiera pasado lo que había pasado...

El poeta Diego Angulo vive en un piso de la calle Velázquez cercano a Lista Es un piso bastante lujoso y demasiado grande para una persona que vive sola. A primera hora de la mañana va una asistenta a hacer la limpieza, cuidar de su

ropa y prepararle la comida aquellos pocos días en que el poeta decide comer en casa. Esto ocurre raramente y la cena la hace siempre fuera de su hogar. Algunos amigos le han dicho que le convendría tener una criada que se quedase a dormir, pero el poeta no es partidario de esto, porque ello supondría limitar su intimidad..

El poeta se acaba de levantar y se dispone a afeitarse. El dormitorio es grande y sobriamente amueblado. La cama de matrimonio es de madera oscura, lo mismo que la mesilla de noche y el tocador. Éste, que perteneció a su padre, pues el dormitorio del poeta es el que durante mucho tiempo compartió el matrimonio, es un mueble antiguo, con un cuerpo de más de dos metros de largo, de madera similar a la de la cama y la mesilla cerrado por dos puertas correderas, sobre el que está en un extremo una palangana de porcelana blanca y, cubriendo el resto del mueble, una pieza de mármol blanco sobre la que hay un peine, un cepillo para el pelo, una navaja de afeitar, una brocha, un par de barras de jabón de afeitar y varios frascos de colonias y masajes. Corona todo el conjunto un gran espejo con marco de la misma madera del resto del mobiliario de la habitación.

En el interior del mueble tocador hay un cubo para el desagüe y una gran jarra para echar el agua en la palangana. Diego no quiso poner un grifo, que estropearía el conjunto, así que después de lavarse y bañarse en el cuarto de baño contiguo al dormitorio, llena en aquel con agua caliente la jarra del lavabo de su cuarto. Pasa de nuevo al dormitorio y vierte el agua en la palangana de porcelana. Después se enjabona y se afeita con la navaja barbera.. Destapa la palangana para que el agua del afeitado caiga en el cubo que hay debajo, en el interior del mueble. Vuelve a echar agua en la palangana y se aclara la cara y remoja el pelo. Tras soltar el agua, se da un masaje, se echa colonia en el pelo y las mejillas y se peina. Cuando él se vaya, la asistenta vaciará el cubo y el jarro, y los volverá a colocar en su sitio, ocultos por las dos puertas del lavabo.

En el dormitorio junto a la cama hay un escabel y enfrente un amplio armario sin lunas; en medio de la habitación un par de sillas de estilo castellano, y junto al armario, adosada a la pared, una mesa larga y estrecha con el retrato de una mujer anciana flanqueado por dos candelabros de plata con velas rojas y un ramo de rosas delante del retrato La mujer es la madre del poeta. Al lado hay también otros retratos donde aparece esta mujer en diversas fases de su vida. En algunos está con un niño, sin duda el propio Diego, también en diversas épocas, desde la primera infancia a la juventud. De la pared cuelgan más fotografías, en las que sola o acompañada, siempre está la madre del poeta

El piso del poeta es grande y varias de sus habitaciones permanecen cerradas, con los muebles recubiertos por lienzos blancos. En el resto de las habitaciones se pueden distinguir dos estilos decorativos claramente diferenciados. En uno, como ocurre en la biblioteca y el despacho, domina el sobrio estilo castellano. En el otro, como el cuarto de estar y diversas salas y gabinetes, reina un gusto pequeño burgués y recargado, con consolas y mesitas llenas de figuras de cerámica, cajas, joyeros y relojes,. Con butaquitas y sillas de cretona y raso, con visillos de encaje y pesada cortinas de terciopelo en los balcones. Y por todas partes vírgenes y santos, en cromos colgados de las paredes o en tallas de escayola situadas sobre mesas y repisas. Y siempre retratos de doña Angustias, la madre del poeta. Más de una vez, Diego Angulo ha pensado que es un milagro el que todavía se conserven aquellos muebles. Fue un milagro que, mientras vivía su madre, no entraran las hordas marxistas requisando y destrozando todo. Y también fue un milagro que una vez muerta su madre se instalase en el piso un miembro de la embajada inglesa que tuvo la delicadeza de conservar todo tal como lo había encontrado.

Diego quedó huérfano de niño y creció bajo los cuidados de su madre. Ésta murió en Madrid, al principio de la guerra, mientras él se encontraba en Salamanca. Diego tiene la convicción de que su madre murió a causa del temor y el dolor que experimentaba ante los horrores del Madrid marxista. Una de sus penas más grande fue la de no haber podido asistir a su entierro. Después, una vez liberado Madrid, le hizo un solemne funeral en San Francisco el Grande. Asistieron casi todos los jefes del Movimiento algún ministro y un buen número de políticos

militares de alta graduación y sus compañeros de la prensa. Aquel multitudinario funeral le produjo una gran satisfacción, pero no pudo mitigar la pena de la pérdida de su madre. Nada podrá mitigarla.

El poeta entra en la cocina donde le esperan un chocolate caliente y unos churros. Oye trajinar en el comedor a Micaela, la asistenta. Micaela es una mujer madura, casada con un fontanero, hombre honrado y adicto al régimen, a quien Diego proporciona algún que otro trabajo en casa de sus conocidos metidos en reparaciones. Micaela, lo primero que hace al ir a su casa, es comprar los churros para el desayuno del poeta y rosas para el retrato de su madre. Micaela es la hermana menor de Mariana, una criada que tuvo doña Angustias durante muchos años y gracias a ella trabaja ahora en la casa a plena satisfacción del poeta.

Una vez desayunado, el poeta pasa a su despacho. Es un despacho de estilo castellano, con muebles antiguos que pertenecieron a su padre. En la pared cuelgan diversas fotografías del poeta. En una aparece en medio de un grupo de escritores entre los que destacan Gerardo Diego, Cansinos Assens y Huidrobo. En otra forma parte de un nutrido grupo de falangistas uniformados. Sobre el escritorio, hay un retrato enmarcado en el que está José Antonio pasando el brazo sobre el hombro del poeta. En la máquina de escribir está el artículo que tiene que entregar para el Arriba. Irá al periódico y una vez entregado el artículo, comerá con Víctor de la Serna. Después, en uno de los coches del Movimiento, le llevarán a Burgos donde ya tiene reservado hotel para dormir. Por la mañana irá al penal donde dará una de sus charlas y volverá a Madrid por la tarde.

El poeta echa una mirada a su artículo. La charla en las cárceles son prácticamente siempre las mismas, pero donde él se esmera es en los trabajos para el periódico.

Este de ahora es un trabajo literario. El poeta ha evolucionado mucho desde los años de su adolescencia, cuando formó parte del grupo de los ultraístas. Pronto comprendió que aquello era decadente basura francesa y se entusiasmó con los italianos, Marinetti y D' Annunzio. Pero ahora ha llegado a la conclusión que el espejo donde deben mirarse los poetas, el faro que ha de guiarlos, es el Invicto Caudillo.

Esta es la tesis de su artículo. El espejo de la verdadera poesía debe ser Francisco Franco. Y no solo por la profundidad de su pensamiento, por lo sublime de su doctrina en la que el alma encuentra un bálsamo reconfortante y una guía para su vida y su acción, sino por la alteza inigualable de su estilo. Ese estilo que tanto en su obra escrita como en los discursos, está totalmente desposeído de esa retórica que envenenó la prosa y la poesía española sobre todo en las últimas y desdichadas épocas. Ese estilo regido por una disciplina mental que es también rigurosamente militar y, por tanto, inexorable y severo, ceñido a un pensamiento que día a día construye la grandeza de España. Este estilo y este pensamiento es el que deben buscar los escritores, y así las letras españolas volverán a aquella grandeza de nuestro glorioso siglo de oro.

Esta es la tesis del artículo. Una vez releído y sintiéndose satisfecho de él, el poeta lo guarda en su cartera y sale de su casa en dirección al diario.

Por las vías del tren, pasado el Puente de los Franceses, una ringlera de mujeres y niños camina llevando viejos cubos.. En estos lugares son más evidentes los estragos de la guerra. Hace todavía poco, las líneas del frente estaban aquí. Ahora éste otro ejército, vencido y desarrapado, marcha en busca de la carbonilla que dejan caer las locomotoras.

Entre estos vencido están Toni y Jacinto. Toni tiene quince años y Jacinto once. Son huérfanos. Sus padres murieron en un bombardeo en el tercer año de la guerra. Los recogió su vecina Amparo. Duermen los dos en el pasillo, sobre una colchoneta. Ellos saben que Amparo apenas puede mantenerse ella y su hija y por eso, aunque de vez en cuando comen algo de su comida, procuran en lo posible hacerlo por su cuenta. Su vida es dura, mas peor sería que los metiesen en un hospicio. Por eso no se atreven a ponerse en la cola de Auxilio Social, por

miedo de que descubran que son huérfanos. El que los internen, es su mayor temor.

Los dos hermanos como tantos otros niños, llevan la cabeza rapada. En esto Amparo se mostró inflexible. Tienen que estar pelados al cero. Es el miedo a los piojos, y sobre todo al piojo verde. Ellos se ríen de eso del piojo verde, pero la verdad es que varios niños de su barrio han muerto por su causa. Y aunque no les gusta andar pelados, piensan que en el fondo Amparo tiene razón.

Un prolongado silbido anuncia el paso de un tren. Todos se apartan apresuradamente de las vías. Pasa el convoy, envuelto en el humo gris de la locomotora. A ellos les gusta los trenes y más de una vez han hablado de lo bueno que sería montar en uno e ir a cualquier parte. Cualquier parte sería mejor que Madrid.

Son las primeras horas de la mañana. Los niños salieron de casa cuando empezaba a amanecer. Es un día frío y lluvioso.. Abandonan la vía desengañados. Hoy ha sido un día malo. Llevan más carbonilla en las manos que en el cubo. Otras veces cogen lo suficiente para que Amparo pueda encender la hornilla pero hoy apenas llevan un mal puñado de polvo de carbón.. Cada día está más difícil, pues son muchos los que se lanzan a rebuscar.

Sí, son muchos los que se lanzan a rebuscar. Cartones, trapos viejos, bombillas, botellas... Todo está cada vez más escaso. La gente rebusca, como si fuese oro. Y luego, los traperos tan solo dan una miseria.

Tampoco en las basuras de los barrios ricos se encuentra gran cosa. Ellos algunas mañanas se acercan por Alonso Martínez, por el barrio de Salamanca. Una caminata para nada. Teniendo que enfrentarse con hombres y mujeres que los arrojan a empujones para que no le disputen su territorio.

Hacía un año, en la casa de al lado había un cazador que a veces les regalaba pieles de conejo. Las pieles de conejo se pagan bien, pues sirven para hacer abrigos de señora. Pero el cazador se fue de Madrid y se acabaron las pieles. A veces cazan algún y, tras despellejarlo, ponen a secar la piel para venderla cuando esté seca en la trapería y llevan la carne en un restaurante económico. A Amparo le da repugnancia la carne de gato. Una tontería, el del restaurante dice que nadie la distingue de la del conejo y, desde luego, tiene que estar más rica que la de los bichos de las lentejas y la harina de almortas.

Pero también los gatos, además de difíciles de matar, cada vez escasean más por la maldita competencia. En las casas en ruina, que antes estaban llenas de gatos, ahora solo hay ratas, y aunque hay gente que se las come, éstas sí que dan asco y no tiene ninguna utilidad.

Tras lavarse las manos en un charco de lluvia, Toni dirige sus pasos hacia el parque del Oeste. A pesar de la llovizna menuda y fría, al chico le apetece ir a casa dando un rodeo. No pueden, por el cubo, montarse en los estribos de los tranvías, como algunas veces hacen, y tienen que ir a su casa a pie. Mucha gente viaja en los estribos o en el parachoques para ahorrarse el billete. A veces tienen que tirarse el marcha, porque les acosa un guardia o el revisor. Pero ya están acostumbrados

A Toni le gusta el parque..Jacinto no lo puede recordar, porque era un bebé, pero él sí recuerda como cuando la república, sus padres y los padres de Amparito los llevaban en el buen tiempo al parque para merendar. Llevaban filetes y tortilla de patata y una botella de vino con el tapón horadado por una caña hueca en la que todos bebían a chorro. Todos, menos los niños, claro. Amparito era dos años mayor que él y le miraba con superioridad y desprecio. Ahora, tantos años después, aún le sigue mirando así.

El desde luego, la mira de otra manera. Amparito es ya una mujer, una mujer muy guapa que anda medio novia con uno que maldita la gracia que le hace a su madre. Él, por la noche cuando hay ocasión y no hay moros en la costa, se desliza arrastrándose desde su jergón al cuartucho donde ella duerme, para atisbar por la cerradura a ver si la sorprende desnudándose. Un día, hace más de un año, le sorprendió Amparo en esta operación, y tras arrastrarlo hasta la cocina tirándole de una oreja, llamándole golfo y diciéndole que le iba a echar a la calle, se sentó en una silla, le puso boca abajo sobre sus muslos sujetándole bien sujeto, y, quitándose una zapatilla le dejó las nalgas ardiendo durante toda la noche para que escarmentase de una vez. No escarmentó. Siempre que no

estaba Amparo en casa y veía luz en la habitación de su hija, arrimaba el ojo por si sorprendía a la chica desnudándose, y aunque casi nunca se divisaba algo claramente, la poca carne entrevistada le producía una excitación difícil de explicar.

Cuando se acercan al Parque del Oeste, Jacinto le pregunta que si van a buscar metralla.

El le responde que no, que ya no queda metralla, sino solo alguna bomba tan escondida que no la han podido encontrar los artificieros,. Jacinto insiste " Podríamos- dice- ir por el Clínico o la Ciudad Univesitaria. Allí puede que aún quede algo " Pero Toni, enfadado, le dice que lo de la búsqueda de metralla se ha acabado. No quiere ni oír hablar de ello.

Sí, aquello se había acabado y bien que lo sentía, porque el metal es lo que mejor se paga. Hacía unos años aún había abundante restos de los obuses arrojados durante la guerra. Estaban a las puertas de Madrid. Ellos buscaban trozos de metralla, pero a veces se encontraba un proyectil semienterrado. Siempre estaba la duda de si tenía la espoleta. Algunos le tiraban piedras para ver si explotaba. Un día cerca del clínico, un hombre empezó a tirar grandes piedras contra un proyectil. Ellos dos le miraban hacer, situados a buena distancia. El hombre cada vez se aproximaba más. De pronto surgió un potente fulgor al par que se oí a una explosión atronadora. Como si un viento huracanado les hubiese empujado, fueron despedidos un par de metros golpeándose contra el suelo. Se levantaron medio atontados. En el lugar donde se encontraba el hombre solo había un amasijo sangriento. Y Tony, aún aterrizado, se dijo que nunca más buscaría metralla.

Habían salido ya del Parque del Oeste y se encontraban en La Moncloa .La lluvia ha arreciado y ahora es casi un chaparrón. Helados y empapados, buscan refugio en un portal.

De pronto, ante ellos, impávidos bajo la lluvia, pasa un grupo de flechas con su camisa azul, su pantalón corto y su correa, que desfilan marcialmente moviendo los brazos y marcando el paso. El Jefe de Centuria, que marcha fuera de la escuadra, inicia una canción que todos repiten en concertado coro:

"Prietas las filas- recias, marciales - nuestras escuadras van,- hacía el mañana- que nos ofrece.- patria, justicia y pan."

Doña Manuela está peinando a su hija Manolita.. En esta vecindad, salvo a doña Rosa, a quien llaman así por su edad, ella es la única que antepone el don a su nombre. A los vecinos que se dirigían a ella tuteándola les cortaba diciendo que a ella se le hablaba de usted, porque su difunto marido, que era teniente, tenía don. Casi todos ellos la conocían desde niña pues se había criado en casa de Benita, donde, tras un paréntesis después de su boda, había vuelto a vivir. Así que tomaron a risa su impertinencia, y, aunque no era mucho lo que hablaban con ella, siempre, por burla, lo hacían con el don delante.

La casa de doña Manuela es tan pequeña y pobre como la del resto del bloque pero, aunque humildemente amueblada, ha procurado añadir algunos detalles pretenciosos que subrayan su diferencia con los otros vecinos. Cuadritos, espejos, cerámicas, dos retratos enmarcados en plata, uno el de su boda y otro el de su mamá; visillos en las ventanas y, en lo que ella llama el saloncito, una diminuta habitación donde se acumula la mayor parte de esos detalles, dos sillones y tres sillas con asiento y respaldo de cuero y una mesa baja y rectangular cubierta por un cristal sobre el que reposa una caracola y dos conchas marinas, un reloj de mesa dorado y una esfera de cristal con un paisaje alpino en su interior sobre el que, cuando se agita la esfera, cae una nevada.. El piso, como todos los de la casa, tiene un pasillo que dobla en ángulo recto. Al final del primer lado está un cuchitril con un retrete y un lavabo. El otro lado desemboca en el saloncito, teniendo antes de llegar a él un cuarto que se abre al patio interior por una ventana donde está la fresquera, con una cocina de carbón con dos placas y dos huecos cubiertos por puertecillas de madera donde se guarda el carbón, y una hornilla adosada a ésta. El saloncito tiene el único balcón, abierto a la calle. A la derecha del saloncito, según se entra, se abre la puerta del comedor, con mesa de camilla, una cómoda donde se guardan los

platos y cubiertos y cuatro sillas de madera. El comedor tiene una ventana a la calle. A al fondo del salón, a la izquierda, se abre un cuarto cubierto con una cortina con dos camas y sin ninguna abertura al exterior. Es donde duermen doña Manuela y su hijita. En la cocina, pegado a la pared y cubierto por una cortinilla para que no se pueda ver, hay una colchoneta con dos sábanas y mantas. Cuando se va a dormir, una vez acostada madre e hija, Benita tiende el camastro junto a la mesa de cocina en la que, apartada de sus sobrinas, cena, para recoger todo y dejarlo oculto detrás de la cortina antes de, aún noche cerrada, salir.

Doña Manuela odia ese piso y solo hace que suspirar por aquel tan hermoso de Alberto Aguilera, cerca de la glorieta, en que fue a vivir cuando se casó. Aquel piso y aquella vecindad, sobre todo la de antes de la guerra, porque durante la guerra mucha de esa gente distinguida y casi toda de carrera, tuvieron que irse - a algunos los encarcelaron y cree, aunque no está seguro de ello, que hubo uno, un abogado, al que dieron el paseo- y su lugar lo ocuparon rojos indeseables. Ella también debió irse de aquella casa durante la guerra, cuando murió su marido en el frente, quedando viuda y con una mísera pensión con la que no podía hacer frente a los gastos de aquella casa. Entonces volvió a la casa de Cuatro Caminos, donde se había criado, al piso de Benita, aquella sucia y pobre casa con una vecindad de pobretones, todos rojos e impresentables.

En el servicio diminuto, frente al pequeño espejo colgado encima del lavabo, doña Manuela peina a Manolita. Apenas caben de pie, una detrás de otra, entre el lavabo y el retrete. La niña lloriquea cada vez que su madre le da un tirón al cepillarle el pelo y su madre la amenaza con cortárselo si sigue quejándose. Y piensa que sí, que debe cortarle ese pelo largo, porque aunque cada día se pasa un buen rato pasándole la peina y buscándole las liendres pelo por pelo, con esa cabellera tan larga no puede evitar que tenga algún piojo, yendo como va a la escuela pública, y sería mejor que le dejara solo una melenita corta por mucho que ella proteste y lloriquee.

El colegio de la niña es otra de las cruces de doña Manuela. ¡Tener que mandar a su hija a la escuela del barrio, con toda la gentuza, en lugar de a un colegio de monjas! Cuánto daría por que Manolita fuese al colegio donde se educó ella... Solo pudo estar hasta los doce años, porque se murió su padrino, que era quien pagaba el colegio, pero aquel tiempo sirvió para que adquiriese una cultura y educación y buenos modales. Eso es lo que más deseaba, que la niña pudiera ir a su colegio. Claro que sabía que había plazas gratis y, si solicitaba una, se la darían porque seguramente aún habría monjas que se acordasen de ella. Pero le daba vergüenza ir a pedir para su hija una plaza gratuita. Además ella no quería que su hija se educase con las niñas pobres sino aparte, como se educó ella, en el colegio de las niñas de pago.

Una vez peinada, salen del servicio y entran en el dormitorio para cambiarse de vestido

La madre, antes de peinar a Manolita, había estado largo tiempo arreglándose, echándose maquillaje en la cara y, tras pasarse un paño, empolvándose las mejillas y dándoles un toque de colorete, perfilándose y pintándose los labios con una barra de rojo intenso rizándose las pestañas y, tras depilarse las cejas, trazándose las y alargándose las con el lápiz de ojos. La niña iba con la cara lavada, porque le faltaban años para pintarse, pero eso sí, le estaba poniendo un vestido precioso que le cosió ella misma y que tan solo utilizaba en las grandes ocasiones.

Y ésta era una de ellas Iban a comer en casa de sus cuñados, los Ruiz Pérez. Santiago era el hermano de Eulogio, su marido, y tenía un enchufe muy bueno en Abastos. Su mujer, Juliana, una rubia de frasco de carnes más que abundantes, un tipo de mujer que a ella le parecía ordinárisimo y que no sabía por qué gustaba a los hombres, no era santo de su devoción. Hablando en plata, ambas cuñadas se detestaban. Pero tenía que hacerse la simpática y dorarle la píldora. Eso es lo que le está diciendo a Manolita: " A ver como te portas esta tarde. Tienes que estar simpática y cariñosa, y no hecha un cardo borriquero, que eres muy seca y desabrida." La niña le responde que ella es así, que no le sale del cuerpo hacer monadas a personas a las que ve de tarde en tarde y no quiere. " Pues hoy - dice su madre - tienes que hacer un esfuerzo. Para eso te he puesto

tan guapa, para que les llames la atención por bonita, cariñosa y buena. Tu tío es el único que puede arreglarnos lo de la pensión de papá. El sí que supo entenderlo y estar donde le convenía, no como tu padre que se dejó matar tontamente. Claro, que todo fue cuestión de suerte, del lugar en que uno estaba cuando estalló la guerra. Si tu padre hubiera estado en Avila, como tu tío, a estas horas sería todo un comandante. Pero tuvimos la negra."

Ya están las dos vestidas y se disponen a salir. " ¿Mamá, - dice Manolita - si se arregla lo de la pensión de papá podrás llevarme a tu colegio?" " Claro que sí, hija mía, - responde doña Manuela -. Cambiarte de colegio e irnos a otra casa mejor " " ¿Y Benita, se vendrá con nosotros?" " Claro " " Pero es que a mí, mamá, me da vergüenza que me vea la gente con Benita, tan desharrapada " " No seas tonta. Si no te verá nadie. Apenas sales con ellas y los que te vean como no nos conocerán, creerán que es la criada. Además ella seguirá trabajando y necesitamos que nos ayude. Incluso tendrá algún dinero pues al dejar su casa, podrá sacar algo por el traspaso".

Han cerrado la puerta y bajan la escalera. Por si le faltara algo a la casa, cuatro pisos sin ascensor. En el descansillo del segundo se cruzan con Amparo. Cambian un breve saludo, más bien seco. ¿Qué se habrá creído esa maldita estraperlista ; La gente que una tiene que aguantar.... Salen a la calle y torciendo a la izquierda, se dirigen a Bravo Murillo. En Cuatro Caminos tomarán el metro hasta Bilbao, pues sus cuñados viven en Malasaña.

Doña Rosa y su nieta están desayunando un tazón de malta con un dedo de leche y un pedazo de pan. El pan es un pan de color amarillento, con un sabor amargo, que apenas se puede tragar porque se hace una bola en la boca.. Nadie sabe de qué está hecho este pan del racionamiento. Unos dicen que de maíz, otros que de avena, otros, los chistosos malintencionados, que es un invento maravilloso del nuevo régimen: Pan de serrín. Lo cierto es que no puede estar hecho de nada decente ni que este sea un pan para que lo coma un cristiano.

Doña Rosa es una anciana que tuvo que ser muy guapa en su juventud. Ahora ya anciana, aún conserva una tez blanca sin demasiadas arrugas y unos ojos melados y vivos que recuerdan los de su nieta Rosita.

Rosita es una niña de dieciséis años, aún poco desarrollada., pero simpática y vivaz. Su abuela dice que parece hecha de rabos de lagartijas y anima a la vecindad cantando con una bonita voz y buen oído las canciones de moda, las de La Imperio y la Conchita Piquer. Todos, salvo doña Manuela y su hija, quieren a la niña y dicen que es la sal de la casa. Es además obediente y trabajadora y es ella la que está siempre con la máquina de coser, pues su abuela, impedida ya no puede hacerse cargo de ello.

Doña Rosa ha criado a las dos nietas. Su hija, Luisa, murió en el parto de Rosita.. Luisa tenía siete años entonces y ocho cuando murió su padre, de una peritonitis. Las niñas vivían en Arévalo. Y, al quedarse huérfanas, las recogió su abuela, viuda desde hacía bastantes años, y se las llevó a Madrid.

La abuela era pantalonera. Trabajaba para una buena sastrería y el sastre, su patrón, estaba satisfecho con la limpieza de su trabajo.. Aunque el sueldo era escaso le daba para ir sacando a sus nietas modestamente, y aún le completaba con algunos trabajos para ella, sobre todo con trajes sastres para señoras. que se habían puesto de moda unos años antes de la guerra.

Ésta cambió todo. No estaban los tiempos para gastar en ropa. Al sastre, su patrón, le detuvieron y le incautaron la sastrería.. Entonces fue Luisa la que mal que bien mantuvo la casa, trabajando de dependienta en una mercería. El trabajo estaba muy malo, la mayoría de la tiendas estaban cerradas, pero Luisa era muy dispuesta y además como era tan guapa, le entraba por los ojos a los patronos y a los clientes.

Al final de la guerra y al principio de la posguerra, doña Rosa encontró un nuevo trabajo. Ya no hacía pantalones para ninguna sastrería, ni trajes sastres para señoras, pues la gente de su barriada no podía permitirse esos lujos. Lo que hacía, a precio muy módico, era volver abrigos y chaquetas demasiado deteriorados por el uso. Ella le daba la vuelta, zurciendo bien zurcido la raja del bolsillo superior de la americana y abriendo otro nuevo en el lugar

correcto, y la prenda quedaba como nueva. Eso, volver chaquetas y abrigos para que pudieran tirar un par de años más, y hacer con un trozo de manta capotes para los niños, era la labor que los nuevos tiempos ofrecían a la vieja sastra. Pero ahora ya no podía ni hacer eso. Estaba artrítica, sin poder moverse de su sillón y sin fuerza en las manos o en las piernas para coser a la máquina. Así que el poco trabajo de que se encargaba, lo tenían que hacer entre Rosita y ella.. Ella, fatigosamente, recortaba los patrones y Rosita, sobre esos recortes cortaba la prenda y la cosía a máquina siguiendo las indicaciones de su abuela. Ésta, aunque torpe, se encargaba de zurcir la raja que había quedado en el bolsillo superior de la prenda vuelta

De todas formas, y a pesar de la buena voluntad de la niña., mal las hubiera ido de no ser por Luisa. Ésta, que había seguido trabajando de dependienta, ahora tenía un buen trabajo, un trabajo en el que ganaba mucho dinero, pues era modelo en una boutique, de esas que desfilan ante las señoras para que elijan el traje que les gusta. No era un mal trabajo y como la pagaban bien, siempre podía llevar algo de dinero a la casa e incluso comestibles y ropa para Rosita, además de pagarle los estudios de la Academia. Lo único que sentía doña Rosa es que Luisa viviese independiente, con una amiga, sin que ella supiera siquiera su dirección, sin que se hubiera dignado nunca llevarlas a ver su casa. Y con ella, que estaba impedida, tenía excusas, pero con su hermana, que se lo había pedido varias veces, no tenía excusa ninguna. Esto, la verdad, la entristecía e incluso la hacía pensar mal algunas veces poniéndole un nudo en el corazón. Y más cuando doña Manuela al preguntarle de tarde en tarde por Luisa, siempre lo hacía con retintín y con una sonrisa babosa. Pero doña Manuela era así, siempre con ganas de molestar a los vecinos y de murmurar y hablar mal de todos.

Lo de la Academia de Baile de Rosita había sido cosa de Luisa. La niña se pirraba por todo lo de las folklóricas, por cantar y por bailar y, sobre todo bailar, lo hacía muy bien. Así que empezó a dar la lata con que ella quería ir a aprender a bailar. Doña Rosa no le hizo ni caso. Dijo que lo que tenía que hacer cuando tuviera dos años más y a ver si mejoraban las cosas era tener un empleo, y que de ir a alguna academia haría como Amparito, ir a una de esas que enseñan cosas que sirven para trabajar en una oficina. Pero un día que Luisa escuchó la discusión de abuela y nieta dijo que le parecía muy bien lo que quería la niña, que ella tenía condiciones para el baile y que yendo a una academia de baile español y aplicándose, podría llegar a ser artista. Además, ya trabajaba por la mañana la criatura y para ser dependienta siempre tendría tiempo. De momento, ella correría con los gastos.

Puede que tuviese razón Luisa y que la niña estuviese dotada para triunfar en el espectáculo y ser una artista de esas de revista, incluso una Celia Gámez. Pero a doña Rosa tampoco le hacía eso ninguna ilusión. Aunque apenas se movía de casa había oído lo que se decía de aquellas artistas, de la vida que llevaban. Ella no quería que su niña fuese así, no quería que pudiesen hablar de sus niñas. Las prefería pobres, pero decentes..

Sintió un repiqueteo de tacones en la escalera. Le dio un salto el corazón. Sí, aquella tenía que ser su Luisa, su Luisa que iba a visitar a su abuela y a su hermana, su Luisa, tan hermosa, tan guapa.. Sonó el timbre de la puerta. Rosa fue a abrir. Y allí estaba Luisa, sonriente, cariñosa, besando a su abuela y a su hermana y dejando sobre la mesa un capacho lleno de comestibles..

Enfrente de la casa del Ministro, Alejandro Fernández espera junto a la puerta del coche oficial. Detrás hay otros dos coches más pequeños con la escolta. Al ministro no le gusta llevar escolta y siempre que puede se deshace de ella. En todo caso, si no puede evitarlo, la escolta va atrás, en otro coche; pero en el suyo no quiere otra compañía que la de Alejandro, su conductor, su guardaespaldas y su amigo.

El ministro es un tío bragado, como él. Ambos son altos, de recio pecho, anchas espaldas y brazos robustos. Ambos, en los días agitados de Valladolid, sin necesidad de pistola desgraciaron a más de uno de un par de mamporros.. Tanto el ministro como él llevan debajo de la chaqueta del traje la camisa azul. En estos tiempos de vacilaciones, que no se dude de donde viene cada uno.

Fue el Ministro quien a punto de terminar la guerra civil arregló todo para que Alejandro, que estaba en el frente de Madrid, ingresase en el cuerpo de policía y se destinase exclusivamente a su servicio. Desde entonces está así, a las órdenes de su amigo. Aunque también le gusta darse algunas vueltas por la Dirección para intervenir en algún interrogatorio y tender el oído por si puede llevar a su ministro algo que le interese.

Le gustan los interrogatorios. Le gusta cómo los rojos, los muy cabrones, rugen de dolor. Y sobre todo, le gusta ensañarse con las mujeres. Le produce un profundo placer golpearlas en su cuerpo desnudo, en los brazos, en las piernas, en las espaldas, en el culo, en el sexo, golpearlas hasta que alguna, la muy puta, pierde el control de sus esfínteres, lo que le produce tal excitación que tiene que ir al servicio a descargarse.

Ahora ya va menos por ahí, la cosa es mucho más burocrática que en los dos primeros años de la victoria.. Ya solo hay consejos de guerra formularios, dos o tres fusilamientos por día y mucho indulto, cojones, mucho indulto de mierda.. Más de una vez, mientras cruza Madrid en el coche, se lo ha dicho al ministro: " Mire usted, don José - cuando están sólo le apea el excelencia -. que se lo digo yo. Nos estamos ablandado y un día de estos vamos a tener una mala sorpresa. Tenemos que mantenernos firmes, volver a los buenos tiempos."

Los buenos tiempos fueron en Valladolid. Al principio, cuando el frente popular, por divertidos y arriesgados, cuando salía la pandilla a la caza del rojo Procuraban no utilizar las pistolas, con las porras y tacos recortados de billar tenían suficiente. Así no había muertos, que siempre hacen más ruido, pero conforme quedaban muchos, más les valdría haber muerto. Solamente un día se encontraron con un grupo armado y hubo un intercambio de disparos. Dos de los suyos quedaron heridos y entre los anarcos, hubo dos heridos y un muerto. Desde aquel día la policía tomó la cosa más en serio y cada vez resultaba más difícil salir de cacería. Pero sobre todo Pepe, el ministro, tenía soluciones para todo. La más célebre fue la de una noche que estaban todos en el velatorio de la madre de uno de ellos, Estremera, y va y le dice " ¿Oye, Alejandro, ahora que estamos todos aquí de velatorio y la policía a la puerta para ver si nos movemos, por qué no salimos nosotros dos aprovechando la oscuridad por la gatera al tejado, nos bajamos por el de la casa de enfrente, ponemos una bomba en la casa del pueblo, volvemos a entrar y a la salida la policía podrá contarnos a todos comprobando que hemos pasado la noche devotamente acompañando al muerto? " Así lo hicieron y todo salió de perlas.

Esto fue al principio, pero lo bueno, los tiempos a los que se tendría que volver, fueron los de las primeras semanas del alzamiento, cuando tras haber limpiado las calles de Valladolid iban con las camionetas por los pueblos de la provincia, sacando a la gente y dejándola tendida en largas filas en las cunetas a lo largo de la carretera. ¡Buena limpia la que llevaron a cabo! Sí que se hicieron célebres los de Valladolid que, incluso, hicieron también sus excursiones por Segovia y Avila.

Eso eran los tiempos a los que se debería de volver. Nada de formalidades ni de indultos. Aquí te pillo, y aquí te mato... El ministro le escuchaba sonriente " Vamos, Alejandro, - decía -, que estos son tiempos de paz, no de guerra. Hay que hacer las cosas legalmente" " Legalmente, legalmente. Si uno anda a vueltas con la legalidad lo estropea todo. Como cuando a los condenados los fusilaban en el Campo Grande e iban las señoritas pitongas bien emperifolladas a ver los fusilamientos. Aquello no estaba bien y tuvieron que prohibirlo La muerte no es una función de teatro, es algo serio, y si las damitas se excitaban con ella, que se quedasen en casa echando un polvo.. En cambio con los paseos nadie se metía. Eran discretos y eficaces. Simplemente, se limpiaba la tierra de la mala hierba. Por eso, aparte de lo que usted diga, y con el debido respeto, a eso es a lo que hay que volver."

El ministro acababa siempre diciendo que era un bárbaro, pero la verdad es que le gustaba evocar los tiempos pasados, los tiempos de la aún no tan lejana juventud. Alejandro vio como salía de su casa y rápidamente se apeó para abrirle la puerta con una reverencia. El ministro le ordenó que le llevase al Ministerio. " Espérame allí hasta que yo te ordene.- le dijo - Posiblemente

estaré sólo por la mañana, pero si me quedo más tiempo ya te avisaré para que puedas comer."

El coche marchaba rápidamente seguido por los dos de escolta. Tras un momento de silencio, el ministro dijo:

- Esta tarde, cuando me dejes en casa, la tendrás libre. Puedes encerrar el coche en el garaje y hacer lo que quieras.

- ¿A usted no le apetece que le lleve a algún sitio?

- Ya, a donde seguro que vas a ir tú. Como apetece, sí que me apetecería. Pero el cargo impone limitaciones y más desde que uno es casado.

- Esa sí que es una cruz que se echa uno, don José

- Y que tú, de momento, no te echaras...

- El diablo me libre...

- ¿Y cómo está eso?

- Pues le diré... Está peor. Mucho nuevo rico, estraperlista, funcionario de medio pelo y cura disfrazado. Antes, con tantos alemanes e italianos, estaba mejor.

- ¿Y las nenas?

- Pues como siempre. No están mal, pero tampoco son lo mejor de Madrid. Aunque tampoco son las más caras

- Vaya lo uno por lo otro

El coche se detuvo ante la puerta del Ministerio. Alejandro volvió a abrir ceremoniosamente la puerta al Ministro que entró en el edificio y Alejandro, su chofer, su guardaespaldas, su amigo, tomo asiento en el coche a la espera de sus órdenes..

Antonio Olmedo, en su joyería, observa a Matilde que en el mostrador atiende a un cliente. Matilde es una chica eficiente, no lo puede negar. Hija de un pequeño comerciante, y por tanto con una cierta experiencia, es educada y, sobre todo conocida de Sonsoles, su mujer, que fue quien se la impuso. Antonio observa a Matilde y ve la razón, aparte de ser Sonsoles clienta del padre de la chica, para que su mujer se la impusiera. No es que sea rematadamente fea, incluso se la puede mirar, pero desde luego Sonsoles bien sabe que no es la clase de mujer que a su marido se le mete por los ojos..

Mientras distraídamente observa las pantorrillas de Matilde Antonio no puede quitarse de la cabeza las pantorrillas de Luisa, los brazos de Luisa, los pechos y los muslos de Luisa. Parece que la sigue viendo allí en el mostrador, su cuerpo ceñido por un vestido negro que resaltaba sus formas, su sonrisa encantadora, sus ojos verdes, dulces y rasgados. Y al volver del sueño a la realidad, al ver en el mostrador a Matilde en lugar de Luisa, Antonio siente como un leve cosquilleo de malestar recorre todo su cuerpo

No llegaron a los dos años el tiempo de su lío con Luisa, y sin embargo piensa que en toda su vida se había sentido tan feliz como en aquellos escasos dos años. Una chiquilla de veinte años, en plena plenitud, una muchacha que aparte de algunos cortos y bastantes inocentes escarceos no había conocido el amor y a la que había conquistado como se conquista a una novia....Porque los primeros días había sido como un noviazgo. A la salida de la tienda, alguna invitación en un bar, algún rincón discreto en un café donde se dejan caer las primeras ternezas, las primeras palabras de amor, algún cine donde se ensayan las primeras caricias que ella al principio rechaza, pero que poco a poco no solo acepta, sino que busca. Porque esa chica tan joven, tan poco trajinada, tiene fuego en las venas y él posee la suficiente experiencia para poder extender ese fuego hasta que la llene toda entera, hasta ese momento crucial en que, con una fingida resistencia, se deja conducir a un palco del Monumental donde se consuma todo. Se consuma en un intenso espasmo de placer y una molesta vergüenza que en ella se manifiesta en lágrimas y en él en un ramalazo de arrepentimiento, pues ha podido comprobar que era virgen, como ya suponía Y esto hace que ni por conciencia, tampoco es un canalla, ni por gusto, porque después de esto se siente aún más atraído por ella , pueda dar el asunto por terminado, y necesite continuar, a pesar de los inconvenientes que ello le depare.

Y continuaron. Primero en casas de citas. Luego, en el hotelito que le puso cerca del Metropolitano y que aún continua pagando. Un lugar discreto, donde iban en cuanto podía disponer de un par de horas, abandonando el trabajo, fingiendo una cena de negocios, una reunión de amigos. Incluso con el tiempo fue perdiendo miedo, mostrándose más indiscreto, luciéndola en los restaurantes caros, en los lugares de copas más de moda, luciendo aquella querida tan guapa como las lucían una buena parte de sus amigos, porque las amantes, aparte de para gozarlas, están para lucirlas.

Pero sus amigos no estaban casados con Sonsoles. Estaban casados con mujeres tan celosas como Sonsoles, tan desagradables y metijonas como Sonsoles, pero que, a diferencia de ésta, no disponían de todo el dinero. Y Sonsoles sí. Bien establecida la separación de bienes, de ella eran las dos casas, la joyería, las acciones, salvo un pequeño paquete que el había aportado al matrimonio y que había acrecentado algo en un par de operaciones afortunada. Demasiado poco para independizarse. El, bien mirado, aparte del marido era el empleado, el sirviente de Sonsoles.

Bien que se lo hizo notar. Bien firme que estuvo: " O ella, o yo " Y por mucho que se defendió, por mucho que alegó que todo eran habladurías y calumnias, que todo lo que hizo fue llevarla alguna vez a tomar una copa a la salida del trabajo, su mujer siguió insistiendo en el ella o yo, en que no quería ver más aquella golfa en su tienda, y recalcaba, para que quedase bien claro, lo de su tienda, y así vino aquella escena horrible, aquella escena de la que seguía avergonzándose, y así termino todo entre ellos.

Había dejado de ir a Chicote para no verla allí. A veces sus pies le arrastraban hasta la Avenida de Reina Victoria, en aquel camino que había hecho tantas veces, pero nunca lo completaba. Nunca se atrevió a llegar hasta el hotelito, que seguía pagando, porque tampoco se atrevió cuando la ruptura a tirarla a la calle. Aunque pronto tendría que dejar de pagarlo.

No sabía cómo Sonsoles se enteraba de las cosas, pero aquella mañana habían tenido una bien gorda. Le había dicho nada más despertarse que se había enterado de que continuaba pagándole un piso a aquella golfa. El juró- y era verdad- que jamás había vuelto a ver a aquella pobre chica, que no sabía nada de su vida y que, por supuesto- y aquí juraba en falso - ni sabía dónde vivía ni el pagaba un piso a nadie. Sonsoles no debía tener pruebas, porque no insistió demasiado, limitándose a lanzar unas cuantas amenazas. Pero el bien sabía que continuaría investigando, así que dirigiría una nota a Luisa comunicándole que el próximo mes dejaría de pagar el piso, pues su mujer estaba ya sobre el asunto. Después iría a ver al propietario para decirle que no tuviese el piso a su nombre y que iba a dejar de ingresar en su cuenta la mensualidad, como había venido haciendo hasta ahora.

No podía hacer nada. Estaba cogido. Suponía que Luisa, una vez lanzada, podría salir adelante sin su ayuda. El ya había hecho bastante.

Matilde, la dependienta, seguía en el mostrador atendiendo a los clientes. Una chica eficiente, seria, tal como le gustaban a Sonsoles. Claro que a él, no le gustaba. Ni Matilde ni Sosoles, su mujer, a la que cada día detestaba más....

Vicente espera al Marquesito en un gabinete de su casa. Generalmente el Marquesito le da cita en algún reservado, pero esta tarde lo ha recibido en su domicilio, pretextando que después tiene una reunión. Vicente bien sabe en qué consiste esa reunión. Una partida de juego con señoritos crápulas que se prolongará hasta bien entrada la madrugada.

El juego es una de las varias fuentes de ingresos del Marquesito. Una o dos partidas al mes, entre gente de su confianza y lo suficientemente bien situados para que los deje en paz la policía si decidiera meter las narices. Son compañeros de correría desde antes de la guerra y a algunos les echó una mano durante la ocupación roja, proporcionándoles entre sus amigos escondrijos seguros hasta que pudieron buscar refugio en embajadas o abandonar Madrid.. Naturalmente, después de la entrada de los nacionales ellos le pagaron el favor. Cuando la liberación, él estaba en la cárcel. Le habían detenido por un problema de acaparación de víveres. Se decía en los círculos que le conocían bien que él

había andado en negocios sucios durante toda la guerra, y que se dejó coger en el momento oportuno, cuando Madrid estaba a punto de caer para que los vencedores le encontrasen preso, una víctima más de la canalla marxista. Fuese como fuese, el caso es que le salió bien la operación.

Como tenía bastante sentido del humor muchas veces se dirigía a Vicente, diciéndole: " Eh aquí a dos pilares de la nueva sociedad., un excombatiente y un excautivo. Porque tú Vicente, fuiste de los que entraste en Madrid para liberarnos. Aunque me han dicho que en otoño del 38 todavía andabas dando tiros por el Clínico. Claro que, conociéndote, pocos tiros darías tú. Te pasaste creo que pasadas las Navidades. Y tampoco ese fue un acto de valor. Aquí, al final de la guerra, pasaban los soldados de una trinchera a otra para cambiar tabaco por papel de fumar."

Sí, la verdad es que no resultó difícil pasarse. Lo peor fueron los primeros días, cuando todo eran interrogatorios y sospechas y más de una vez temió que le fueran a fusilar por espía. Pero al cabo de una semana le dejaron en un cercado que había detrás de las líneas con otros desertores. Y al fin un día, le dieron un uniforme y las armas reglamentarias y le incorporaron a aquel frente que languidecía para, al cabo de un par de meses entrar con el ejército victorioso en Madrid.

Llevaba ya un buen rato esperando cuando apareció Concha. Era una morena opulenta, de largo pelo negro y ojos melados, que lucía, por la apertura de una larga bata mal cerrada, una bonita pierna cubierta por una media negra.  
- Llevas mucho esperando, vida - dijo mientras le echaba una mirada sensual-. No te preocupes, Evaristo vendrá enseguida.

Concha había vedette hacia varios años. Pero había perdido voz, había echado carnes y el tiempo no había transcurrido en vano. Así que, después de haber pasado por variadas camas, terminó como amante del Marquesito.

Según decían era insaciable, pero su amante la tenía sujeta. Solo la permitía libertades cuando redundaban en su provecho. Así en las timbas, rondaba emperifollada de allá para acá, y si alguno de los participantes llevaba una noche especialmente desdichada, ella comenzaba a rondarle y consolarle con el visto bueno de Evaristo, por aquello de que desgraciado en el juego afortunado en amores.

Al fin entró el Marquesito. Vestía un batín de seda rojo y estaba correctamente afeitado, peinado y perfumado. Era un hombre alto, de buen parecer, que había ya cumplido los cuarenta pero que parecía bastante más joven.

- Bien, hombre- dijo sentándose- ¿Qué se te ha perdido hoy por aquí?

- Le traigo unas cosillas para que las vea

El Marquesito hizo una seña afirmativa. Vicente abrió una cartera y sacó de ella una pitillera de plata, dos plumas estilográficas, un reloj de bolsillo y un encendedor, dejándolo todo sobre la mesa.

- Todo género superior, don Evaristo. Usted sabe que yo nunca le traigo pacotilla.

- Las plumas no se venden bien. Y estas...

- Son Waterman

- Bueno, la una si parece. La otra.. El encendedor no vale nada. Y el reloj...si, parece Omega, pero chapado en oro. Y también es chapada la pitillera. Total, que, haciéndote un favor, sesenta duros por el lote.

- ¡ Pero don Evaristo....!

- Ni pero ni nada.. Lo tomas o lo dejas, que tengo prisa.

- Está bien. Como usted diga...

- A propósito. Me han hablado de un asunto en el que tú podrías intervenir. Son dos muchachos experimentados, dos buenos profesionales, pero necesitan de un tercero para que vigile. Es un hotel en lo alto de Serrano, gente de dinero que están siempre fuera de Madrid. Alemanes, creo poca vigilancia y mucha plata y oro. Un buen botín. Tú no tendrías nada más que vigilar mientras los otros dos trabajaban.

- Pero don Evaristo., eso es robo con escalo.

- ¿Y qué ?

- Que son muchos años de talego, don Evaristo

- Y vamos, que no tienes cojones

- Pues no, don Evaristo, no tengo

- Vicente, así nunca llegarás a nada. Seguirás toda tu vida de raterillo, haciendo pequeños timos, chapuzas, que también te llevarán a la cárcel antes o después, pero sin estilo, sin provecho. En fin que hay quien nace para pobre y eso no tiene remedio.

Tras entregarle las trescientas pesetas el Marquesito se levanta dando por terminada la reunión. Haciendo una ligera reverencia, Vicente sale del gabinete. Ante él se cruza Conchan con su pelo negro, con sus carnes opulentas, con su hermosa pierna cubierta por una media negra, con su sonrisa incitante, con su mirada húmeda y lasciva de eterna perra en celo.

2

Una extensa cola discurría a lo largo de la acera partiendo, del amplio portal de un grande y antiguo edificio coronado con la insignia de Auxilio Social. La formaban mujeres, - algunas con sus criaturas en los brazos- niños, unos pocos hombres, la mayoría ancianos, todos pobremente vestidos, muchos harapientos; todos retratos vivos de la desesperanza y la miseria. Llevaban en su mano una escudilla o un plato metálico. Al llegar al portalón, unas señoritas uniformadas volcaban en ellos un par de cazos de un potaje indefinido que había en dos grandes peroles. Una vez con su ración, el agraciado se retiraba para comerlo en su casa o sentado en cualquier rincón de la calle. Era la antigua y tradicional sopa boba, que, desde nuestros clásicos, había calmado mínimamente el hambre ancestral de los españoles y que ahora, en estos años de la Victoria, remediaba las necesidades producidas por aquellos otros nefastos del dominio marxista, gracia a la prestación que necesariamente debía realizar cualquier español que deseara acudir a un cine o teatro, forzado a adquirir el bono del Auxilio Social al par que su localidad en obligada solidaridad con la pobreza.

Benita está ya cerca del portalón. Todos los días pasa por allí para recoger su comida. Antes, en un bolso de cuero, guarda lo que ha comprado para la cena de su sobrina y la niña. Esta vez lleva un chicharro y sabe que la niña protestará, porque no le gusta el chicharro y porque además lo cena casi todas las noches. Qué se va a hacer. Otros cenan aún peor. Ella misma que se retirará a la cocina para comer, antes de hacerse el camastro, un mendrugo de pan. Pero le duele que sus sobrinas no puedan cenar algo mejor y le duele aún más que se lo reprochen. En la fila Benita ve algunas veces a sus vecinos, Toni y Jacinto, quienes desde que se quedaron huérfanos viven con Amparo. Ellos no quieren comer con Amparo, pues saben que la mujer no tiene apenas para ella y para Amparito y ellos ni siquiera figuran en la cartilla de racionamiento familiar de se vecina. Pero

tampoco les gusta prodigarse por Auxilio Social, por si alguien le pregunta por su familia y, si descubren que no la tienen, que viven recogidos por una vecina, los internen en alguna institución. Y esto es lo que no desean por nada del mundo.

Benita ha recogido su diaria ración y lentamente, arrastrando sus cansadas piernas, se dirige a su casa.. Hoy no están sus sobrinas que han ido a comer con el cuñado de Manuela, así que, tras calentar un poco el potaje, limpiará la casa y después se dirigirá a la iglesia de San Sebastián.

Benita sabe que todas estas cosas avergüenzan a sus sobrinas, que por nada del mundo consentirían que sus vecinas llegaran a saberlo. Sin embargo ¿quién lo puede evitar? Los niños la han visto más de una vez a la cola de Auxilio Social, y seguro que lo habrán comentado con Amparo y ella con el resto de los vecinos. Pero hasta ahora, nadie ha dicho nada. Además, en estos tiempos tampoco es tan vergonzoso alimentarse de caridad. Con lo que ella saca no tienen para las tres, así que si puede agenciarse su comida, siempre podrán disponer la madre y la hija de algo mejor. Esto es lo que debe pensar Manuela, y, aunque le grita y le riñe diciendo que es la vergüenza de la familia, en el fondo no se opone a que haga lo que hace.

Manuela siempre ha sido muy orgullosa. Siempre anda a vueltas con su mamá, aunque bien sabía ella que su hermana no era más que la cocinera de aquel señor que ella decía había sido ministro, aunque Benita no podía asegurar nada porque jamás pisó aquella casa. También presume de aquel colegio de monjas donde fue, aunque tuvo que abandonarlo a los doce años y a los trece ya estaba viviendo en esta casa que tanto desprecia, recogida por Benita, porque cuando murió su madre era la única que podía cuidar de ella pues con su padre, un borracho casi siempre en paro y que llevaba separado varios años de su mujer, no podía contarse. Así que su adolescencia la pasó con Benita, compartiendo la pobreza de aquella vecindad que despreciaba tanto. Luego, a los dieciséis años, entró en un taller de modistas y la verdad es que tenía habilidad para ello. Por entonces era una chica alegre y desenvuelta, algo feúcha según decían en la vecindad aunque para ella no lo era. Ciertamente no había salido a su madre, que era una real hembra y seguramente se asemejara más a ella que en nada se parecía a su hermana y nunca había valido nada, y posiblemente por eso nunca se le había acercado ningún hombre. Pero, en fin, cada uno es como es.

Y un día, cuando Manolita tenía dieciocho años, volvió a casa loca de contento diciendo que había estado en el baile y que le había salido un pretendiente. Benita al principio no hizo mucho caso, porque ella siempre andaba con historias de novios y luego le duraban dos días. Pero esta vez la cosa fue en serio. Uno meses después, en un café, pues no quiso que su novio fuera a aquella casa, y después de insistir en que se arreglase lo mejor que pudiera, presentó su novio a Benita. Eulogio era un militar, un brigada que pronto ascendería a teniente, y un mozo muy bien plantado y jaranero. Benita rogaba a Dios todos los días porque aquello durase y llegara a buen puerto. Y Dios la escuchó, pues en el año treinta y cuatro se casaron, y aunque ella tuvo la pena de que se cambiaron de casa dejándola sola, sin que por eso cesara de verla ni un solo día porque todas las mañanas se pasaba por la casa de Alberto Aguilera a hacer todos los trabajos que requiere el llevar una casa para que su sobrina, quien enseguida quedó embarazada, no tuviera que cansarse ni mancharse las manos ni realizar el menor esfuerzo.

Nació la niña y al poco tiempo vino la guerra. Eulogio fue al frente como teniente y, la suerte negra hizo que muriera en campaña. Después tuvieron que abandonar la casa de Alberto Aguilera y su sobrina y la niña debieron volver con ella, pues como su marido era militar republicano no tenía pensión. Hoy habían ido a ver a su cuñado por si podía arreglar, él que era influyente, ese asunto. ¡Ojalá pudiera!

Ha terminado de comer. Friega la escudilla y durante una hora, está arreglando la casa. Hoy, afortunadamente, no hay ropa que lavar, porque se encuentra muy cansada. Le gustaría echarse a dormir un poco, pues aún faltan más de dos horas para que comience la novena en San Sebastián. Le gustaría echarse en la cama de su sobrina o en la de Manolita, pero no se atreve. Tampoco es cuestión de sacar el camastro para luego tener que recogerlo. Pero está muy cansada, y se cae de

sueño. Entonces, como tantas veces pone la silla de anea junto a la mesa de cocina y, apoyando en esta los brazos, deja reposar sobre ellos su cabeza.. Casi inmediatamente, Benita se queda dormida..

Cuando Pili llega al café, Juan lleva ya un rato esperando. Pili toma asiento junto a él, alargándole una mano con timidez, que él apenas roza con sus dedos. Pili se siente cohibida con Juan y nunca sabe qué actitud adoptar. No puede tratarle con ese descaro sonriente, profesional, que toma con los otros hombres. Tampoco con las maneras más naturales, de confianza, que se tiene con un amigo. Ella no sabe si Juan es su amigo. No sabe si él la toma como tal, aunque la trate con respeto y cariño. Pero nota que hay algo que los separa, que rompe una posible y sincera amistad, por más que en el fondo ambos lo deseen. Y es que, después de todo, ella es una puta y es muy difícil ser el amigo de una puta.. Juan está decaído, con una expresión triste. Se ve que quiere decirle algo, por eso están aquí, porque según él dijo, "quiero quedar contigo para contarte algo". Sin duda está deseando hablar, pero no se atreve. Durante un rato hay un silencio penoso. Al fin Pili se decide y, tomándole una mano, dice:

- ¿Qué tenías que decirme, Juan?

Tarda en contestar. Haciendo un esfuerzo, responde.

- No sé por qué tengo que contarte esto, pero es algo que me angustia, que tengo que confiar a alguien. Y pienso que a quien únicamente puedo contárselo es a ti. Vuelve a hacerse el silencio. Al cabo, dice.

- Ya sé dónde está mi padre

Pili sabía que Juan había perdido la pista de su padre desde que empezó la guerra. Él estaba en Segovia y su padre se encontraba en Madrid. Durante la guerra, en el frente, Juan había pensado más de una vez que su padre podría encontrarse al otro lado de su trinchera, y que una bala suya podría matarle. Esto es algo que le había angustiado más de una vez. Pero cuando terminó la guerra y entró en Madrid, por más que buscó y preguntó no encontró el menor rastro de su padre. No sabía si estaba muerto, o si estaba preso o se había ido de España. Era como si lo hubiera tragado la tierra.

Ahora Juan hablaba a borbotones, como si tuviese que arrojar en unos pocos minutos todo lo que durante tiempo le había atormentado y todo lo que le atormentaba. Él sabía que su padre ocupaba un cargo sindical en la CNT y que por tanto, si no había muerto o escapado, lo más probable es que le hubiesen condenado, que estuviese preso. Pero era difícil encontrar a la gente en tantas prisiones como había, encontrar uno entre tantos presos. Pero, hacía tres días, lo había encontrado.

Fue por casualidad. Andaba junto a la telefónica, cuando oyó que le llamaban. Era Lucio, un amigo de la mili en Segovia que había estado con él en el frente, hombro con hombro, durante toda la guerra,. Se habían hecho muy amigos. Seguía de militar, de sargento. Tras los saludos de rigor, le dijo que entrase con él en un bar, que tenía que contarle una cosa en secreto. Se sentaron en un rincón apartado y Lucio habló.

.Estaba de servicio en la cárcel de Porlier. Allí, entre los que esperaban juicio había un preso llamado Santiuste, como Juan. Santiuste no es un apellido corriente. Se fijó en el preso y vio que tenían bastante parecido con Juan. Además, por la edad, bien podía ser su padre. Prudentemente investigó si tenía un hijo que se llamase también Juan Sí, lo tenía.. No había duda,. aquel hombre, preso en Porlier, era su padre. Pues bien, haría un mes que por fin se celebró el juicio y tras éste había pasado al pabellón donde los condenados a muerte esperan la firma del Cúmplase.

Pili se quedó mirando a Juan sin saber que hacer. Era algo demasiado terrible para que ella pudiera decir algo que le consolase. Por fin rompió el silencio insinuando que a lo mejor le indultaban, que ya no era como al principio y que ahora eran muchos los condenados a muerte a quienes conmutaban la pena. Juan respondió que precisamente era eso lo que había dicho su amigo Lucio. Que ahora hay bastantes indultos. Luego añadió que en estos casos lo mejor era ganar tiempo. Cuanto más tiempo pase, dijo, más probabilidades hay para que la sentencia no se cumpla. Y que cuando él le preguntó qué se podía hacer para

ganar tiempo, tras dudar un momento, le contestó: - Mira, yo no te he dicho nada, ¿entiendes?. Mi nombre no tiene que salir en absoluto. ¿Me lo juras? - Y cuando Juan respondió afirmativamente., Lucio le dijo que aunque aquello no era seguro, le habían hablado de un procurador que a veces podía dilatar el que se pasase el Cúmplase de la sentencia a la firma. Nadie sabía los medios. Seguramente conocería algún funcionario que pondría el expediente al final del montón que se pasaba a firmar A él no le habían dado detalles. Solamente el nombre del procurador y que había que darle dos mil pesetas, sin que ello supusiera tampoco ninguna seguridad.

- ¿ Te dio el nombre? - preguntó Pili

- Sí, me dio el nombre y las señas. Pero insistió que no era algo seguro. A lo mejor todo es una estafa.

- De todas formas, habría que probar.

- Probar ¿cómo? Yo no tengo una perra. ¿De dónde voy a sacar dos mil pesetas?

- Yo tengo algo de dinero. Desde luego, no dos mil pesetas, pero podría intentar sacar algo a ver si puedo completarlas.

Juan se quedó mirando a la chica. Estaba sorprendido y, al mismo tiempo, emocionado. Aquella muchacha le ofrecía todo lo que tenía, todo lo que podía sacar con aquel oficio que él tanto despreciaba, para que intentase salvar a su padre, a quien ni siquiera conocía, de la muerte. Pero él no podía aceptarlo. Si aceptase su dinero, procedería como un chulo. Aunque no era lo mismo. No era para vivir de ella. Era únicamente para resolver un caso desesperado. Durante un rato se mantuvo en silencio, sin saber qué decir ni qué hacer.

- Vamos, dijo la chica. No sé si podré sacar ese dinero ni el tiempo que tardaré en conseguirlo, pero te lo doy de corazón. Considéralo cómo un préstamo. Cuando puedas, ya me lo devolverás. Lo importante, en lo único que debes pensar, es poder salvar a tu padre.

Juan no contestó. Se limitó a cogerle la mano y apretársela en una tímida caricia. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

Ella devolvió su apretón de mano. Después se levantó y dijo:

- Vamos, ámate. Yo haré lo que pueda. Verás como al final todo sale bien.

El bar está estratégicamente situado frente a la facultad de Derecho, en la calle Ancha de San Bernardo. A esta hora, mediada la mañana, son muchos los alumnos que lo cambian por las aulas, para tomar un vino o jugar una partida de cartas o dominó. David Calzado está bebiendo y charlando con sus compañeros de tercer curso de Facultad, Mariano, Gregorio e Ignacio. Ignacio es quien lleva la voz cantante. Ignacio presume de don Juan, de tener experiencia de la vida. Por eso suele gastar bromas a David, a quien considera un poco verde, un pazguato que todavía no conoce mujer y que ahora anda medio novio con una morenita que estudia mecanografía y taquigrafía en una academia cercana.

Una vez más Ignacio ha preguntado a David si se ha tirado ya a la niña esa con la que ahora sale Ante su confusión, prorrumpe en carcajadas coreadas por los otros dos amigos.. David se siente molesto. Le molesta la forma en que se refieren a Amparito, como si fuese una cualquiera, la forma despectiva con que Ignacio habla de las mujeres.

Él no es así. Él se encuentra bien cuando pasea con Amparo, hablando cada uno de sus cosas. Le basta con esa conversación, con darle algún beso a hurtadillas, aprovechando un rincón discreto y mal iluminado, cuando ya ha caído la tarde, un poco antes de que ella se dirija hacia su casa. Él siente ternura y cariño por Amparito, y está encantado con tener una novia, aunque sabe que no se va a casar con ella, pues es pobre y no tiene estudios y no puede hablar de libros ni de música ni de arte, de todo aquello de lo que sí puede hablar una señorita de clase bien, una de esas señoritas con las que más tarde o más temprano acabará por casarse. Pero de momento se siente bien con Amparito, sin hacer otra cosa de las que hacen. Se siente bien teniendo una chica tan guapa al lado, una chica simpática y tierna a la que le tiemblan las piernas cuando de vez en vez la besa, una chica que le quiere tanto.

Claro que estas cosas no se las puede decir a sus amigos porque se reirían de él. Sobre todo Ignacio. Ignacio dice que le parece bien que salga con esa chica

pobre, que se tire a esa chica y se divierta con ella mientras dure, hasta que acabe la Facultad, y luego, tú que eres de provincia, lo que tienes que hacer es ir a la casa regional de tu provincia y echar el ojo a la hija de algún paleta cargado de duros y dar el braguetazo y que te quiten lo bailao. Pero aprovechándote y no haciendo lo de ahora, paseándola como un pánfilo sin sacar nada de provecho.

Esto es lo que una vez más le repite Ignacio, con el asentimiento de Mariano y Gregorio, que quieren mostrarse tan corridos y cínicos como él. David, con la conversación y el vino, también se va animando, rindiéndose a los argumentos de sus amigos. Empieza a pensar que está haciendo el tonto sin sacar ningún provecho de su novia. Claro - dice- que a él le gustaría acostarse con ella, pero cómo... No hay ocasión ni lugar, en éste Madrid tan vigilado, con guardias en los parques, con acomodadores en los cines que siempre andan con sus linternas fisgando por las butacas para ver qué hacen las parejas. Además ella se niega a cualquier toqueteo y le cuesta Dios y ayuda el poder darle unos simples besos.

Ignacio vuelve a reírse y a decirle que está verde a sus veinte años. Que ella se niega... No me vengas con cuentos...; Menuda pájara.! Se hace la estrecha para ver si te puede pescar, pero en el fondo seguro que es una cachonda y calentorra como todas las mujeres. Lo que pasa que eres tú quien tienes que tomar la iniciativa, partir el bacalao. Por supuesto que andando como andáis cogiditos de la mano desde Quevedo a Cuatro Caminos, poco vas a poder hacer. Tienes que llevarla más al cine, y darle una buena propina al acomodador para que os ponga en las últimas filas y no esté fisgando con la linterna. Y una vez allí, calentarla a modo. Unos besitos, y tocarle las rodillas y luego los muslos y los pechos hasta que termine metiéndole la mano por debajo de las braguitas. Verás como ella te lo agradece y quiere cada vez más y serás ella la que te te estará siempre pidiéndote que la llesves al cine para que allí, a oscuritas, te la trajines a gusto. Y cuando ya la tengas bien dispuesta, en vez de pasear como ahora por las calles, te la llevas a los descampados, a la ribera del Manzanares y allí te la tiras. Y si no, mucho mejor, a una casa de citas que en Madrid otra cosa no habrá, pero de éstas a montones. Y si no tienes dinero para pagarte una me lo pides a mí, que para eso sí que te lo presto con mucho gusto.

David deja a sus amigos porque quiere asistir a la última clase de la mañana. Sí, piensa cuando los deja, puede que Ignacio tenga razón, que eso es lo que tengo que hacer. Sin embargo, se encuentra molesto. Molesto por los consejos cínicos de su amigo, por el desprecio que éste siente por las mujeres a las que sólo considera como un medio para procurarse placer. Es como si todas ellas fuesen unas putas. Y Amparito no lo es. No se la puede tratar así. Ella es una buena chica que le quiere, que desearía casarse con él. Y él se deja querer, intentando besarla y acariciarla, aunque no tenga la intención de casarse con ella, porque dentro de unos años él tendrá una carrera y los chicos de carrera no se casan con chicas que viven en una casa pobre y su madre se gana la vida como Dios la da a entender y su padre, por lo poco que habla de él, debe de estar en la cárcel. Pero el proceder con ella como dice Ignacio, no deja de golpearle la conciencia. Y es así, confuso, como entra en el aula en un estado anímico en el que al deseo sensual que siente por Amparito se mezcla un malestar que surge de lo más profundo de si mismo y que intenta sofocar en vano.

Toni y Jacinto están preparando pitillos para Amparo Es una labor que ellos realizan con minuciosidad y que requiere un laborioso proceso. Primero está la recogida de colillas. No es nada fácil, porque las colillas están muy buscadas y, además, los fumadores apuran el pitillo hasta él máximo. Pero después de varias horas de busca, se puede reunir un buen puñado de tabaco. A continuación viene el lavar el tabaco y secarlo al sol. Tras esto, la mezcla con la picadura que les ha vendido Vicente. Y una vez bien mezclado, formando un todo homogéneo llega la última operación: hacer los pitillos liándolos en papel Bambú, con ayuda de una esterilla que para tal uso tenía su padre.

Amparo les da cinco céntimos por cada pitillo. Luego ella los vende a diez. Contando lo que les ha costado el tabaco que les vendió Vicente y la libreta de

papel Bambú, de los setenta pitillos que fabrican apenas les queda una peseta. Y eso que Vicente les vende el tabaco a precio de ración, que si les cobrase lo que él cobra cuando lo vende de estraperlo, no les quedaría nada.

Vicente ha falsificado tres tarjetas de fumador, y con ello saca para fumar él, proporcionarles una vez al mes picadura a los niños, y vender otros cuatro o cinco paquetes al estraperlo. A los niños les vende el paquete que él llama del primo. Vicente abre un paquete, le vende algo más de las tres cuartas partes a los hermanos y el resto lo llena de serrín salvo las capas superiores que las cubre con el tabaco que no dio a los chicos, para vendérselo a algún paleta de los que, recién llegados a Madrid, andan con su maleta a cuesta por la cercanía de las estaciones del Norte o Mediodía. Piezas fáciles y a las que no hay peligro de que las vuelva a ver.

A la Amparo no le gustan que los chicos traten con Vicente. Amparo conoce a Vicente desde que era un niño y siempre fue un golfo, pero ya al final de la guerra se destapó del todo pasándose a los nacionales para librarse de la cárcel como se libró, aunque tampoco le valió de mucho porque no sacó nada de los vencedores y ahora tiene que ganarse la vida timando y robando. Pero a ella, que tiene a su marido en el penal de Ocaña, no le hace la menor gracia ver a ese golfo libre como los pájaros y sabe que los niños no pueden aprender nada bueno de él. Mas en fin, con lo del tabaco tiene que transigir y poner buena cara por el favor que, como antiguo vecino, les hace.

Los pitillos los va vendiendo poco a poco, casi de uno a uno. Amparo cambia frecuentemente el lugar de su puesto de venta para esquivar a los guardias. Donde más tiempo está es en la puerta del metro de Cuatro Caminos. Tiene un puesto con pipas, cacahuets y caramelos, pero de lo que más saca es de lo que no está a la vista del público, los pitillos y el pan. Claro que con lo lícito y lo ilícito de su puesto ambulante no tendría para vivir.. Lo complementa con el aceite que le trae cada quince día de Linares su hermana, con quien comparte las ganancias. El aceite es para unos pocos clientes fijos que vienen a su casa o ella va a la suya. Y toda la ganancia de su comercio la complementa con lo que saca de una casa a la que va dos veces por semana para lavar, coser y planchar la ropa del dueño y hacer la limpieza.

A veces, otra compañera de ventas legítimas y clandestinas intenta convencerla para que, al caer la noche, se saque unas pesetas haciendo lo que hace ella. " Si es muy fácil, chica, - le dice -; solo tienes que acompañarme y fijarte en lo que hacemos las demás Y un día con otro, sacamos veinte duros al mes, que no está mal. "

Pero Amparo no es como Gloria..Gloría es cinco o seis años menor que ella. Su marido estaba en el frente del este. Y cuando cayó Cataluña debió de pasar a Francia. Nunca más supo de él, ni a estas alturas sabe si está vivo o muerto. Tampoco le importa demasiado. No tuvieron hijos. Ella sigue viviendo en el sótano de la calle Galileo donde vivían antes de la guerra y allí recibe a Felipe, un carpintero de la vecindad a quien conoció cuando le llevó a reparar una cama, que tiene una mujer vieja y medio impedida. Le recibe generalmente los domingos, cuando él dice a su mujer que se va al fútbol con los amigos. Y como dice a Amparo. " Chica, aparte de que me deja algo de dinero, hay que darle al cuerpo lo que pide el cuerpo, que una no es de piedra "

Al atardecer, tras recoger su puesto, Gloria se dirige hacia las tapias del Metropolitano. Por allí rondan unas cuantas mujeres de su edad o algo mayores y algunos chicos jóvenes, la mayoría soldados. Ella no tiene reparos en acercarse a alguno y decirle que si se anima. Los mozos, por lo general, se dividen en tímidos y osados. Si es de estos últimos, una vez que se encuentran pegados junto a la tapia, tiene que pararle las manos. -Nada de besos o toqueteos- dice- Aquí venimos a lo que venimos.- A los tímidos los anima.:- Vamos guapo, veras que gusto te doy solo por dos pesetas. - Y si el mozo le dice que en una casa puede joder por un duro, le responde que con ella va a conseguir el mismo resultado sin correr el peligro de coger lo que no tiene y, además se ahorrará tres pesetas con las que podrá darse una buena cena. Así que, cuando se decide, abre la bragueta del mozo, le saca el aparato y en tres toques liquida la operación.

- A las pajilleras - le dice a su amiga- no nos consideran putas. No necesitamos carné ni revisión médica ni estamos perseguidas y los guardias nos dejan en paz. Además no corremos peligro de infección y si mi carpintero se enterara a lo mejor me largaba unas guantadas, pero no lo tomaría como si anduviera abriéndome de piernas con unos y con otros. Por eso te digo que no seas tonta y vengas conmigo, que es un medio fácil de ganar dinero.

Amparo la deja hablar, pero sin la menor intención de seguir sus pasos. Ella no es como Gloria. Ella tiene un marido a quien quiere, a quien todos los meses va a ver al penal y que cuando salga de la cárcel, si es que sale, no tendrá motivo para avergonzarse de ella... Bastante le remuerden los magreos y las confianzas que se permite con el panadero, pero de ahí nunca va a pasar. Además está su hija. ; Que diría Amparito si se enterase que ella se iba a la anochecida en busca de mozos a quienes masturbar ; ; Con qué cara podría reprocharle lo de su novio! No. Que Gloria siga con su vida, y la deje a ella seguir con la suya. Aunque no puedan cenar nada más que un triste boniato, aunque se mueran de hambre....

Coge los pitillos que han hecho los niños y, tras meterlos en un bote, los introduce en un bolso negro con las barras de pan. Después, toma la cesta con los dulces y los frutos secos y recomendando a los niños que no dejen la puerta abierta al salir, inicia su ruta hacia la glorieta de Cuatro Caminos.

Es una mañana intensamente fría. Cae una fina aguanieve que se clava como diminutos alfileres en las carnes. En el amplio patio de la cárcel los presos políticos se mantienen firmes, perfectamente formados, siguiendo la ceremonia. Han saludado brazo en alto a la bandera que preside la tribuna y, en esta posición, cantado el himno nacional y el Cara al Sol. Después han escuchado la pequeña alocución del capellán y rezado a coro con éste, el padrenuestro y el avemaría. Ahora esperan, los ojos fijos en la tribuna la alocución patriótica, Entre las filas de presos pasean los celadores, ojo avizor, velando para que todos cumplan con el deber establecido.

En la tribuna, flanqueado por el director del penal y el capellán se encuentra el poeta Diego Angulo. Ésta es una más de las charlas patrióticas que Angulo da a los presos políticos repartidos por las diversas cárceles de España. Angulo ha hecho comprender a la jerarquía que los presos están en la cárcel no solo para pagar sus inmensas culpas contra la patria, sino para transformarse en buenos patriotas, que una vez redimidos, puedan incorporarse a la vida civil para servir a España con entrega y amor. La cárcel, dice, y es una de las frases obligadas en sus discursos, es un crisol; "un crisol donde se funde el vil metal de los enemigos de la patria, de los malditos que os alzasteis contra ella y renegasteis de ella para entrar al servicio del imperio satánico de Moscú para, una vez fundido ese vil metal, formar al hombre nuevo, al hombre que, libre de errores, entregue su corazón y su vida al servicio de España, su patria, siguiendo la senda trazada por su supremo guía y conductor, nuestro invicto caudillo Franco." Y para lograr esta transformación, la acción carcelaria debe reforzarse con la acción de la palabra. De ahí la necesidad de hablar a estos desgraciados de dirigirse a ellos, para que a través de la palabra, penetre la luz en sus conciencias. Y éste debe ser el fin de las charlas patrióticas, de las que él es uno de sus máximos oficiantes.

El poeta va repitiendo casi el mismo discurso de mes en mes, de cárcel en cárcel. Claro que no importa que el discurso sea el mismo, si los oyentes son distintos y, además, en él se encierra la verdad. Lo único que ha cambiado algo es la forma. Antes era más retórica, más florida, conforme a su estilo poético influido por los italianos. Ahora ha descubierto la sobriedad de la oratoria y la prosa del Caudillo, máximo artífice de las letras españolas, y procura también adecuar su verbo a esta sobriedad antiretórica, a esta su desnudez esencial.

El poeta ya ha cubierto la primera parte de su discurso, aquella en que increpa a sus oyentes por los crímenes pasados y les hace ver lo justo de su condena, incluso lo que ésta tiene de misericordiosa pues esos crímenes, en su mayoría, tan solo pueden pagarse con la vida y ellos, gracias a la misericordia del

régimen, continúan viviendo. Ahora emprenderá la segunda parte: les hablará de la grandeza de España, de la singularidad de su destino fijado por Dios y de cómo todos deben comprender, admirar y cooperar a esta grandeza y a este singular destino como buenos españoles que siguen los caminos trazados por nuestro conductor, el Caudillo Franco.

Continúa el agua nieve y en el patio todos tiemblan de frío. También el poeta, aunque mucho mejor abrigado que los presos, siente las dentelladas de este frío glaciario. Estas ciudades castellanas- piensa- en invierno son peor que Siberia. Milagro si hoy no cojo un buen pasmo. Y así temiendo por su salud, Diego Angulo decide abreviar.

La decisión es bien acogida por los reclusos, mal cubiertos de harapos y famélicos, muchos de ellos ya a punto de desmayarse. Así, cuando termina lanzando las voces de rigor a las que están obligados a contestar, los reglamentarios aplausos tienen esta vez un cierto calor de agradecimiento. Antes de retirarse a sus celdas los reclusos van desfilando en fila de uno ante la tribuna.. Diego apenas se fija en esos rostros lívidos, demacrados, que van pasando frente a él. Pero de pronto, uno llama su atención. Es un hombre alto, extraordinariamente delgado, que lleva unas gruesas gafas. Ese rostro que ha pasado ante él fugazmente ha iluminado su memoria. Sí, está casi seguro que es él. No obstante, para asegurarse, acude al director del penal.

- Dígame., he creído reconocer entre los presos a un amigo de mi juventud. Un poeta. No sé si entre tantos presos recordará el nombre...Víctor Maura.

- Sí, tengo buena memoria y me acuerdo del nombre de la mayoría de los presos, sobre todo de los notables. Y Víctor Maura gozaba de cierta notoriedad como poeta y articulista.

- ¿ Y por qué está aquí ?

- Por auxilio a la Rebelión. El apoyó mucho a los rojos con sus artículos durante la guerra. Le condenaron a muerte, pero luego le conmutaron la condena por treinta años y le mandaron aquí. Es un buen preso, aunque está bastante delicado

- Un buen preso y un buen chico. ¡Treinta años ; Que barbaridad! Pero si ese es un infeliz incapaz de matar a una mosca...

Durante un rato ambos hombres guardan silencio, Al fin lo rompe Diego:

- Mire usted. Va a hacerme un favor particular. Va a cederme un despacho, una habitación, lo que sea, para que yo pueda tener una conversación con Maura y enterarme de lo que realmente ha hecho para intentar tomar medidas, arreglarlo.. Una conversación en que estemos los dos solos, sin vigilantes ni guardias, para que podamos hablar con confianza.

- Pero eso no puede ser. Va contra el reglamento

- El reglamento, el reglamento. ¿ Para eso hicimos la Revolución Nacional Sindicalista, para tropezarnos otra vez con el reglamento y la burocracia decimonónica?

- Pero querido amigo, yo bien quisiera hacerlo, pero la ley es igual para todos y yo debo cumplirla

- Vamos...¿ En que puede perjudicar a nadie esta reunión? ¿ Es que piensa que voy a ayudar a escapar a su preso? Se lo pido como amigo. De hombre a hombre, de camarada a camarada...

El director continúa dudando. De evidente mala gana, dice

- En fin, sea lo que usted quiera. Es algo que hago contra mi obligación y contra mi conciencia, pero durante veinte minutos dispondrá de una habitación aislada para que pueda hablar a solas y tranquilo con el recluso

- Muchas gracias - dice mientras le abraza efusivamente-. Y para que ya el favor sea completo, lleva a la habitación una botella de coñac y dos vasos A ver si de una vez me saco este maldito frío que se me ha metido en los huesos.

Cuando Victor Maura entró en la habitación a la que, desde su celda, le había conducido el carcelero, no se extrañó de quien le estaba esperando allí. En aquel ridículo y humillante acto, temblando de frío bajo el aguanieve, teniendo que contestar a los gritos fascistas y hacer el saludo de quienes les habían encerrado en la prisión, había conocido a quien llevaba el peso de aquella

degradante ceremonia y escuchado su ridículo discurso en el que, tras denigrarlos, los incitaba a seguir su ideología e identificarse con el sangriento dictador que había destruido lo que ellos veneraban y por lo que habían estado luchando casi tres años. Se trataba de Diego Angulo, aquel amigo de su juventud con el que había compartido la fiebre ultraísta que ambos habrían pronto de abandonar. Él por una poesía más humana, más comprometida por la causa de aquella España sufriente, y Diego primero por el futurismo y el decadentismo italiano, después por la vergonzosa celebración de la tópica España Imperial y, finalmente, por su incorporación al coro de los mitificadores del déspota, el Generalísimo de los Ejércitos y Caudillo de España por la Gracia de Dios, Francisco Franco Bahamontes.

En efecto, en aquella habitación donde fue introducido por el carcelero, sentado en un sillón tras de una mesa de despacho, estaba Diego Angulo. Cuando el carcelero dejó la estancia cerrando la puerta tras de sí, Diego, levantándose de su asiento, se dirigió a él tendiéndole una mano cordialmente en un cálido apretón, al que Víctor respondió con frialdad.

- Amigo mío, no sabes la alegría que me da volver a verte aunque este lugar no sea el que hubiese deseado. De todas formas, creo que ha sido una suerte para ti que yo haya venido a este penal y te distinguiera entre tanto preso. Anda, siéntate - añadió indicando una silla que había frente a la mesa -, que tenemos que hablar y no hay mucho tiempo. Primero, porque tu carcelero se muestra muy estricto respecto al tiempo de la entrevista, y además porque me está esperando el coche para devolverme a Madrid.

Víctor, entre molesto y desconcertado, toma asiento en la silla situada entre la puerta de la habitación y la mesa de despacho tras la que se hallaba sentado Diego cuando él entró. Este se dirigió a esa mesa y tomando la botella de coñac que estaba sobre ella, echo un poco en los dos vasos y se dirigió con uno de ellos a Víctor.

- Bueno, lo primero celebrar nuestro encuentro con un trago

- Gracias - respondió Víctor- pero yo no bebo.

- ¿ No bebes? Pues antes bien bebías.. ¿ O es - dijo cambiando la amabilidad de su tono de voz por otro más agresivo - que no quieres beber conmigo?

- No es eso, - respondió Víctor con un tono más conciliador -, es que ando bastante fastidiado del estómago. El coñac me caería como una bomba

- Bien, - dijo Diego- Si es por eso, beberé solo

Durante unos instantes permanecieron en silencio. Víctor sentado en su silla y Diego dando algunos pasos por la habitación, con el vaso en la mano. Al fin bebió un trago, y dijo:

- Sigues usando gafas, como entonces...

- Sí, pero con los cristales mucho más gruesos y patillas artesanales, de alambre

- La verdad es que con esa ropa, tan delgado y demacrado y esas gafas, resulta difícil reconocerte. Te has estropeado mucho. Ya te habías estropeado antes por dentro, pero ahora estas también estropeado por fuera

Volvió a hacerse el silencio. Diego bebió otro trago de coñac y reanudó la conversación.

- Bien. A lo que importa. Veamos que puedo hacer por ti. ¿ Cómo es que estás aquí?

- Ya ves. Las cosas que pasan

- Bueno, ¿ pero por que estás en presidio?

- Por nada

- Vamos, vamos...Algo habrás hecho para estar en presidio. Además, según me dijo el director, a ti te condenaron a muerte. Y a nadie se le mete en la cárcel y menos se le condena a muerte por nada

- Pues sí, Diego. Hay muchos, miles, que están en la cárcel por nada, y a quienes se condena a muerte por nada y a quienes se les ha ejecutado por nada. Diego, vuelve a echar coñac en su vaso y bebe un largo trago.. Ha desaparecido su sonrisa amable y su gesto se ha hecho sombrío. Con una mal disimulada irritación, se dirige a Víctor.

- Veo con tristeza que he estado hablando en vano, que mis palabras han caído en tierra estéril e ingrata. He querido que veáis vuestros crímenes, vuestras

equivocaciones para que os arrepentierais y tomarais la senda de la España nueva. Todo inútil. Te pregunto que por qué estás aquí y me responde que por nada. No reconoces tus culpas. No reconoces que, en principio, estás aquí por auxilio a la rebelión.

- Pero no fuimos nosotros quienes se rebelaron

- Sí, fuisteis vosotros. Os rebelasteis en el 1931, cuando en unas elecciones ilegítimas tomasteis el poder y comenzasteis la obra de demolición de la España eterna Y para salvar a esa España eterna, sus hijos en el 1936 se levantaron para poner fin a la obra destructiva de vuestra rebelión. De todas maneras, no has contestado a mi pregunta. A parte del auxilio a la rebelión, ¿ qué hiciste para que te condenaran a muerte ?

- Ya te lo dicho: Nada

- Y yo te repito que por nada ni se condena a muerte ni se mata a nadie

- Sí. Por nada se mata a la gente. Por ejemplo, a Federico le mataron por nada La mención de Lorca irrita aún más a Diego Ahora está rojo, casi congestionado. Bebe otro sorbo de coñac y dice:

- A aquel amiguito tuyo, ya sabes que yo nunca lo trague., sí lo mataron por algo. Lo mataron por comunista y por maricón, y esto querido, ser además de comunista maricón, ya es demasiado

Víctor, levantándose de la silla, pide permiso para retirarse, pero Diego, tomándole del hombro le obliga a sentar mientras dice:

- Tú te marcharás cuando yo quiera.. Estábamos hablando de Federico, un títere, un poeta mediocre mitificado tras su muerte por los enemigos de España.

Federico, con sus gitanos, sus toreros, su surrealismo importado de Francia. ; Vaya un poeta el tan glorificado Federico !

- Sí, Federico era un mal poeta. Lo mismo que Alberti y Cernuda y Neruda y Miguel Hernández y don Antonio Machado Esos son los malos. Los buenos sois los que ahora andáis aquí haciendo ripios para adular a un dictador sangriento.

En un rápido movimiento, Diego da un bofetón a Víctor que pierde las gafas y comienza a sangrar por un labio. Se arrodilla y tanteando, pues sin gafas apenas ve, comienza buscarlas por el suelo, pero es Diego quien adelantándose las recoge y las coloca sobre la mesa. Víctor, incorporándose, dice muy sereno que ahora las cosas ya están más claras, ya está cada uno en su sitio. Prefiere ese lenguaje al de antes, haciendo el papel de amigos. Al fin, Diego -añade- te has expresado en tu verdadero lenguaje: el de los puños y las pistolas.

Diego, con una voz tranquila, aparentemente más sereno que unos momentos antes, pero con un brillo alucinado en los ojos y un temblor en las manos que delata su alteración, dice mientras pulveriza los cristales de las gafas con la culata de la pistola que ha sacado de una pistolera que lleva colgada de la chaqueta:

- Si piensas que éste es el único lenguaje poético que domino, no quiero contrariarte y te daré la razón. He venido aquí como un amigo, a entregarte mi corazón, a reanudar nuestra vieja amistad enterrando todo lo que nos había separado, a prestarte mi ayuda. Pero tú me has rechazado. Has dejado bien claro que no estás conmigo, sino con los sin patria y los sin Dios

Interrumpe sus palabras mientras echa en el vaso que rechazó Víctor los pulverizados cristales de las gafas y lo llena de coñac. Después continúa:

- Bien, mi lírica es la de las pistolas De acuerdo - Apoyando el cañón de la pistola en la sien de Víctor, continúa. - Antes me rechazaste un vaso de coñac. que te ofrecí como amigo. Ahora, como enemigo, te ofrezco este otro. Y te lo vas a beber hasta la última gota, y con él los cristales de tus gafas de cegato de mierda, o te juro por la Santísima Virgen, y este juramento es sagrado para mí , que como te niegues a beber, aquí mismo te levanto la tapa de los sesos. Toma- dice poniéndole el vaso en los labios-. Bebe, cabrón.

Víctor, aterrado por las palabras de Diego y el cañón de la pistola que siente apoyado en su sien, bebe de un solo trago, sin respirar, para no vomitarlo, todo el vaso de coñac. Cuando termina Diego pulsa un timbre que hay sobre la mesa.

Entra el carcelero, y le dice:

- Por favor, conduzca a este recluso a su celda. Y discúlpeme ante el director por no despedirme de él, pero parto inmediatamente para Madrid

Doña Manuela y su niña han estado comiendo en casa de sus cuñados, los Ruiz Pérez. Santiago tiene un cargo importante en Abastos y doña Manuela cree que, dadas sus relaciones, podría conseguir que le concediesen la pensión de viudedad. Éste ha sido el motivo principal de su conversación durante la comida " Es una injusticia- decía- que porque el pobre Eulogio muriese en zona roja y no tenga pensión. El estaba en el frente porque le obligaron, porque bien que le hubiera gustado estar en el otro lado, con los suyos, pues tu bien sabe que Eulogio como tú, como todos nosotros, era de derechas de toda la vida. Tu puedes decir, porque es verdad, que el era camisa vieja, pero tuvo que deshacerse de la documentación y disimular porque si no le hubiesen fusilado. Pero tú tienes muchas influencias, y puedes convencerles de la injusticia que se nos ha hecho. Sería darnos la vida, porque yo no puedo vivir en la miseria en que ahora vivo, que no tenemos ni para comer y además en esa casa, con esa vecindad de prostitutas y estraperlistas, todos rojos, que es una vergüenza sobre todo para esta niña, mi pobre hija teniendo que criarse en ese ambiente. Así que, por lo que más quieras, Santiago, procura arreglar esto".

Cuando madre e hija se han ido, Santiago se sirve una copa de anís. Santiago es el hermano mayor de Eulogio. Trabajaba en un banco de Ávila cuando se produjo el Alzamiento y enseguida se afilió a la falange. Por su edad, y alegando una cojera congénita, no se incorporó al frente, pero al terminar la guerra se vino a Madrid con un enchufe en Abastos. No es tan importante como su cuñada cree, pero sí está bien situado.

Su mujer, Juliana, es una rubia (del frasco, según doña Manuela) pechugona y con algo de papada. Ella se consideraba guapa, pero ahora nadie podría llamarla así por los estragos de la edad. No han tenido hijos, y en medio de la penuria general, viven bastante bien.

Juliana y Manuela, aunque guardan las apariencias, se detestan profundamente, de ahí que apenas abandonan la casa madre e hija, Juliana comience a despellejarlas.

- Esta mujer cada día es más insoportable. Se necesita ser tonta para pensar que tú puedes arreglar lo de la pensión de su marido. ¿ Quién se habrá creído que eres? ¿Un ministro ?

- Bueno, ella siempre ha sido así. Siempre con delirios de grandeza

- Sí, con su padrino ministro y su mamá a la que quería tanto el tal padrino.

Tanto que, cuando murió, no la dejó ni una perra. Y eso que a lo mejor era algo más que padrino...

- Mujer, no seas mal pensada...

- No, si yo no soy mal pensada. Pero la cocinera, según tú, era una mujer de buen ver

- Eso parece por las fotografías que me enseñó mi hermano de ella

- Desde luego, la hija no ha salido a la madre. Cada día está más fea. Y la niña es igual que ella. No se parece a tu hermano, que era bien apañado.

Y tan apañado. Eulogio Ruiz Pérez era, cuando conoció a Manuela, un brigada chuleta y guapito. Tenía por ídolo a James Cagney, a quien procuraba imitar. Hacía sus mismos gestos, bailaba el claqué, presumía de duro con las mujeres y a la suya más de una vez le largo un sopapo como a desgana.; era como su ídolo, peleón, aunque más de boquilla que de hecho, pero soñaba con poder derribar a un hombre de la forma que en la pantalla lo hacía el actor. Asiduo de los bailes y bastante putero, le gustaba el boxeo, y admiraba a Max Baer al que había visto en un documental destrozar a Primo Carnera y, poco después, volvió a disfrutar con la reconstrucción de aquel combate en una película que interpretaba el propio Baer y que le encantó: "El boxeador y la dama " Le gustaban las rubias, tipo Jean Harlow, pero se había casado con Manuelita.

El misterio del caso se lo había explicado más de una vez su hermano Santiago a Juliana.: - Mi hermano era muy peculiar, muy bromista. Según me contó él mismo y me confirmó su amigo Mestres, una tarde que fueron a bailar, dijo: " Me voy a poner novio con la más fea del baile ". Claro, la más fea era Manuela. Aquella tarde se puso novio con ella, ante el regocijo de los amigos. Lo que ninguno podía siquiera imaginar es que aquel noviazgo iba a durar un año y acabaría en casamiento.

El matrimonio continúa sentado, él saboreando su copa de anís, hablando de su cuñada. Juliana sigue sin explicarse la boda de Eulogio con una mujer tan fea.

- Porque la verdad es que fea con ganas. Con esas mejillas sumidas y esa nariz que parece lanzarse hacia delante y ese hocico de comadreja, me recuerda la cabeza de una raposa. Y encima ese cutis, tan negro y áspero... No sé cómo tu hermano pudo cargar con ella.

- Cosas que pasan... Pese a todo, él, de casado, estaba bastante enamorado de ella. Y ella no digamos... Estaba loca por él

- Claro, en ella es natural. Pero en él... Además si fuese fea pero tuviera otras virtudes.. Pero no, es presuntuosa, presumida y mala.. Sólo tienes que ver cómo trata a su tía, esa pobre vieja que las mantiene. Y la niña es igual. En el físico y en el carácter ha salido igualita a su madre.

- Bien, el caso es que mi pobre hermano murió en la guerra. Él, diga lo que diga Manuela, no era ni mucho menos camisa vieja. Lo único que le interesaba era divertirse y no se metía en política, aunque claro, de simpatizar con alguien sería con los nacionales, no con los rojos. Tuvo la mala suerte de que la guerra le pilló en Madrid, De haberle pillado como a mí, en Ávila, a estas alturas sería capitán o comandante. Aunque a lo mejor había muerto también Cada uno tiene su destino. Pero al menos su mujer y su hija tendrían una buena pensión y no estarían como están ahora, malviviendo a costa de Benita y dándome a mí la lata para que arregle lo que no tiene arreglo.

- Pues de ésta no te libras. Van seguir erre que erre pidiéndote que hables con unos y otros durante mucho tiempo

- Bueno, por pedir que no quede. Yo le diré que he hablado hasta con el *sunsum cordam*, y, con buenas palabras, iré dándole largas al asunto.

A la caída de la tarde, antes de pasarse por Chicote, a Luisa le gusta deambular por la calle José Antonio fijándose en los escaparates. A donde no se asoma, porque le duele mirarlo, es al de la joyería de Antonio. Allí se le agolpan los recuerdos y prefiere evitarlos. Prefiere, pero no puede. Aunque se pase a la acera de enfrente, cuando llega a su altura, no puede eludir esos recuerdos.

Fue al principio de los años cuarenta. Ella andaba buscando trabajo y, al pararse ante el escaparate de aquella joyería, tuvo la idea tonta de entrar y preguntar si necesitaban alguna dependienta. El hombre que estaba detrás del mostrador respondió secamente que no. Se disponía a salir, cuando apareció Antonio.

Antonio la miro. Debió de extrañarle aquella chica vestida pobremente, tan distinta de los clientes habituales, porque le preguntó con un cierto tono burlón qué quería. El hombre de detrás del mostrador respondió que había entrado pidiendo trabajo. Antonio la miró de arriba abajo. Ella bajó la cabeza avergonzada y se volvió para salir. Pero Antonio la detuvo y le preguntó si tenía alguna experiencia en joyería. Ante su negativa, Antonio volvió a interrogarla sobre su experiencia profesional, sobre si había trabajado en algún comercio. Ella dijo que sí, que durante unos meses había sido dependienta de una mercería, pero que la mercería había cerrado y se había quedado en la calle. Antonio dijo que una joyería era algo muy distinto de una mercería. Luisa estaba deseando de acabar aquella conversación, de que la dejara irse de una vez, pero ante su sorpresa, el añadió que podía probar, que podía quedarse como aprendiz y, si la prueba daba resultado y se soltaba en el oficio, podría tomarla como dependienta..

Así empezó todo. Durante los dos meses de prueba Anselmo, el dependiente principal, no le dio ningunas facilidades, pero ella se fue soltando y empezó a conocer el valor y el precio de las joyas y a tener soltura con los clientes. Y Antonio se mostraba amable con ella. Al cabo de los dos meses, la admitió de dependienta con un buen sueldo. Dos meses más tarde, era su querida.

Aquel casi año y medio que duró su relación con Antonio fue la época más feliz de su vida. Como una sucesión de fotografías, pasan frecuentemente por su cabeza las escenas de su asedio por Antonio, la primera vez que se acostó con él, el día en que se trasladó al hotelito, sus cenas, sus bailes, su visita a los bares y cabarés de moda.. Todo como un dulce sueño. Todo, salvo esa última escena, esa

que ahora es la primera que viene a su memoria y, que por mucho que lo intenta, no consigue borrar.

Fue casi a primera hora de la mañana. Ella estaba atendiendo a un cliente. Antonio salió de su despacho y le dijo que en cuanto terminase, entrara a verlo. La recibió sentado en su sillón tras la mesa de despacho. Le extrañó la seriedad de su gesto, él siempre tan sonriente cuando hablaba con ella. Tras mandarla sentarse, dijo:

- Tengo que darte una mala noticia. Lo nuestro se ha acabado

Se quedó muda, sin saber qué decir. Sentía un temblor por todo su cuerpo y sus ojos se llenaron de lágrimas

- Bueno, bueno, cálmate. No llores. No es culpa mía. Mi mujer se ha enterado de lo nuestro y ayer me soltó que eligiese entre ella o tú. Y que, si como esperaba, elegía a ella, esta misma mañana tenía que ponerte en la calle Luisa seguía temblando. No solo se quedaba sin su amante, sino que también perdía su trabajo. Era algo horrible, algo tan horrible que la impedía hablar, que la oprimía el pecho hasta ahogarla.

Antonio se había levantado y se puso junto a ella, acariciándola levemente el pelo.

- Créeme, Luisa. yo te quiero. Te quiero mucho y me duele tanto como a ti. Pero no puedo hacer otra cosa. Estoy cogido. Mi mujer, a la que detesto, lo tiene todo. Este negocio es suyo y es suya la casa que habitamos y la finca de Los Molinos y todo el dinero salvo unas pocas acciones que tengo a mi nombre y que no me darían ni para mantenerme un mes. Y la conozco bien. Sé que si no accediese a sus deseos, antes de una semana sería yo el que estaría en la calle. Sin negocio, sin casa, sin nada. Y con eso, tampoco íbamos a solucionar lo nuestro. No tengo otra opción, y aunque me duele en el alma, tengo que sacrificarlo. Procura comprenderlo.

Al fin venciendo el ahogo y los sollozos, Luisa pudo hablar.

- ¿Pero qué va a ser de mí?

- No sé... De momento, yo te voy a abonar tres meses como indemnización.. Con eso puedes ir tirando hasta que encuentres algo. Además el hotelito lo tengo pagado hasta Abril. Puedes seguir en él todo ese tiempo, como si fuese tuyo. Después de todo, el alquiler está a tu nombre. Pero yo no podré pagar el nuevo plazo, me comprometería. Desde este punto de vista, no es tan mala la cosa

- Pero dónde voy a encontrar yo trabajo. No conozco a nadie...Si tu pudieras recomendarme a algunos de tus amigos....

- No. Sería demasiado engorroso. Seguro que se enteraría mi mujer y pensaría que te he colocado para poder seguir con lo nuestro. No. Eso no puede ser.

- ¿Entonces qué voy a hacer

- No sé. Yo tengo una idea. Tú has ido algunas veces conmigo a tomar una copa a Chicote. Te conoce. Yo podría hablarle para que te dejase ir allí, a sentarte a la barra..

- Pero - le interrumpe Luisa con voz indignada- me estas proponiendo que me meta a puta.

- Mujer, no lo tomes así. Ese es un lugar distinguido, donde no admiten a cualquiera. Allí solo van chicas con clase, que acompañan a tomar una copa a caballeros distinguidos, adinerados...

- ¡Y después se van a la cama con ellos ;

- Solo si les apetece

- En fin me voy - dijo secándose las lágrimas- Ya veo lo que yo soy para ti, el aprecio y el concepto en que me tienes

- Vamos, no seas niña. Toma el dinero, es la indemnización que te corresponde y vete al hotel. Ya te digo que durante unos meses puedes disponer de él como si fuese tuyo. Yo hablaré con Chicote, y a lo mejor, si eres lista y sigues mi consejo, cuando yo deje de pagar ya tienes a otro que te lo estará pagando . Durante dos días permaneció encerrada en el hotel, sin salir de su cuarto, llorando. Después fue calmándose poco a poco. Pensaba en su situación, en su abuela, en Rosita. Al cabo de dos semanas, tomaba por primera vez sin ir acompañada asiento en la barra de Chicote.

Una vez más, aquella escena le había golpeado de nuevo mientras pasaba frente a la joyería. Y lo peor es que, sería tonta, no podía olvidar a Antonio, que

seguía enamorada de él. Que cosa más idiota es el amor, se dijo, mientras paseaba para hacer tiempo antes de pedir una combinación y sentarse cruzando las piernas en un taburete de la barra.

Cuando Bustamante entra en el bar, Alejandro Fernández lleva ya un buen rato sentado frente al mostrador. Éste es un bar de moda, caro, que hasta en su nombre con sabor a ejército de Africa determina ya la clase social y la ideología de su clientela. Siempre se encuentran en él militares, y la policía también gusta frecuentarlo.

Alejandro se ha estado entreteniendo mientras bebe su vermú observando el mujerío. Es un mujerío elegante, con clase. Claro que, piensa Alejandro, le quitas esos trajes y abrigos caros y, luego, desnudas en la cama, son como todas: unas putas.

Alejandro y Bustamante se saludan cordialmente.

- Tú siempre con retraso -, dice Alejandro,

- Perdona chico, pero es que estamos muy liados

- Muy liados... No me vengas con cuentos. Antes ya sabes que me gustaba ir por la Dirección a echar una mano, pero ahora ya no merece la pena. Estáis cayendo en la rutina burocrática. Se acabaron los buenos tiempos

- No creas... No es como antes, pero de vez en cuando también hacemos ejercicio físico y nos alegramos oyéndoles gritar. ¿ Y tú, qué tal tu ministro ?

- Pues que quieres que te diga. Tampoco es el de antes. Sigue siendo un tío cabal, de los que ya van quedando pocos, y para mí continúa siendo más que un jefe, un amigo. Pero tampoco es ya el de los buenos tiempos de Valladolid. El cargo y el matrimonio dejan su huella. Y además, ahora anda con esa manía de un régimen social que tiene que favorecer a los obreros... Los obreros.... Menudos hijos de puta

- Sí, esa parece que es su preocupación. Y da su fruto. Los trabajadores le aprecian y es el ministro más popular del régimen

- ¿ Qué le aprecian ? ; De qué van a apreciarlo! Esos no aprecian a nadie. Te digo yo que todos son unos hijos de puta. En la guerra y en el primer año de la victoria lo entendíamos mejor. Como decía yo, y lo sigo diciendo: Ves a uno con un mono azul, pues le das cuatro tiros. Esa es la política con los obreros. Eso es lo que yo le repito a Pepe, pero él me llama bárbaro y no se lo puedo meter en la cabeza.

- ¿ Y ya no va por el cabaré?

- Muy poco. Lo que te digo, el cargo y el matrimonio. Además que el cabaret tampoco es ya lo que era.

- Pero tú bien que vas...

- No creas. Voy mucho menos. Y es que ya no es como antes. Quiere hacerse más fino y se ha hecho más hortera. Se ha llenado de nuevos ricos que van a echar su cana al aire. Algunos llevan a sus mujeres, para bailar con ellas entre las putas. Y ya se ve menos a los italianos y a los alemanes, que antes siempre estaban por allí.

- Sí, sobre todo italianos quedan ya pocos

- No los echo de menos. Nunca me cayeron bien. Son todos unos maricas. Mucho andar mariposeando entre las putillas para luego conformarse con un lametón., que lo sé de buena tinta porque me lo ha contado más de una. Si solo hay que ver cómo se comportaron en nuestra guerra, como corrieron en Guadalajara... Y en ésta, están haciendo lo mismo. Correr. En cambio los alemanes... Esos sí que son unos tíos. Yo no me arrugo ante nada, pero cuando uno de esos alemanes clavaba en mí esa mirada gris, de acero, que tienen, créeme que me arrugaba. Y no te digo las putas... Con ellos no andaban mariposeando y de cachondeo como con los italianos, pero cuando uno de esos tíos las miraba y les subía un poco la voz, se meaban en las bragas.

- Sí, a mí también me gustan los alemanes. Son unos machos y a mí lo que más me gusta de un hombre, es que sea macho

- De acuerdo. Lo que no soporto, aunque sea de los nuestros, es que no lo sea. Hay un poeta que va mucho por el cabaré, al que tengo entre ceja y ceja.. No sé si le conoces. Es ese Diego Angulo, que anda por las cárceles echando

discursitos a los presos, en competencia con ese otro poeta, Giménez Caballero. Pero Giménez Caballero es otra cosa. Hará versos y discursitos, pero estoy seguro que en su momento, también supo utilizar una pistola. Pero este otro, este Diego, seguro que no ha pegado en su vida un tiro. Yo se lo he dicho más de una vez a mi ministro. Me huele, Pepe, que ese poeta amigo tuyo, ese Diego Angulo, es de la cáscara amarga. Él me dice que no, que lo que pasa es que es un chico muy fino, muy sensible y algo tímido con las mujeres. Pero como yo digo: - En el cabaré le gusta sentarse de vez en cuando con una puta para invitarla a tomar algo y charlar con ella. Pero atiende a esto. Nunca, nunca, se ha llevado una de ellas a su casa. Cuando se va, las deja una buena propina, pero se va solo. Y esto será por algo-. Mira, yo huelo a los maricas. A los maricas y a los curas.

- Anda tú, a los curas no hay que olerlos. Se los distingue por la sotana...

- No me vengas con bromas. Los que van al cabaret, y van muchos., no llevan sotana. Son curitas de provincia, que vienen a Madrid a correrla y van a buscar carne con su trajecito nuevo. y su corbata. Pero tras la corbata, yo enseguida distingo el alzacuellos y tras el pantalón y la chaqueta se me aparece la sotana. Lo que te digo. Que a los curas y a los maricas los huelo.

- Total, que esta noche no vas al cabaré

- Pues me parece que no. Aunque a lo mejor, cuando te deje cenar algo y me doy una vuelta por allí. ¿ Sabes tú lo que más me mueve para seguir visitándolo? Pues la Pili, una mala puta que me trae a mal traer.

- ¿ No me digas que te has enamorado?

- No me vengas con bromas. La tal Pili es una fulana que un camarero, Enrique, colocó en el cabaré. Al parecer la había conocido en una casa de la calle de la Reina donde iba con frecuencia

- ¿ Y por qué va a un burdel teniéndolas tan a mano?

- Porque las que tiene tan a mano se tasan en un precio que él no se puede permitir

- ¿ La tal Pili también? A lo mejor, por sacarla del burdel, se lo hace gratis

- Pues no lo sé. Yo nunca le he visto con ella. Tampoco me importa. Lo que me importa, lo que me tiene encabronado es que esa tía a mí me trata como si tuviese la peste.

- No me digas...

- Pues sí. Esa zorra me rehuye. Yo no había casi reparado en ella, no es mi tipo y además tengo un par de ellas fijas que son las que me gustan. Pero un día, por la novedad, la invité a que se sentase conmigo y, dándome una excusa rehusó. Bien. No le di importancia. Pero después de unos días, lo intento por segunda vez, y tampoco. Eso ya me escoció algo. Entonces empezó a metérseme en la cabeza irme con ella, y nada. Ni sentarse a tomar una copa. Siempre, con un motivo o con otro, me estaba rehuyendo. Me sonreía, me ponía buena cara, pero nanay. Hasta que un día ya hartos, la cogí de un brazo y la senté a la mesa conmigo. Bueno - digo- ¿ Qué te pasa para que no quieras estar conmigo ? ¿Es que mi dinero no vale tanto como el de esos otros con lo que te vas.? ¿ Pero quién te has creído que eres? Y entonces va la tía y me contesta: - Yo soy una puta, pero una puta que se va con quien quiere, y contigo no me quiero ir - Bueno. No le partí allí mismo la boca de milagro. Se salvó porque en esto llegaron dos amigos y se sentaron a mi mesa, y ella aprovechó para marcharse. Pero desde entonces, se la tengo jurada.

Hiciste bien en contenerte. Tú eres una persona conocida, el chofer y hombre de confianza de un ministro, y no puedes dar un escándalo en un sitio público con una clientela elegante, liándote a bofetadas con una puta de cabaré.

- Llevas razón y eso es lo que me contiene. El escándalo que podría indisponerme con Pepe. Pero te digo una cosa. Esa no se ríe de mí ni yo me voy a quedar con las ganas de tirármela. Cualquier día la espero a la salida, y a bofetadas la meto en mi coche y la llevo a casa y allí la voy a estar dando por detrás hasta que la deje el culo esparramao. Eso te lo aseguro

Bustamante paga la consumición pese a las protestas de Alejandro, y se despide diciendo:

- Bueno yo me voy. Que sigas bien y quítate a esa zorra de la cabeza, no vayas a cometer una locura y comprometerte. Lo mejor es que hoy cenés algo y te vayas a la cama sin pasar por el cabaré, que estás muy cargao. Hasta más vernos....

Pensaba que ahora podría dormir tranquilo porque, al menos durante esta noche nada le podría ocurrir. Habían pasado ya, haría una media hora y no le habían llamado. Cuando se abrió la puerta sintió como si le golpeasen en el estómago. Eran los nervios. La figura del guardia se destacaba bajo la luz que venía del pasillo. Durante un momento reinó un profundo silencio, luego la voz del guardia firme y rotunda, dijo un nombre haciendo como de costumbre una pausa entre el nombre de pila y el apellido. Eduardo Castaños. Volvió a reinar el silencio. Solía hacer una pausa aún más larga antes de decir el nombre siguiente. Pero esta vez tras la pausa, se limitó a decir: "Vamos, prepárate". Esta noche no había más nombres.

El llamado se había levantado de su petate y formuló la pregunta habitual: "¿Con mis cosas, o sin nada?" El guardia contestó secamente: "Sin nada " El hombre hizo un vago gesto de despedida. Una voz en el fondo dijo: " Hasta pronto, camarada." Fue lo único que interrumpió el silencio. Cerraron la puerta con un golpe seco. Se oyeron unos pasos que se alejaban por el pasillo. Todos sabían que a Eduardo Castaños no le volverían a ver.

A la gente que salía con sus cosas solían llamarla durante el día. Por la noche, casi ya al filo de la madrugada, la mayoría de los llamados eran sin nada. Salir con sus cosas era el indulto, el traslado a otro penal. Sin nada, el cumplimiento de la sentencia, el paredón del fusilamiento.

Cuando llegó al pabellón de los condenados a muerte, Eduardo llevaba allí más de tres semanas. Un poco menos de las que ahora llevaba él. Se conocían de Madrid, como miembros de la CNT, pero se habían tratado poco. Allí, en el pabellón, tampoco habían ahondado su amistad. Era uno más. Uno más de los miembros de aquel pabellón que periódicamente se iba renovando. Había una solidaridad en la común desgracia, en la común y definitiva derrota, pero poco más. Ni sentimentalismo, ni nostalgia por las batallas perdida. Una resignación fatalista, que a veces intentaban disipar con una llamarada de esperanza. La esperanza volvió a renacer débilmente. Al menos tenía un día más. Este sentimiento vencía la tristeza por la desaparición de uno de ellos, de un amigo, de un camarada. Después de todo, era el destino de los que estaban allí. Pero esta noche, no le había tocado a él. Disponía de un día más y, a lo mejor, quién sabe....

A veces se animaban entre ellos. Cada vez son más los que salen indultados y los fusilamientos disminuyen. Antes era distinto. Todas las noches sacaban a nueve o diez. Incluso, al principio, muchos más. En el pabellón no se estaba nada más que dos o tres días. Pero ahora pasan semanas sin que le toque a uno. Y ya ves, se pasan varios días sin que llamen a nadie, y cuando llaman lo hacen a uno solo, a dos como máximo. Sí, cada vez eran más los que se iban para el presidio, los que salvaban la vida. ¿ Por qué no vamos a ser nosotros?

Así intentaban animarse, aunque cuando sacaban a un compañero, volvía la depresión. La depresión y el temor en aquellas noches intolerables, en el momento que se abría la puerta y aparecía el guardián con sus pausas entre el nombre de pila y el apellido, para agudizar la angustia de los que tenían el mismo nombre, entre un nombre y otro para aumentar la tensión con aquella pausa. Después un compañero desaparecía, y allí en la soledad, uno no podía quitarse de la cabeza de que por más que ahora fuesen más abundantes los indultos, la próxima noche le podrían llamar a él.

Juan Santiuste había abandonado Madrid cuando la gente de Casado y los comunistas andaban cazándose por las calles. A esto había que unir los de la quinta columna, que abandonando sus escondrijos, andaban ya a descubierto pegando tiros. Allí no había ya nada que hacer. La guerra estaba perdida. La gente abandonaba Madrid, en interminables caravanas con destino a Valencia. Decían que allí se podía coger unos barcos que los sacarían de España.

Juan no quiso unirse a aquella masa fugitiva. Tenía unos primos pastores en una aldea de la Sierra de la Muela. Pensó en refugiarse con ellos, hasta que pasara la tormenta de los primeros días.

Disponía de una moto con combustible. Se proveyó de pan y queso y se puso en camino. Había una gran confusión. La mayoría de los pueblos estaban cayendo ya en manos de los nacionales. Tuvo suerte y nadie le detuvo. Al anochecer llegó a la sierra abandonó la moto y emprendió el camino a pie por la espesura del monte hasta la aldea. Tardó dos días en llegar, pues solo caminaba de noche y el día lo pasaba escondido entre las zarzas y los árboles.

Era de madrugada cuando llegó a casa de los primos. Estos sufrieron un sobresalto al verle. Estaban asustados. El pueblo había caído en mano de los nacionales y allí mismo habían fusilado a cinco vecinos, llevándose otros varios a la cárcel de la cabeza de partido. Le preguntaron temerosos si le había visto alguien. No, creía que no. El pueblo, dormido estaba desierto. Decidieron refugiarse en la cuadra donde guardaban las cabras. Junto a la pared había apilado un montón de leños e hicieron un pasillo para que a rastras, pudiera entrar y esconderse tras ellos por si venía alguien a registrar. Pero creían que no, porque en la aldea ya habían hecho la limpieza. No quedaba nadie por detener.

Estuvo allí, en la cuadra, hasta que entro el invierno del cuarenta y uno.. Su primo le dejaba un trozo de pan y una jarra de leche. Pasado Navidad, oyó el silbido de su prima. Era una señal. Se escondió tras los troncos y con el corazón encogido, esperó.

Era la pareja de la guardia civil. Habían estado en la casa, mirando en todas las habitaciones, y luego echaron una mirada a la cuadra. Revolvieron algo, pero no tocaron los troncos. Al cabo de un rato, volvió a escuchar el silbido de su prima. Se habían ido.

Por la noche entró su primo. Estaba muy asustado. Le dijo que sospechaban algo, que tenía que irse de allí. Corría peligro toda la familia. Le respondió que lo comprendía, que se iría esa misma noche. Su primo le suplicó que por nada del mundo, si le pillaran, dijera que había estado con ellos. Él se lo prometió. Su primo le dio un pan, un queso y un capote del monte para combatir el frío. Durante más de mes estuvo vagando por el monte, sin saber a donde ir. Se refugiaba en cuevas, en apriscos abandonados, sin salir nunca de la espesura del monte Comía una vez al día un poco del queso que le había dado su primo, pero ya casi no le quedaba nada Estaba sumamente delgado con las ropas sucias y rotas y una espesa barba que le cubría toda la parte inferior de la cara, dándole el aspecto de un mísero vagabundo. El hambre le hacía sufrir, pero sufría aún más con el frío. En aquellas noches de Enero, bajo la nevada, envuelto en su capote, sin atreverse a encender fuego, pensó que se iba a congelar. Pero, milagrosamente, aguantó. Cerca de Ayllón- lo supo luego- le detuvo la pareja de la guardia civil.

Le llevaron al cuartelillo. No llevaba documentación, así que dio un nombre fingido y dijo que llevaba meses perdido por los montes, que había huido de Guadalajara cuando se derrumbó el frente. Los guardas no le creyeron, e insistieron para que dijese de donde venía y quién le había escondido desde que terminó la guerra. El insistió en su historia. Le pegaban salvajemente, hasta que perdía el conocimiento, pero no consiguieron nada. A veces decían que lo que había que hacer era fusilarle allí mismo y dejarse de historia. Él lo hubiera agradecido. Así se libraría de esas palizas diarias. Al fin, pasada una semana, ya casi muerto, le condujeron a la prisión de Segovia.

En la cárcel cesaron los malos tratos. Incluso le curaron las heridas y se recuperó un poco, aunque su aspecto seguía siendo lamentable. El director volvió a interrogarle. Dijo que aquella identidad sin duda era falsa, pero que no importaba, que ya lo identificarían. Le tomaron las huellas dactilares y durante más de cuarenta días le dejaron en paz. Entonces le llamó el director y le dijo que ya había sido identificado. Era Juan Santiuste, un destacado anarquista de Madrid.

Fue trasladado a la prisión de Yeserías. Estuvo allí más de dos meses, esperando el proceso. Pero el proceso no salía. Le trasladaron a Porlier

Porlier estaba atiborrada de presos que esperaban el proceso. El suyo tardó casi seis meses en salir. Compareció ante un tribunal militar. No había abogado, no le dejaban hablar. Cuando quería hacer alguna objeción a lo que decía el acusador, le ordenaban callar violentamente. Le acusaron de auxilio a la rebelión, de militancia anarquista y, lo que es peor, de ser uno de los dirigentes y responsable de la checa de la calle Fomento, donde había torturado y asesinado a una serie de hombres cuyo nombre oía ahora por primera vez.

Conocía la existencia de la checa, pero nunca había estado en ella. Él había pegando tiros desde el principio de la guerra en todos los frentes de los alrededores de Madrid. Cuando empezó a decir eso, defendiéndose de la acusación, no le dejaron terminar. Fue condenado a muerte y cuando pasó a su antiguo pabellón, fue para recoger sus pocas cosas y subir al del piso de arriba, donde estaban en espera de la confirmación de sentencia, los condenados a la pena capital.

Y allí seguía desde hacía ya un mes, esperando que un día se abriese la puerta y dieran su nombre. Pero al menos, no sería esta noche...

Aunque estaba prohibida la mendicidad, respetando una vieja tradición se hacía la vista gorda en la puerta de algunas iglesias donde se instalaban un pequeño grupo de mendigos a la hora de las celebraciones religiosas. Era el párroco quien daba el visto bueno a los que podían instalarse para pedir en su iglesia, y esta supervisión de la iglesia evitaba la intervención de la civil autoridad. Benita era una de las autorizadas a pedir en la iglesia de San Sebastián. El sacristán era primo de una de las mujeres de la limpieza, compañera de Benita, y la recomendación de ésta le había facilitado un puesto debidamente autorizado entre los pedigüños. Benita iba los domingos para pedir después de la primera misa de las seis, a la que devotamente asistía. Los días de diario, como trabajaba cuando se oficiaban las misas, tenía que conformarse con las horas de la tarde en que se celebraban otros actos de culto.

Si Benita iba a misa por devoción, porque era una buena cristiana., su compañero de mendicidad, que siempre ocupaba un lugar a su lado, Julián el desmembrado, entraba a la iglesia tan solo para hacer el paripé, fingiendo una religiosidad que no tenía; pero para estar allí y gozar el favor del clero había que ajustarse a sus creencias y disimular las propias.

Julián no había necesitado recomendación para situarse a las puertas de la iglesia de San Sebastián. Manco y cojo, sin la parte inferior de la pierna derecha ni el antebrazo del mismo lado, cuando el sacristán se lo encontró instalado entre los pobres habituales no tuvo estómago para echarlo de allí. Por otra parte era un hombre de buenas costumbre. No bebía, ni fumaba, ni se le conocía otros vicios y la gente de orden podía con razón pensar que su caridad no caía en saco roto. Así que llevaba allí desde un par de meses después de acabar la guerra, y era él quien había facilitado a Benita un rincón a su lado cuando ésta se incorporó al grupo de los mendicantes.

Tan larga compañía había propiciado una buena amistad entre los dos. El desmembrado estaba al tanto de la vida y milagros de Benita y, lenguaraz como era, tampoco había ahorrado dar noticias de la suya.

Él estaba así porque le pilló casi de lleno una granada en la batalla de Brunete. No se quejaba, no. En primer lugar, porque la granada le podía haber mandado al otro barrio y eso sí que no tenía remedio; y en segundo, porque, tal como se habían puesto las cosas, a lo mejor debía a esa granada su salvación. - Yo- decía - antes de la guerra trabajaba en un taller mecánico y la cosa me iba bastante bien. Nunca me atrajo demasiado la política, pero como casi todos mis compañeros me afilié a la UGT. Después se armó la que se armó y más bien obligado que por mi voluntad me encontré pegando tiros en todos los frentes cercanos a Madrid. Salí bien librado, hasta que llegó lo de Brunete.. Me trajeron a Madrid vivo de milagro después de que un cirujano en el mismo frente me dejase dos muñones en el lugar donde antes habían estado mi brazo y mi pierna derecha. Estuve en el hospital cuatro meses, porque las amputaciones no habían sido todo lo limpias que debían y se produjeron complicaciones que casi me llevan al otro barrio. Al fin salí del hospital y estuve mal viviendo de una pequeña pensión de mutilado hasta que llegó la liberación.

Y es lo que yo digo, que a lo mejor esa granada fue mi salvación. Porque tal como vinieron las cosas, si la guerra acaba estando yo sano y salvo, pues solo Dios sabe lo que hubiera pasado. A lo mejor me fusilan, como a otros muchos por hacer lo mismo que yo o, en el mejor de los casos, me caen unos cuantos años de cárcel. Pero tal como estaba, ¿ qué iban a hacer? ¿ Fusilar a un medio hombre? ¿ Alimentar en la cárcel a un despojo como yo? No señor, prefirieron dejarme en paz, olvidarse de mí, no sin antes quitarme la pensión de mutilado. En otras palabras, me arrojaron a la mendicidad que, por otra parte, tienen prohibida. Esto es lo que con algunas variantes, le ha contado Julián a Benita más de una vez. Benita no sabe cómo tomar la forma en que el desmembrado refiere su desgracia, como si fuera cosa de broma, como si aún estuviera satisfecho de que le ocurriera lo que le ocurrió. Benita no sabe nunca si el mendigo habla o no en serio. Y esto también cuando, en lugar de hablar de sí mismo, se refiere a ella. - ¡ Ay, Benina, Benina ¡ Me preguntas a veces el porqué de esa manía de llamarte Benina, en lugar de Benita. Y ya te lo he dicho: Porque tú eres como Benina.

Mira, yo a pesar de ser un obrero, de joven me aficioné a leer e iba a veces, cuando me sobraba una peseta, a comprar algún libro en la librería de viejo que tiene Avelino en la calle de La Palma. Por cierto, que está amistad que hice con Avelino cuando era cliente suyo, ha sido mi salvación. Ya te he contado que después de la guerra un día me encontró Avelino, y compadeciéndose del estado en que estoy, me dijo que podía dormir en un jergón que tiene en la trastienda, y que así de paso le guardaba el comercio. ¡ Menuda guardia la que puedo hacer yo, que apenas puedo incorporarme! Mas Avelino es muy bueno. Ahora somos grandes amigos y por la noche siempre me pone algo para cenar. Pero lo que me hace disfrutar más es estar allí, en la tienda, con tanto libro a mi disposición y poder hincharme de leer. Pues bien allí es donde he conocido a Benina.

- ¿Pero quién es esa Benina ?

- Pues Benina es un personaje de una novela de don Benito Pérez Galdós, Misericordia. Yo te la dejaría de buena gana para que la conocieras, pero aparte de que la novela no es mía, ¿ para que iba a dejártela si tú no sabes leer? Pues bien, la tal Benina es como tú. Pide limosna también aquí, en la iglesia de San Sebastián Lo mismo que tú conmigo, ella tiene amistad con otro desgraciado, lo que ocurre es que en lugar de ser manco y cojo, es ciego. Ciego y moro, por si le faltaba algo. Y la pobre Benina pide limosna y pasa mil calamidades para mantener a su antigua señora que siempre la trato a patadas, y que ha caído en la miseria. Pero cuando la tal señora recupera otra vez la fortuna ¿ sabes cómo pagan a Benina sus muchos sacrificios para poder alimentarlas? Pues poniéndola de patitas en la calle. Que es lo mismo que harán contigo tu sobrina y tu niña, pues si ahora que las mantienes te tratan a patadas ¿ qué no harán cuando no te necesiten ? : pues tirarte a la calle. Y es por eso por lo que a veces te llamo Benina en vez de Benita; porque tú eres como Benina, tu eres tan tonta como Benina, y te cuento estas cosas para ver si aprendes y espabilas. Pero es inútil: las Beninas no espabilaréis nunca.

Benita escucha en silencio a Julián. No comprende bien lo que el dice, toda esa historia de que si lee o no lee libros. Ella apenas sabe leer y le cuesta un mundo leer un par de líneas. Y esa Benina de que habla no sabe si es algo que se ha inventado Julián o, si como él dice, es algo que está escrito en un libro. De todas formas, sí existe un parecido con lo que le ocurre a ella y seguramente Julián tiene razón... Aunque no, no tiene razón. Lo que pasa es que no puede comprenderlo.

- Tú no puedes comprender lo mío, o lo de esa Benina que dices, porque tú, pobrecito, no tienes a quien querer. Sin familia, sin nadie, solo como estás, no puedes comprender la alegría que da sacrificarse por alguien a quien quieres.

.- Por alguien que no te quiere a ti.

- Aunque así sea. Yo a mi sobrina la quiero como a una hija, pues eso es lo que es para mí, una hija. Si en realidad he sido yo quien la ha criado... Y no digamos a la niña. Por eso, para poder proporcionarles algo, y bien poco, pobre de mí, es lo que puedo proporcionarles, pero el poder llevar algo extraordinario para su comida, qué sé yo, una asadurilla de cordero, un filete de hígado, o una ropita para la niña, al no poder hacerlo con lo que gano con mi trabajo, como en Auxilio Social o pido limosna a la puerta de la iglesia. Solo por eso, y no me importa y me siento satisfecha de ello.

- ¡ Ay, mi pobre Benita ; No espabilarás. Pero es inútil insistir porque no te voy a convencer. Además tenemos que callar ya, porque van a salir las beatas y si nos ven tan ricamente charlando van a creer que estamos aquí por vicio y se ahorrarán los cinco céntimos con los que piensan abrir la puerta del Cielo.

Había ido la tarde anterior a la recepción pues sabía que en ella podía encontrar al General. El general le quería bien, leía sus artículos y hasta sus versos y le animaba a seguir con sus charlas en la cárcel, no como otros militares y jefes que pensaban que aquello era una tontería. Además el general era un hombre de confianza del Generalísimo, un viejo compañero de África a quien el Caudillo tenía en gran estima, y por todo ello la persona más idónea a la que pudiera recurrir.

Ya en el coche, de vuelta a Madrid, cuando empezaban a descender el puerto, empezó a arrepentirse de todo lo que había ocurrido en el penal Claro que la culpa no había sido suya. Él había obrado con la mejor intención, con generosidad tendiendo la mano a un viejo amigo aunque luego se había transformado en enemigo, pero olvidando esto y con el propósito de ayudarlo. Pero había sido él, su antiguo amigo, quien le había provocado con su actitud, quien se había negado a estrechar la mano que le tendía, manteniéndose en su postura rebelde, empeñado en sus errores, desafiándolo hasta exasperarlo. Y esto es lo que había ocurrido: se había exasperado y su comportamiento había sido el resultado de esa exasperación que el prisionero le había producido. Pero de todas maneras aquel correcto razonamiento no podía acallar su creciente malestar. Sí, era cierto, el culpable era el otro pero un hombre como él no debía perder nunca el control sobre sí mismo, dejarse arrebatar por la ira. Y esto era lo que había ocurrido. Se había dejado arrebatar por la ira y, en consecuencia, había obrado mal. Y lo que más le fastidiaba es que esto le daba al otro un cierto aire digno, de víctima ofendida.

Por eso, al día siguiente, ya más en frío, más calmado, tomó una decisión. Víctor Maura, el poeta rojo, se iba a enterar de una vez quién era él, Diego Angulo, el poeta falangista; se iba a enterar de una vez cuál era el temple moral de los falangistas, de qué metal estaban hechos. Sí, él, Diego Angulo, iba demostrar a aquel antiguo amigo que si bien, como humano, podía tener una debilidad, un ataque de ira cuando era injustamente provocado, luego sabía identificarse con el precepto de aquel Evangelio que el otro había abandonado y no solo perdonaba al enemigo, sino que le tendía la mano para incorporarlo y sacarlo del lodazal en que había caído. Él, Diego Angulo, iba a darle a Víctor Maura la libertad de la que, muy justamente, había sido privado.

Fue precisamente por ese propósito por lo que había aceptado asistir a aquella recepción que daba un rico industrial y a la que, por otra parte no le apetecía nada ir. No le caía bien aquel personaje, que se había enriquecido con el régimen.

La casa, adquirida hacía un año a un aristócrata en decadencia, estaba situada al final de la calle de Serrano. Tenía un gran salón donde a una parte del mobiliario del viejo dueño se le había añadido, rompiendo su noble elegancia, nuevas piezas que delataban en su llamativo lujo la vulgaridad del nuevo rico. Sin embargo, éste producto de los tiempos revueltos había alcanzado la aprobación de todos. Allí se apelotonaban miembros de la aristocracia, de la política, del ejército, de la literatura y de la prensa. Todos dándole el beneplácito, todos satisfechos, todos bebiendo y picoteando los aperitivos que iban pasando los camareros. No, a él no le gustaba nada ni aquella recepción ni quien la daba.

Afortunadamente estaba el general. Tras esperar, saludando a unos y otros a que estuviese libre, se acercó a él.

- Buenas tardes, mi general

- Buenas tardes, poeta. ¿ Tú también por aquí? No falta nadie. Leo tus colaboraciones en los periódicos y me gustan mucho ¿ Sigues con tus charlas a los presos?

- Sí. Ayer mismo di una en Burgos. Precisamente de eso quería hablarle y, de paso pedirle un gran favor

- Tú dirás y, si está en mi mano, ya sabes que cuentas conmigo

- Gracias, mi general. Se trata de que allí en Burgos, en el penal, encontré a un poeta amigo mío, Víctor Maura. Es un buen chico. Un equivocado como tantos que fueron intoxicados por las doctrinas rojas, pero en el fondo un buen muchacho incapaz de matar a una mosca. Pues bien, está allí en el penal con una condena de treinta años. Y yo no es que ponga en duda, ni mucho menos, la justicia, pero como sé que es una buena persona, no quisiera que se muriera en la cárcel.

- Sí, lo comprendo, Diego, ¿ pero qué puede hacerse ?

- Yo pienso que se podría conseguir un indulto. Usted, mi general, es una de las personas más cercana al Generalísimo, y podría solicitar...

- ¡ Alto ahí ! ¿ Pero cómo se te puede ocurrir una idea tan disparatada ? ¿ Cómo puedes pensar que yo puedo acudir a su Excelencia para pedirle que él, la

personificación de la justicia, tuerza los designios de ésta. Él, que ha aplicado sin vacilar la ley más dura a miembros de su propia sangre... No, eso ni pensarlo. Olvídate de ese amigo, que si está condenado lo estará con toda razón, y sigue como hasta ahora sirviendo a España con fidelidad. Y, sobre todo, no ofendas al Caudillo y a quienes le servimos atribuyéndonos culpables debilidades.

- Bien, mi general. Comprendo sus escrúpulos, pero yo me he propuesto liberar a ese desgraciado o al menos reducirle la pena, y no desistiré. Pediré una audiencia al Generalísimo y le haré personalmente esa petición.

- Escúchame, Diego. Te lo digo por última vez. Olvídate de este asunto. Te estás metiendo en un camino peligroso. Puede resultar peligroso para ti. E incluso, si quieres favorecer a tú amigo, lo único que puedes si insistes en tu idea es perjudicarlo. Pero sobre todo, el que vas a salir perjudicado eres tú. Con el Caudillo no se juega.

Mientras se afeita, Diego piensa en su conversación con el general. Posiblemente tenga razón. Él conoce a Franco mejor que nadie, y sabe cómo puede reaccionar. Pero no renuncia a cumplir su propósito. Quiere demostrarle a Víctor quién es él, que se sienta abrumado por su generosidad y su nobleza. Desde luego, con el general no puede contar. Su negativa fue rotunda. ¿Pero y si él acudiese al Caudillo, a la generosidad del Caudillo, a su grandeza?. Si se presentase ante él, hablándole con el corazón en la mano, posiblemente él comprendiese lo que no comprende el general. De otra parte, en el caso de no conseguir nada ¿qué podía temer? Era conocer mal al Generalísimo pensar que por una cosa así se molestase y tomase contra él alguna represalia. ¡Tan cerca como estaba de él el general, y lo poco que le conocía ;

Había terminado de afeitarse cuando llamaron a la puerta. Era el cartero con un telegrama.

El telegrama lo enviaba el director de la prisión de Burgos. Escuetamente, decía:

" Le comunicamos que el recluso Víctor Maura Sánchez falleció ayer tarde a causa de una perforación de estómago".

Amparo está comiendo con su hermana Teresa que llegó en el correo de Andalucía. Dos kilómetros antes de entrar en Madrid, los viajeros se agrupan en las ventanillas del pasillo para arrojar por ellas sus fardos. Una caterva de chicos recogen los bultos que lanzan sus familiares. Todos saben identificarlos sin temor de equivocaciones ni robos El negocio tiene unas reglas que todos acatan. Entre los niños están Toni y Joaquín que recogen el saco con los dos bidones de aceite que les ha arrojado Teresa. Ésta se apeará en la estación para ir a casa de Amparo donde una hora después llegarán los niños empujando la carretilla con su carga.

Los trenes procedentes de Andalucía vienen siempre con viajeros que traen aceita para colocarlo en Madrid. Corren el riesgo de un registro policial que acabe con la confiscación de la mercancía. Pero una vez por semana, desde Andújar, Espeluy y Linares Baeza, no existe ese riesgo. Y el correo se llena en esas tres estaciones de mujeres tan cargadas de aceite que ese tren de los viernes es conocido popularmente en la zona por la alcuza.

Viajar en la alcuza cuesta un duro más caro que en cualquier otro tren correo. De ese duro, una peseta corresponde a los taquilleros de cada una de las tres estaciones. Las otras cuatro van para el topo, que así llaman al policía que los viernes toma el tren en Andújar para hacer el servicio hasta Madrid. Como es natural, el topo ni ve ni huele el aceite.

Además de lo que le aportan los viajeros, se dice que el policía recibe su buen dinero de algunos dueños de almazaras que, aunque generalmente distribuyen su mercancía al por mayor en camiones cisternas autorizados por altas jerarquías, también hacen buen negocio con esta distribución a menudeo que les resulta más barata que la mayoritaria.

Teresa toma el correo a Madrid dos veces al mes. Las dos hermanas parten los gastos y las ganancias. Amparo es la encargada de vender en Madrid la mercancía.

El negocio tampoco es muy próspero. Los gastos, - compra del aceite y viajes- son elevados y cada una apenas logra algo más de los veinte duros mensuales. Teresa es menor que Amparo, pero está más estropeada. Más delgada, menos opulenta de carnes, con arrugas y canas prematuras... Lo más agradable de Teresa es su boca, de labios carnosos y siempre risueña, a pesar de la dureza de su vida.

Amparo le está contando a su hermana sus vicisitudes con Amparito, su disgusto con ese novio que tiene, un señorito estudiante que solo va a reírse de ella o a otra cosa peor. - Hoy he tenido - dice- una buena con ella. Pero ella está empeñada y no me hace caso. Pero esa no me conoce a mí. Con todo lo mayor que se cree, uno de estos días me harto y le meto una japuana que se mea por las patas abajo. Y al niño ese, le doy una patada donde yo me sé que no vuelve a ser más hombre

- No seas bárbara- dice Teresa riendo- ; Vas a pegar a Amparito que ya es una mujer.! Y es que tú tienes la mano muy larga y te gusta mucho quitarte la zapatilla.

- Salí a mama

- Sí debe ser eso. ¿Te acuerdas de la pobre mama? Era muy buena, pero cuando se sulfuraba hasta el número de la zapatilla nos dejaba marcado en el trasero. Ahora las dos hermanas evocan sus días en Linares. El padre estaba silicoso y su pobre madre tenía que matarse a trabajar para sacar adelante a sus tres hijos. Y eso que se le habían muerto otros tres sin salir de la lactancia. El mayor de los que sobrevivieron, Enrique, enseguida entró en la mina. Cuando tenía trece años, en la lava, y a los dieciséis ya estaba bajando al pozo. También enfermó y murió un poco antes de estallar la guerra. Ellas dos, enseguida se pusieron a servir. Pero antes, cuando ninguno de los tres podía trabajar, todo recaía en la madre. Sirviendo, trabajando en la aceituna, cualquier cosa era buena para llevar una perrilla a casa.

- Ahora- dice Teresa- hay mucha hambre y también durante la guerra. Pero nosotros hemos pasado hambre siempre. Y todos los que vivían en aquel corralón también.

Recuerdan el corralón. Los pisos, una puerta tras de otra, estaban en la galería que daba vueltas a todo el enorme patio. Cada piso tenía dos o tres habitaciones sin servicio, y una hornilla de carbón. Los retretes, sin taza, estaban en el patio: cinco cuartuchos con puertas de madera sin pestillo para los más de veinte habitantes del corralón. También en el patio había una fuente con un grifo de agua corriente. De él tomaban el agua para beber, fregar los cacharros en un barreño y asearse en las palanganas que tenían en su piso, aunque algunos preferían lavarse en el pilón de la fuente.

Todo el corralón resonaba con las risas y voces de los chiquillos que jugaban y con sus llantos y gritos cuando les pegaban sus madres o se peleaban entre ellos. Las peleas de los chiquillos generalmente eran seguidas por las de las madres, gritándose e insultándose de puerta a puerta, y a veces enfrentándose en el patio en luchas en las que nunca llegaba la sangre al río y que no eran obstáculos para que quienes se habían estado arañando y dándose bofetadas unos días después continuasen siendo amigas como si nada hubiera pasado.

- En fin, hija- dijo Teresa- qué miseria la nuestra. A los catorce años ya estábamos sirviendo. Tu tiraste por lo sano y te viniste a Madrid. Y yo tuve suerte, casándome con mi zapatero. Y la verdad es que le iba muy bien con aquel tallercito de reparaciones., y como no tuvimos hijos, pues nos apañábamos tan ricamente. Esos ocho años que pasaron desde mi boda, fueron los únicos de mi vida en que no he pasado hambre. Pero tuvo que venir la guerra...

- ¿ Y cómo está tu Paco?

- Pues cómo quieres que esté ? Muy mal. Delgado, demacrado, con las mejillas hundidas y tan pálido que parece de cera. Y encima con una tos perruna. Lo único bueno es que le trasladaron de El Puerto a Dos Hermanas y, como está más cerca, pues puedo visitarlo más. Pero para lo que le sirven de ayuda mis visitas...

- A mí me ocurre igual. Siempre que voy a Ocaña, se me cae el alma a los pies. ; Le veo tan mal ; Y eso que es él quien procura animarme a mí, diciendo que con la redención de penas por el trabajo, dentro de diez años estará libre. Pero con

ese trabajo, lo único que va a pasar es que se muera antes de que pasen los diez años.

Las dos hermanas continúan hablando de sus maridos. Los dos milicianos de la república, los dos condenados a muerte y conmutada su pena por la de treinta años de prisión, los dos consumiéndose en dos de los penales de su patria.

Juan y Lucio han tomado asiento en una mesa apartada de la taberna. Lucio no quiere que algún conocido pueda verle con Juan. Tiene miedo de ese contacto que ha establecido con el hijo de un condenado a muerte y por eso procura buscar un lugar apartado y discreto cuando se entrevista con él.

No hay novedades, y esa es de otra parte la mejor novedad. Su padre sigue vivo. Es más, ha podido hablar brevemente con él para decirle que su hijo se encuentra en Madrid, que está bien y tiene un buen oficio y que está informado de que él se encuentra en Porlier.

- ¿Pero qué puedo hacer yo para verlo ? Lo he intentado, me he acercado a la cárcel y he dicho que mi padre estaba allí, pero ha sido inútil. No me han dejado pasar.

- Es que así no se puede pasar. Tú ya has visto cómo está aquello, lleno de gente que intenta ver a sus presos. Hay que establecer un orden para las visitas. Lo primero que tienes que hacer es conseguir un pase.

- ¿ Y cómo lo consigó ?

- Pues tienes que solicitarlo de la dirección con una instancia en la que hagas constar tus circunstancias, acreditándote como hijo del preso. Entonces, posiblemente, te concedan un permiso de visita.

- ¿Y cuánto tardan en conceder ese permiso ?

- No lo sé. Unas veces lo conceden enseguida. Otras tardan más. Yo no te puedo afirmar nada. Sólo que ese es el único medio.

Juan calla, abatido. Su amigo Lucio le mira con pena. Intenta animarle.

- Vamos, levanta ese ánimo. Lo importante es lo que te he dicho, que no le han sacado que todavía vive. Y seguramente le indultaran. Para uno que ahora ejecutan, conmutan la pena a diez. Fíjate, en estas dos últimas semanas solo han sacado a tres. Y cada vez sacarán menos. Por eso, ganar tiempo es esencial.

- Sí, he pensado en lo que me dijiste, pero no tengo dinero. Hay una amiga, Pili, que ha prometido ayudarme. Me ha dicho que si puede sacar mil pesetas, me las da.

- ¡ Buena amiga tiene que ser, y con dinero !

- ¡ Qué va...! Bueno, voy a decirte la verdad. No es que sea una amiga. Me conoce porque trabaja de puta en el cabaré donde yo estoy de electricista. Nos hemos tratado y nos tenemos simpatía. No sé por qué, seguramente por no tener a nadie a quien poder confiarme le conté a ella lo de mi padre. Le conté todo. Y entonces ella salió con que intentaría sacar ese dinero. Bueno, una cosa así es lo que menos esperaba. Me quedé pasmado y conmovido. Casi se me saltaron las lágrimas. Y sentí una cosa por ella que no te sabría explicar.

- La verdad que si es un golpe. Seguramente esa chica, para obrar así, es que está enamorada de ti.

- No lo sé. ¿ Pero por qué va a estar enamorada de mí? Si apenas hemos tenido trato. Además, esas mujeres tampoco se enamoran así como así.

- Tú qué sabes... Esas mujeres, después de todo, son mujeres. Y uno nunca sabe como reacciona una mujer, lo que piensa o siente. Pero tiene que haber algo, tiene que sentir algo por ti porque si no, así como así, no se ofrece nadie a dar o a prestar mil pesetas en estos tiempos.

- Yo le he dicho que prestadas. Porque tomar sin más el dinero de ella, sería como chulearla. Y te juro que yo no he tenido nada con ella, ni el menor roce.

- ¿Y tú crees que podrá sacar ese dinero? Es mucho para una puta de cabaret ...

- Pues no lo sé. Creo como tú, que es mucho dinero y que no podrá sacarlo y más con el poco tiempo de que disponemos. A la larga sería otra cosa, pero así... Ahora, el hecho de que lo intente, me ha conmovido como nada me había conmovido hasta ahora. Nunca, nunca, ninguna mujer se había portado así conmigo.

- ¿ No te habrás enamorado tú ?

- No, no es eso, aunque ahora siento por ella algo muy especial. ¿ Pero cómo podría enamorarme de ella, cómo podría olvidar lo que es? Y sin embargo, pocas mujeres harían lo que ella intenta hacer. Eso es algo que lo siento muy dentro, y empiezo a pensar en ella con una gran ternura. Pero de eso al amor hay una distancia insalvable. Ella es una cualquiera, y es algo que no podría olvidar nunca

- Sí, te comprendo. Pero se dan casos de hombres que se encaprichan con una fulana y la sacan de la casa en que está e incluso se casan con ella, y luego resulta que ellas son unas buenas esposas y el matrimonio resulta muy feliz

- ¿ Tú podrías hacer eso ?

- No, claro que no. Yo tendría siempre presente lo que ha sido, cómo ha estado rodando de hombre en hombre y no podría perdonarla. No, yo no lo haría nunca.

- Creo que yo tampoco lo podría hacer. Me ocurriría lo que tú dices. Por muy buena que fuese, por muy cariñosa, siempre tendría en la cabeza lo que ha sido y eso me volvería loco.

- Bueno, no le des más vuelta. Es lógico que le estés agradecido por el ofrecimiento que te ha hecho. Lo importante es que pueda cumplirlo, aunque ya te dije que tampoco es seguro lo de ese procurador

- Pero al menos podría intentarlo

- Sí, y cuanto más tiempo pase mejor. Cada vez habrá menos ejecuciones. Por eso sería muy bueno el retrasar el pase a la firma de la sentencia. De todas formas

- dijo levantándose- tú ten ánimo. Estoy seguro de que a tu padre le van a conmutar la pena. Haz una instancia al jefe de la prisión para que te den un pase y puedas visitarlo. Y - añadió mientras comenzaba a alejarse- nosotros vamos por ahora a dejar de vernos. Comprende que resulta demasiado comprometido para mí.

Doña Manuela está sentada con su hija en la mesa camilla. La tarde es fría y han encendido un buen brasero, pero doña Manuela mantiene sus piernas fuera de las faldas por temor a que se le formen cabrillas. Doña Manuela sacrifica el bienestar a la estética y prefiere pasar frío a tener que cubrirse las piernas continuamente con medias de lana para no mostrar las feas manchas de las pantorrillas.

Doña Manuela habla a su hija de su cuñada. Ella es la que tiene la culpa de todo, la que induce a Santiago a que no haga nada para que le reconozcan la pensión de papá. Juliana nunca la ha podido ver. Se cree guapa, ella sabrá por qué, y siempre está dándose importancia cuando era una simple dependienta en un comercio de Ávila. Y el tío, no te creas, que tampoco era una gran cosa, un chupatintas en el banco. Lo que ocurre es que cuando vino la guerra se puso la camisa azul y luego, al terminar, se vino a Madrid con ese enchufe en Abastos y ahora viven como príncipes y a la idiota de Juliana se le ha subido el puesto de su marido a la cabeza. Pero la verdad es que Santiago podría arreglar lo de la pensión, y si no por mí, que tampoco le caí nunca bien, por el recuerdo de su hermano Eulogio a quien sí quería mucho, y por ti, hija mía, que eres su sobrina, la hija de su hermano muerto y no hay derecho que vea las fatigas que estás pasando sin que haga nada por remediarlo. Y poder, sí que puede, que él tiene muy buenas influencias; y es más, pienso que él sí querría arreglarlo, pero es esa mala pécora que tiene por mujer y que nos tiene atragantadas la que le quita la idea de la cabeza.

Manolita escucha adormilada la letanía de su madre. Es algo que se sabe de memoria, lo mismo que lo de su mamá y su padrino y el colegio de monjas donde se educó. A ella si le gustaría ir a un colegio de monjas, no a éste al que va, con unas niñas ordinarias y piojosas que se ríen de ella. Pero al menos, esas niñas salen después del colegio a jugar a la calle, y no como ella que no puede pisar la puerta de casa sin ir pegada a las faldas de su madre y está siempre encerrada y, como ahora, teniendo que escuchar los lamentos de mamá mientras se muere de aburrimiento. Por eso, cuando oye llamar a la puerta, antes de que pueda moverse doña Manuela, Manolita sale corriendo a abrir para ver esa novedad de alguien que viene a visitarlas.

Doña Manuela siente un vuelco en el corazón al oír el grito desgarrado de la niña y a continuación su llanto. Recorre el pasillo precipitadamente y llega hasta la puerta. La niña está allí, con un llanto entrecortado, y enfrente de ella, sin cruzar la puerta, manteniéndose en el exterior, hay un hombre anciano, de pelo blanco y mal rasurado, pobremente vestido con un viejo y ajado capote militar y una actitud humilde y asustada.

Doña Manuela, después de mirar al hombre, le dice a su hija desabridamente.:

- ¿Eres tonta? ¿Me puedes decir por qué lloras así? Eso te ocurre por salir a abrir la puerta. Anda, vete al cuarto de estar y deja de llorar de una vez.

La niña gimoteando, se encamina hacia el cuarto. Cuando quedan solos, el hombre dice - Se ha asustado la niña...

- Sí, se ha asustado. Y es que tu ocurrencia de venir por aquí...

- Hace tiempo que no la veía y quería saber cómo está. Ha crecido mucho

- Claro. ¿Cómo no va a crecer; Si no la ves desde que usaba pañales....

- Es que a Eulogio no le gustaba verme por su casa. Ni a ti tampoco.

- No, ni a mí tampoco. Y ahora no tienes otra ocurrencia que caer por aquí para ver cómo está la niña.

- Después de todo, soy su abuelo.

- ¡Valiente abuelo; Y con esa facha, que pareces un trapero. No me extraña que la niña se asustase.

- Tú no te asustas, pero no te hace muy feliz el verme. Ni siquiera me dices que entre en tu casa.

- No. Prefiero que te quedes ahí. Además, esta pocilga no es mi casa, sino la de Benita. ¿Ya ves como vivo;

- Hay quien vive peor

- Sí. Tú siempre has vivido mal. No nos ayudaste mucho a mamá ni a mí

- Siempre hice lo que pude. Pero tu madre me despreciaba. No me quiso nunca. Yo no me fui de su casa por gusto, sino porque ella me echó. Luego, cuando murió, Benita se hizo cargo de ti.

< Claro. Mal estaba con Benita, ¿pero qué hubiera sido de mí si me hubiera quedado contigo?

- Ni tu madre ni tú me quisisteis nunca. Siempre os avergonzasteis de mí. Y tú continúas avergonzándote

- ¿Y cómo no voy a avergonzarme? Con esa pinta.... Vaya una ocurrencia el presentarte ahora en esta casa....

- Tan solo quería ver a mi hija y a mi nieta. No creo que eso sea tan malo

- Pues sí lo es. Bien, ya nos has visto. Creo que esto es suficiente y espero que no se repita

- No, hija. No se repetirá.

El viejo da la vuelta lentamente y comienza a bajar la escalera. Doña Manuela cierra la puerta y se dirige al cuarto de estar. Sentada en la camilla, la niña ha dejado de llorar y se encuentra ya más tranquila. Su madre vuelve a reñirla:

- ¡Cuidado que eres ñoña. ¡Ponerte como te has puesto. Ni que hubieras visto a un león. De todas formas, no vuelvas tu a abrir la puerta. cuando alguien llame.

- ¿Quién era ese hombre, mamá?

- Nadie. Un chamarilero que venía a ver si teníamos algún trasto viejo que venderle, o si necesitábamos comprarle algo.

El Salón de Te, en esta tarde fría, resulta un lugar muy acogedor. Está lleno de una clientela predominantemente femenina. Una clientela elegante, con lujosos abrigos, sombreros y profusión de anillos, pulseras y collares. Precisamente Sonsoles y su amiga Claudia fundan sus bienestar en esas pieles y esas joyas que abundan en el salón. Joyas y pieles son sus respectivos negocios.

Claudia y Sonsoles están tomando su té con pastas. Claudia es una mujer de unos cuarenta años, rubia, de formas opulentas en la que ya empieza a insinuarse la papada.. Claudia se da cuenta de que está demasiado gorda, pero qué se va a hacer... Le gusta comer, comer bien; sobre todo le gustan los dulces. El chocolate. Se pirra por el chocolate. Y no va a sacrificar una el chocolate por mantener la línea. Además, que más vale que le sobren a una las carnes que le falten como a Sonsoles. Sonsoles no vale nada. Morenucha, con una boca sumida y

unos ojos castaños pequeños y apagados. Y sobre todo, flaca, casi sin pecho y con brazos y piernas como palillos. No le extraña que Antonio se echase una querida como se echó.

Sonsoles se está quejando de que ahora en Madrid no puede vestirse con elegancia. No hay más que ver a la mayoría de las que están en el salón. Qué forma más vulgar de vestir. Resulta deprimente. Claro que, antes, una siempre podía darse una vuelta por París y comprar ropa allí y además, en Madrid, importaban los modelos; pero ahora con la guerra mundial no puede una moverse de aquí y tiene que conformarse con lo que hay: Pedro Rodríguez, Balenciaga y poco más. Tu peletería resulta una excepción, pero la mayoría de las tiendas solo ofrecen basura.

Claudia se siente halagada por las palabras de Sonsoles. Sí, ellos pretenden ofrecer buen género aunque cada vez resulta más difícil. Encontrar buenas pieles, auténticas, es casi imposible con el aislamiento. ¿De dónde puede sacarse ahora martas o visones para un abrigo? Por eso, cada vez se dedican más al ante y al cuero. Todas estas pieles que se ven aquí son de imitación. La guerra... Acabó la nuestra y vino la otra. - A nosotros, - dice Sonsoles - nos pilló en Salamanca donde habíamos ido unos días a ver a mis padres antes de marcharnos a veranear al norte. ¡Menos mal! Pudimos así pasar toda la guerra en zona nacional y contar con el apoyo económico de mi familia. Eso nos salvó.. Pero la tienda de Madrid la saquearon totalmente. Gracias a Dios teníamos un inventario bien hecho, y pudimos recuperar una parte y la otra nos la indemnizaron bien, que solo podemos dar bendiciones al gobierno de cómo se portó con nosotros. Pero la verdad es que lo pasamos mal y que pudo ser mucho peor. - Y tanto que peor. Porque Antonio no estaba tan señalado como Esteban, pero si a Esteban le coge la guerra en Madrid no creo que se hubiera salvado.

Afortunadamente estábamos en San Sebastián y él, que siente crecer la hierba, en cuanto escuchó por la radio el asesinato de Calvo Sotelo, hizo el equipaje, nos metimos en el coche y nos pasamos a un hotel de Biarritz donde estuvimos hasta la liberación de San Sebastián. Allí, gracias a unos valores que nos llevamos pudimos ir tirando todo el tiempo que duró la guerra. Cuando volvimos nos encontramos como vosotros, que habíais saqueado la tienda. Afortunadamente como era temporada de verano teníamos poco género y como todo nuestro dinero estaba en acciones, lo pudimos reponer y poner a flote el negocio. Pero fue un milagro de Dios, porque a nosotros, más que a vosotros, de haber estado en zona roja nos habría costado muy caro.

Sonsoles asiente a lo que dice su amiga. Por un momento permanecen en silencio. Sonsoles parece perdida en sus cavilaciones, lejos de lo que pasa en la sala. Su amiga lo nota y, sonriendo, rompe el silencio.

- ¿ En qué estás pensando ? Porque, la verdad, ahora mismo estás muy lejos de aquí.

- Sí, llevas razón. Estaba pensando en cosas mías. Tonterías que no me puedo quitar de la cabeza.

- ¿Algún secreto ?

- Un secreto a voces. La dependienta esa que Antonio se echó de querida. Él me asegura que no la ha vuelto a ver, pero yo no me lo creo del todo. Y desde luego, como me entere de que sigue con ella, te aseguro que lo nuestro se acabó.

- No le des más vueltas a ese asunto. Sí el dice que la ha dejado, será verdad. Lo que ocurre es que tú eres muy celosa.

- Y tú demasiado tranquila.

- Pues sí, soy tranquila. Y me va mejor. Yo hago mi vida y él la suya. Si vuelve tarde a casa o no vuelve en toda la noche, no ando preguntándole por dónde anduvo. Me acuesto en mi camita y duermo a pierna suelta. Y si él por la mañana me dice que anoche volvió tarde porque estuvo de cena con unos amigos o unos clientes, pues yo me lo creo.

- ¿ Y no te importa que haya estado con alguna mujer?

- No demasiado. Al principio podía importarme, pero a estas alturas... Esteban no es tonto y sabe con quien puede andar, así que no temo que me pueda pegar algo. Luego, como te digo, cada uno en su camita. Si se desfoga por ahí, menos visitas hace a la mía y me deja descansar, que alguna que otra vez sí me viene bien, pero eso de tenerlo siempre encima ya no es para mi edad.

- Pues yo no pienso así. Y no porque necesite de sus servicios, que más bien lo hago por obligación pues, ya que estamos sincerándonos, bien poco es lo que siento. Es porque no consiento que nadie comparta algo que es mío. Porque Antonio es mío, como mi casa, o mi joyería. Y así como no consiento que alguien venga a quitármelas, tampoco consiento que alguien me quite a mi marido.
- Mirándolo así, puede que tengas razón. Lo que pasa es que yo no tengo el mismo sentido de la propiedad que tienes tú, acaso porque yo no soy propietaria. En realidad el propietario es él, aunque todo lo tiene puesto también a mi nombre. Pero el que de vez en cuando eche una cana al aire, ni me altera ni me hace sentir que pierdo algo propio.
- Pero lo de Antonio no era una cana al aire, cosa que por otra parte tampoco consentiría. Era echarse una querida y, para mayor humillación, una querida que era una de mis empleadas. ¿Consentirías tú eso?
- Pues no sé. Creo que no. Pero no me preocupo. Esteban no caerá en eso. Ahora tenemos dos niñas muy monas, de buena familia, que nos pasan cada quince días los modelos de la peletería. Pero yo no tengo celos. No creo que Esteban sea tan tonto como para liarse con gente que trabaja para él.
- Pues Antonio lo fue. Y lo que temo es que todavía no se haya librado de ella.
- Anda vámonos. Y no seas tan celosa. Estoy segura de que Antonio ha roto con esa pájara por la cuenta que le tiene.

Aunque aún no son las seis de la tarde, en este día invernal es ya noche cerrada. Rosita estaba cosiendo en la máquina una chaqueta a la que, bajo la dirección de su abuela, había dado la vuelta. Dar vuelta a la ropa era casi el único trabajo que ahora tenía la antigua pantalonera, casi lo único que podía permitirse aquella pobre clientela. Las chaquetas, los abrigos desgastados de tanto uso, se volvían del revés, donde la tela parecía que se conservaba algo mejor. Claro que en las chaquetas había que cambiar el bolsillo superior de lado, zurciendo cuidadosamente la raja que dejaba el quitar el bolsillo para que no se notase. Esta era la labor más delicada, pero por lo demás dar la vuelta a las prendas no resultaba complicado y, como decía Rosita cuando terminaba con una, quedaban como nuevas.

Pero Rosita había interrumpido su labor porque se había ido la luz. Era raro el día en que no había un apagón y durante un buen rato tenían que permanecer a oscuras. Rosita abandonando la máquina, se había sentado junto a su abuela. Su abuela era lo que más quería en el mundo. No había conocido a su madre, que murió en su parto, y de su padre tampoco guardaba ningún recuerdo pues murió cuando ella tenía un año. Así que era su abuela, quien la había criado, quien había hecho de madre para ella y para Luisa. También quería mucho a Luisa, pero no tanto como a la abuela.

Ahora, sentada a su lado, Rosa ha cogido la mano de la anciana. Tiene entre la suya esa mano fría, delgada y frágil como la de una niña pequeña, y siente una oleada de ternura al apretarla. Le gustaría transmitirle el calor de su juventud, reanimar aquella mano, aquel cuerpo tan querido cada vez más marchito por la acción implacable de los años.

Doña Rosa nota en su mano el calor de la mano de su nieta. Allí, sentadas juntas en la oscuridad., nieta y abuela permanecen en silencio. Doña Rosa piensa que esa nieta tan buena y alegre, a la que tanto quiere, es la que más se parece a ella. Todos dicen que tienen los mismos ojos, y es verdad.. Luisa no. Luisa tiene los ojos de su madre, unos ojos verdes más bellos que los de Rosita pero menos tiernos. Luisa se parece a su madre, aquella hija tan guapa a la que perdió tan pronto.

Allí, en la penumbra, notando en su mano fría el calor de la mano de su nieta, doña Rosa medio adormilada se deja mecer por vagos recuerdos. Recuerda la alegría que sintieron Mariano y ella con el nacimiento de aquella primera hija, y luego con el de Marianito, el niño que habría de causarle el mayor dolor de su vida cuando al año de nacer murió de garrotillo. Recuerda los tiempos de su noviazgo con Mariano y lo buen mozo que era y como lo conoció. Ella era una modistilla de veinte años y fue con otras compañeras a la verbena de San Antonio y echaron los alfileres a la fuente para que el santo les buscara un novio. Y el santo oyó su petición, porque allí mismo, en el baile conoció a Mariano y al mes

eran ya novios formales. Dejó el taller de modistas y entró en una sastrería y enseguida empezó a trabajar de pantalonera y con el dinero que ganaba preparó su dote. Mariano era ebanista, y le iba muy bien con su trabajo por lo que los meses de su noviazgo y los primeros años de matrimonio no carecían de nada y se divertían mucho pues iban a las verbenas y al teatro, sobre todo a las zarzuelas y a los sainetes que es lo que más le gustaba a ella. A Mariano le gustaban más los toros, pero no la llevaba a la plaza porque decía que los toros no son un espectáculo para mujeres. Ella se conformaba con ver las fotos de las revistas taurinas que compraba su marido, y aunque le hubiese gustado ir a la plaza, nunca se lo pidió. Hasta que un año, cuando ya su hija se había echado novio, Mariano dijo que iba a llevar a la madre y a la hija a la despedida de Bombita, que toreaba con los Gallos. Y ella ya se encontraba vieja para ir ahora a los toros, ataviada con su mantilla, pero sintió una gran emoción cuando se subió en el tranvía para dirigirse a la plaza con su marido, que se inflaba de orgullo como un pavo al ir a los toros dando el brazo a aquella mujer cuarentona pero que aún se conservaba bien y a aquella hija tan guapa. Y a ella le gustó el colorido de los toreros y las cosas tan bonitas que hacían con la capa, pero no podía aguantar a aquellos caballos muertos en la arena o corriendo desesperados con las tripas colgándoles, y comprendió porque su marido decía siempre que los toros no eran un espectáculo para una mujer. Y también decía su marido que Bombita se retiraba porque le echaba de las plazas aquel niño prodigio, Joselito el Gallo. Y la verdad es que Joselito le pareció hermoso como un ángel, aunque luego salió aquel gitano, Cagancho, del que estaban prendadas todas las mujeres por lo guapo que era y todo Madrid comentaba que había una marquesa que andaba loca por él. Y aunque ella estaba ya viuda y era mayor, también quedó impresionada por su fotografía y eso que en esta no podía apreciarse el color de sus ojos, unos ojos que según le dijeron eran de un verde transparente y maravilloso, un verde tan bello como los de su Luisa

Sí, su Luisa era aún más guapa que su madre, pero las dos tenían los mismos ojos Y Mariano y ella se llenaron de alegría cuando su hija se casó con aquel agricultor de Arévalo, tan bien acomodado. Enseguida les nació aquella niña tan hermosa. Pero entonces vinieron las desgracias. Primero murió su Mariano, de improviso, como si le hubiera fulminado un rayo allí en la cama junto a ella, que notó por el frío y la rigidez que su marido estaba muerto. Luego su Luisa, del parto de Rosa. Y enseguida Cesar, el marido, de un cólico miserere, dejando a las niñas huérfanas y sin nada, pues de todos los bienes de su padre tan solo les dieron unas cuantas pesetas quedándose sus hermanos con todo. Pero a ella no le importaba. Se trajo a las niñas y es como si de nuevo fuera madre. Y con su trabajo podía sacarlas adelante aunque modestamente. Pero llegó la guerra y la vejez y todo fue ya de mal en peor. Y ahora viven gracias a Luisa, pero ella sufre porque no sabe de dónde saca Luisa tanto dinero. Y sufre también por esa manía de su Rosita de ser artista, cuando de ahí no se saca nada bueno. Menos mal que se le da bien la costura y aunque en estos tiempos tan malos se gana poco cosiendo todo acabará por cambiar y una buena modista nunca se muere de hambre.

Sintiendo en la suya la mano de su abuela, Rosa deja también vagar su imaginación. La maestra de baile la anima mucho y le dice que si sigue aplicándose podrá ser una buena bailarina. Bailarina, dice, bailarina de ballet español. Nada de gitanerías ni de desplantes chabacanos. Bailarina como Pilar López que sigue los pasos de su hermana la gran Argentinista que dignificó el baile español.. Y no os digo que todas podréis llegar a ser una primera figura, pero si formar parte del cuerpo de baile en un espectáculo de danza española. Y aunque esto es lo que les dice la maestra, Rosita no se conforma con tan poco. No. A ella le gusta el baile, pero sobre todo le gusta cantar. Combinar el canto con la danza. Y así podría ser una estrella como Conchita Piquer y, sobre todo, Imperio Argentina. Una artista de cine, que canta y baila como la Imperio, la mejor de España. Ella ha visto tres veces Morena Clara y se sabe de memoria todas las canciones y no hay ninguna película que le guste tanto como ésta. Le gusta el cine, aunque va poco porque no tienen dinero, pero algunas veces Luisa le da dos pesetas para que pueda ir un fin de semana y aunque también le gustan las películas americanas, las que prefiere son las españolas y sobre todo las de

la Imperio. Y ella quisiera ser como la Imperio, y cantar y bailar y hacer cine. Entonces tendrían mucho dinero e irían todas a vivir a una casa muy grande, ella, la abuela y Luisa. Y si ella era una estrella famosa, también podría serlo su hermana, con lo guapa que es, que no hay en España ninguna artista de cine que sea tan guapa como Luisa.

De pronto, vuelve la luz. Abuela y nieta salen de sus ensoñaciones. Rosita deja la mano de su abuela, se levanta de la silla y tras darle un beso en las mejillas, se sienta frente a la máquina de coser para acabar de una vez con esa chaqueta a la que está dando la vuelta.

Amparito se revuelve intranquila en su cama. Está nerviosa y ese nerviosismo hace que no acabe de llegarle el sueño. Una vez más, ha tenido que soportar la regañina de su madre. Siempre con el mismo tema. No quiere que salga con ese chico, ese estudiante, ese señoritingo que solo intenta aprovecharse de ella. Amparito, allí en la oscuridad de su cama, piensa que su madre seguramente tiene razón. Este año terminará el curso en la academia de secretarías y, con suerte, puede que encuentre una colocación en una oficina. Y entonces ya podrá pensar en echarse novio, un novio que sea como ella, un oficinista trabajador y formal que vaya en serio y con el que podrá casarse y tener un hogar, no un señorito como éste que solo salen con las chicas pobres para aprovecharse de ellas, pero con las que nunca se casan.

Sí, su madre seguramente tiene razón. Pero ella quiere a David. Le gusta ese chico tan fino, con un aspecto tan distinguido, tan distinto de los chicos de su calle y de los que van a la Academia. Y él se porta bien con ella aunque ésta tarde se ha propasado Nunca hasta ahora se había portado así. Se limitaba a acompañarla hasta la glorieta de Cuatro Caminos, porque ella no quería que la viesen la gente de su calle. Algunas veces la daba un beso. La besaba en las mejillas o a veces le oprimía suavemente los labios con los suyos. Ella sentía como un dulce calor invadía su cuerpo y, cuando le dejaba para regresar a su casa, iba rebotante de ternura y felicidad.

Pero ésta tarde había sido distinto. Iban como siempre, siguiendo el camino habitual hacía su casa, cuando él, de pronto, la desvió hacia un callejón mal iluminado y, al abrigo de un portal, la beso Pero aquel fue un beso distinto. No se limitó a presionarle los labios con los suyos, sino que los succionó hasta dejarla casi sin aliento. Era como uno de esos besos que se dan en las películas. Ella quiso rechazarle, pero él insistió apretándola más y más. Y de pronto sin darse cuenta, abrió la boca y sintió como la lengua de David tocaba su paladar. Un culebreo eléctrico le recorrió la espina dorsal y se le aflojaron las piernas y noto cómo se humedecían sus partes más íntimas. Y ya sin fuerzas, se dejó hacer. Dejó que él la siguiese besando y que desabrochando su abrigo le apretase los pechos. Y así permanecieron un rato que sería breve pero que a ella se le hizo eterno hasta que al fin él dejó de abrazarla y volvieron a salir a la calle principal y caminaron cogidos de la mano hacía su casa. Y ella andaba como envuelta en una nube de felicidad, dejándose conducir, sin saber casi lo que hacía.

Él, entretanto, mientras marchaban hacia Cuatro Caminos, le propuso que el sábado por la tarde podían ir a un cine de su barrio a ver un programa doble. Y ella no le había contestado ni afirmativa ni negativamente, limitándose a decir ante su insistencia que mañana le diría si podía ir, porque no sabía si el sábado estaría o no ocupada. Y él continuó insistiendo pero ella no le dio una respuesta definitiva y, tras recibir el habitual beso de despedida en la mejilla, se dirigió casi corriendo a su casa..

Y ahora estaba en la cama, dando vueltas, sin poder conciliar el sueño. Como un calidoscopio pasaban por su cabeza las imágenes de aquella tarde. Su llegada a casa, con algo más retraso que de costumbre, todavía sofocada y vacilante, los besos y caricias en el callejón, la insistencia de David para que el sábado fuesen al cine. Su madre le había preguntado ásperamente si había estado con aquel señoritingo y si por eso llegaba tan tarde Y ella la había mentado diciendo que se había entretenido con unas amigas de la academia. Y la madre había vuelto a insistir en la historia de siempre, en que no la convenía aquel

chico y que le había prohibido que saliera con él y que si no la hacía caso se iba a enterar. Así estuvo durante toda la cena y en cuanto terminó de cenar ella se fue a su cuarto para acostarse. Se desnudó y se metió en la cama, aún ocupado su pensamiento en todo lo que había sucedido aquella tarde, en los besos en el callejón, en el endurecimiento de sus pechos al sentir sus caricias y en el escándalo que la armaría su madre si adivinara todo lo que había sucedido. Y ahora daba vueltas y más vueltas en su cama y pensaba que no debía de haber consentido que David la tratase como la trató y que ella al consentirlo se había comportado como una mala mujer. Sí, como decía su madre, él solo quería aprovecharse y ella sabía a que venía aquella insistencia de llevarla al cine que no tenía otro objeto que abusar de ella en la oscuridad. Pero después de todo aquello tampoco era nada anormal, era algo natural entre un hombre y una mujer y ella sabía que muchas chicas de su academia que tenían novio se besaban con ellos como ella se había besado con David e iban al cine con ellos y allí en el cine dejaban que el novio las acariciase y las metiese mano sin que le diesen a eso mayor importancia. Lo sabía porque ellas mismas se lo habían dicho y se jactaban de lo bien que lo habían pasado sin que por ello tuviesen remordimientos y que cuando una tenía novio eso era lo natural y que lo único que había que hacer era no concederles lo que en el fondo ellos querían y así, con ese deseo, se les ataba bien para llevarles al matrimonio, porque si una era tonta se exponía a quedar embarazada o a que una vez conseguido lo que deseaban, las plantase.

Y esto es lo que ella debía de hacer con David. No dejarlo, como quería su madre, sino encapricharle cada vez más, y si se encaprichaba por qué no iba a casarse con ella pues David la quería, estaban enamorados y el que la besase como la había besado era algo que después de todo era natural y tampoco era nada malo el que fuesen al cine. Sí, sería bueno ir al cine, y que él allí en la oscuridad, la besara y la acariciase las piernas y los muslos y los pechos y sintiera lo mismo o más que había sentido aquella tarde. Y mientras pensaba en lo que había sentido aquella tarde y se imaginaba lo que ocurriría si el sábado iba al cine con David sintió cómo otra vez se humedecía y entonces dejó que su mano buscara la fuente de aquella humedad y su pensamiento se desbocó mientras se acariciaba y su excitación iba aumentando cada vez más hasta que una sucesión de violentos espasmos puso fin a la misma y quedó inmóvil, con los ojos cerrados, todo su ser invadido por una dulce y lánguida placidez.

Hacía un par de días que Luisa no encontraba a Esteban en Chicote. Un par de días en los que había vuelto a su casa sola, Anoché estuvo dudando en aceptar la invitación a cenar de José Antonio Dueñas, pero al final había decidido rechazarla. Aquel actor principiante se consideraba tan guapo y famoso que en vez de pagar a las mujeres, creía que debían pagarle ellas y Luisa no estaba dispuesta a acostarse con él por su cara bonita, por mucho que procurara engatusarla con que podía hacer que trabajase en el cine, como si él fuese el director de los estudios y no un don nadie que hasta ahora solo había hecho unos cuantos papeles secundarios. Así que tras dejarse convidar a unas copas, abandonó el bar y se fue a dormir. Pero aquello no podía continuar. Necesitaba dinero y, si no encontraba Esteban, tendría que intentar engatusar a otro. Afortunadamente, nada más pasar la puerta giratoria vio a Esteban que estaba en una mesa charlando con tres amigos. Ella discretamente se sentó en la barra, pero Esteban, inmediatamente la llamó para que se incorporase a su grupo.. Conocía a dos de los contertulios de Esteban. Incluso con José Manuel, un jerarca de sindicatos, se había acostado alguna vez., el otro, Ramírez, era un alto cargo de un ministerio, con el que Gumersindo siempre andaba en tratos por lo de las licencias de importación de aceite. A quien no conocía era al tercero, un hombre de mediana edad, bien parecido, con un bigotillo recortado y vestido elegantemente pero con discreción. Apenas tomó asiento Luisa en la mesa, el desconocido, mirándola con admiración preguntó quién era esa preciosidad.

- Esta preciosidad- dijo Esteban calmadamente - es Luisa, una amiga mía a la que yo voy a llevar a cenar esta noche. Este señor, añadió dirigiéndose a Luisa, es Alejandro Aparicio, teniente coronel con destino en Melilla que ha venido con un permiso a Madrid y se ha acercado a este templo de la bebida...

- Y de la belleza- interrumpió el militar.- Lástima que esta diosa esté ya comprometida.

- Bueno, por esta noche. Pero aquí hay muchas más diosas. ¿Qué te parece aquella rubia del vestido granate y medias negras? ¿Quieres que te la presente?

Ante la afirmación del militar Ramírez se dirigió a la barra y regreso a la mesa acompañado de la rubia a la que presentó como Mari Antonia.

Tras un intercambio de frases insustanciales Alejandro continuó con la conversación que la llegada de las damas había interrumpido.

- Como os decía, en los primeros años de la república, cuando yo estrenaba mi destino de teniente, Madrid era una ciudad divertidísima. Fueron unos años que yo pasé en grande hasta que me destinaron al ejército de África. Y a propósito de las rubias- dijo mirando a Maria Antonia- os voy a contar una anécdota muy divertida que ilustra muy bien cómo era aquel Madrid y cómo éramos nosotros. Yo salía mucho por entonces con un brigada de mi regimiento, un tipo simpático, golfante y animadísimo sin otro defecto que ser un poco camorrista cuando bebía. El hombre se figuraba entonces que éramos los protagonistas de esas películas americanas en las que, en cuanto se encuentran un grupo de marinos y de soldados, organizan una pelea. Aquel chico se llamaba Eulogio Ruiz y, lo que es la vida, aunque se le daban de miedo las mujeres, fue a casarse con una tía feísima y sin un céntimo. Para mayor desgracia, le pilló la guerra en Madrid, tuvo que incorporarse a las fuerzas republicanas y murió en el frente. En fin, a lo que íbamos de las rubias. Una noche estábamos en un cabaré y vimos una impresionante rubia platino. Por aquel tiempo, os acordareis vosotros se llevaban mucho las rubias platino por influencia de la Jan Harlow. Pues bien, aquella rubia era la querida de pastilleta, que es como llamaban a aquel doctor Andreu que hizo un capital con su invento de las pastillas para la tos. El pastilleta andaba totalmente borracho sin hacer demasiado caso de su querida, así que nosotros aprovechamos la ocasión y empezamos a bailar con ella y a trajinarla. Ella parecía bien dispuesta. Y ya bien animada la conversación va el diablo del Eulogio y después de alabar su rubio platino dice: "naturalmente, no es ese color de pelo el que tienes en todo su cuerpo ". Entonces la muy golfa, muerta de risa nos coge del brazo, nos lleva a la entrada de los servicios y allí, tras levantarse el vestido, se baja las bragas. No podíamos creerlo. Se había teñido también los pelos del pubis de rubio platino. Luego en un trozo de papel escribió su dirección y su teléfono y nos dijo que la llamásemos dentro de tres días, pasadas las ocho de la tarde, porque a lo mejor tenía la noche libre. En efecto, la tenía, y como no especificó cual de los dos debíamos ir, nos presentamos ambos. Bueno, pues la rubia del pubis platino nos dejó a los dos para el arrastre.

Todos celebraron con risas la anécdota. José Manuel preguntó a María Antonia si también hacía igual que la rubia del cuento, y ella riendo, contestó que a lo mejor, pero que desde luego no iba a dejar que lo comprobaran en la puerta de los servicios. Después, cambiando el tono de la conversación, dijo. Esteban:  
- Sí, Madrid en los primeros años de la república era una ciudad divertida, también lo era cuando la monarquía, pero desde el primer día se vio que aquello no podía durar. Y los primeros que lo vimos, y nos opusimos a que aquello continuase, fuimos nosotros, los católicos. Porque muchos de vosotros, los militares acogisteis bien la república y no hicisteis nada para evitar la marcha del rey. Y vosotros, los falangistas, ni siquiera existíais por entonces. Pero nada más instalarse la república nosotros, los católicos, dijimos que no. Y el primero de todos fue el cardenal Segura, con su valiente pastoral. El Debate al principio estuvo contemporizador con un artículo que a mí no me gustó nada y yo en ese terreno tenía algo que decir porque daba buenos dineros para el periódico, pero enseguida Ángel Herrera Oria se puso en su lugar Precisamente Herrera Horia con Gil Robles, Valderrama y Rodezno había constituido la Acción Nacional a la que yo también pertenecía. El 10 de mayo tuvimos una reunión en la calle de Alcalá para constituirnos en una asociación legal y pacífica, sin otro

interés que la defensa de la religión, la familia, el orden y la propiedad que veíamos amenazada por la república. A la reunión asistieron lo más florido de la vida cultural y militar del país, entre ellos el duque Fernán Nuñez, Gabriel Maura y Luca de Tena Como he dicho nuestro único objeto era poner en marcha la asociación, y nuestro único delito, escuchar un disco con la Marcha Real. Pues bien, como estaban las ventanas abiertas por el calor, y la música se oía en la calle, aquello soliviantó al populacho que intentó entrar en el edificio para lincharnos. Luego se difundió que habíamos disparado y matado a un taxista. Mentira. Yo estaba allí y puedo asegurar que nadie disparó. Si hubo tiros, serían los de la turba. Pudimos salir protegidos por las fuerzas del orden y algunos marchamos a la redacción del ABC. Pues bien, por la tarde el tumulto vuelve a repetirse allí, donde acude el populacho que acusa a Luca de Tena de ser él personalmente quien por la mañana disparó y mató al taxista. La guardia civil tuvo que intervenir para repeler la agresión de la masa que utilizó armas de fuego, y en la revuelta hubo algún muerto. Esto fue suficiente para que al día siguiente la canalla, con la complicidad de las autoridades republicanas, se lanzara a la quema de conventos. Ellos saben que sus más firmes oponentes somos nosotros, los católicos, los que defendemos la religión, la moralidad, la familia- lo que siempre ha sido el componente esencial de la España eterna. Por eso, cuando a partir del 36 la chusma se hace con el poder, sus víctimas predilectas fuimos nosotros. Yo me salvé porque estaba de veraneo en San Sebastián, donde por cierto conocí a Perico que, puso allí un establecimiento de bebidas en cuanto la ciudad fue liberada, pero si hubiera estado en Madrid, me hubieran asesinado. Sí, es cierto que fue el ejército, y muy especialmente el ejército de África quien inició la Cruzada, y que vosotros los falangistas tuvisteis una participación principal en ella, pero fuimos nosotros, los católicos, quienes desde el primer momento dijimos no- Los contertulios asienten a las palabras de Esteban. Después la conversación se generaliza hasta que, este, levantándose y dando el brazo a Luisa, dice:  
- Bueno, yo me despido porque he prometido a esta niña invitarla a unas angulas y no quiero que se me haga tarde, ya que quiero irme pronto a dormir a mi casa.

Esteban siente el calor del cuerpo desnudo de Luisa que reposa a su lado. Desliza la mano suavemente por la curva de su cadera y luego la baja lentamente hasta su muslo. Esta piel suave y cálida le produce una dulce sensación. Luisa no se altera con la caricia. Continúa con su respiración regular y acompasada que denota lo profundo de su sueño. Esteban piensa que se está divinamente en esta cama cálida, junto a este hermoso cuerpo desnudo de mujer. Pero no puede continuar. Tiene que levantarse.

Extiende su mano hasta el cordón de la luz de la lámpara que hay sobre la mesilla de noche. La lámpara, cubierta por una pantalla rosa baña de un tono rosado la habitación. en la que predomina este color. Rosas son la colcha de la cama, los visillos de la ventana, la tapicería de las dos butacas, y el hombro y el brazo de la mujer que han quedado al descubierto cuando él se levantó, presenta también bajo aquella luz un leve tono rosado.

Mira su reloj de pulsera. Son las cuatro menos diez. Calcula que debe de haber estado más de hora y media retozando con la mujer y que luego ha dormido casi tres horas. No es demasiado tarde. Con el coche, que lo tiene aparcado a la puerta, llegará hacia las cuatro y media a su casa. Claudia estará dormida y, en caso de que despierte, tampoco le preguntara de donde viene. Únicamente le molestaría si pasara fuera de casa toda la noche pero en otro caso se muestra indiferente

Claudia es comprensiva y tiene manga ancha. Se traga sin rechistar cuando le cuenta que volvió tarde porque había tenido una cena con algún amigo o conocido y después habían estado tomando algunas copas. Seguro que no se lo cree pero tampoco dice nada. A ella lo único que le importa es vivir con la opulencia y el lujo que él le proporciona y tampoco los va a echar por la borda por sus escapadas, que, además, no pasan de tres o cuatro al mes. Aunque hija de un médico con una buena clientela, tiene tres hermanas, así que la herencia que le correspondió no fue demasiado cuantiosa. Por eso ella sabe que con él hizo un matrimonio provechoso. De todas formas, tampoco quiere abusar, así que las veces que la engaña procura volver a su casa a una hora no demasiado escandalosa.

Mira una vez más a Luisa que continua plácidamente dormida. ; Qué hermosa criatura!

Así, durmiendo con una plácida sonrisa, presenta un aspecto angelical. Nadie, viéndola tal como está ahora, podría imaginar que es una puta.

Él antes de conocer a Luisa e incluso algunas veces ahora, cuando Luisa es su preferida, ha estado con otras alegres mariposas de Chicote. Todas guapas y hermosas, todas con clase y una cierta elegancia. Pero es distinto. A pesar de su buen vestir, de su saber estar, huelen a putas y en la cama actúan como unas putas que se limitan a desempeñar su oficio con sabiduría y eficacia. Sí, no pueden ocultar su condición: Putas caras y distinguidas pero, al fin, putas Pero Luisa no tiene ese tufo. Se perfuma, pero su perfume es más ligero y el olor de su carne fresco y saludable. Y después, en la cama no actúa como una profesional. Ella no tiene que fingir. Goza. Salta a la vista que su entrega es verdadera, que no es solo teatro para satisfacer al cliente. No sabe cuánto podrá durar esto pero, a pesar de su oficio, ella aún no se ha emputecido. ¿Cuánto podía durar aquello? No sabía. Ella quería dejar la profesión y esta misma noche le había dado la lata con que la diese un trabajo como presentadora de modelos. ¿Qué idea tendría ella de lo que podía ganar en ese trabajo?. Ahora en Madrid tan solo funcionan un par de pasarelas y de tarde en tarde y, ni siquiera en estas, puede ganar lo que gana ahora.

Comenzó a echar cálculos. Ella contaba ahora con dos clientes preferidos, Gumersindo y él. Entre los dos tenía fijo cinco o a veces seis noches al mes y aunque no le gustaba prodigarse y tampoco se iba con cualquiera, sí lo hacía con algún que otro asiduo cliente de Chicote y algún visitante ocasional que le gustase, con lo que tenía por los menos otras seis noches ocupadas. Total que trabajaba por lo menos doce días al mes. Y por menos de cien pesetas no se acostaba con nadie. Lo normal eran ciento cincuenta y a veces doscientas, eso si no tropezaba con algún caprichoso que la daba más. En resumen que la niña, aun eligiendo como elegía al personal y dándose días de descanso, venía a salir por

mil ochocientas o dos mil pesetas mensuales. Ya quisieran muchos profesionales, incluso médicos y abogados, tener esos ingresos. Por no hablar de funcionarios y profesores, que se darían con un canto en los dientes por ganar una tercera parte.

Él la daba buenos consejos. Tenía que ahorrar. Ella decía que sí, que le había hecho caso y tenía abierta una cartilla. Mantenía a su abuela y a su hermana y pagaba a ésta unas clases de baile, pues la niña quería ser folclórica. No sabía cuánto le costaría eso, pero ella decía que no les daba demasiado porque si su abuela viese que tenía mucho dinero podía sospechar. Así que entre unas cosas y otras, él calculaba que no se gastaba más de cuatrocientas pesetas en su familia. Luego estaba lo que se echaba en ropa y arreglo personal pues era presumida, aparte de que en su situación debía vestir bien. Él le decía que debía de limitar su vestuario y, sobre todo, nada de joyas, porque aunque las joyas pueden venderse siempre se pierde en la operación. Así que lo mejor es que ahorrarse.

Si le hiciera caso y ahorrarse, suponiendo que con la ayuda a la familia, su manutención y sus trapos gastase unas mil pesetas al mes que ya es gastar, al cabo de un año podría tener ahorradas ocho o nueve mil pesetas. Claro que si Antonio dejaba de pagar el hotelito y éste tenía que correr de su cuenta, el ahorro se reduciría a cuatro o cinco mil. Pero en tres o cuatro años podría haber reunido lo suficiente para poner una tiendecita y, si como decía quería retirarse, vivir modestamente con su familia. Porque los años pasan y cuando tuviese cerca de treinta, ya no gustaría tanto a los hombres y no podría seguir siendo una puta de lujo.

Pero con el tren de vida que ahora llevaba, tampoco sabía si iba a acomodarse a vivir modestamente. Lo mejor sería que enganchase a alguien que la mantuviese, retirándola de la vida. Su ocasión podía ser Gumersindo. Aquel latifundista cordobés ahora, con el estraperlo, nadaba en oro y bien podía mantener una querida que le viniese a costar unas dos mil pesetas mensuales. Ahora andaba intentando meterse en una empresa constructora de la capital y esto le permitiría pasar parte de su tiempo en Madrid. Así que, en vez de dormir en un hotel, tendría la cama de Luisa, mucho más apetecible. La propia Luisa le había dicho que Gumersindo últimamente se lo andaba proponiendo aunque ella no le hacía demasiado caso. La muy tonta estaba en cambio emperrada con esa idea absurda de que la colocase de modelo. No, por su bien iba a insistir en que engatusase al cordobés para que la tomase como amante y, una vez en esa situación, lo encelara para sacarle un buen dinero, que el olivarero nadaba en millones. Eso y, entretanto, ahorrar para poder en todo caso disponer de un capitalito con el que pudiera acomodarse.

Desde luego, cualquier cosa antes de que pasase sus modelos. Con independencia de que económicamente no le solucionaría nada, lo único que le faltaba era lucir ante su clientela una notoria puta de Chicote. En fin que en mala hora le dijo un día que tenía cuerpo y estilo de modelo, lo cual, después de todo era verdad. Continuaría dándole largas al par que buenos consejos para asegurar su futuro.

Había terminado de vestirse. Hoy quería mostrarse generoso, así que dejó doscientas pesetas sobre la mesilla de noche. Besó suavemente aquella sedosa, cálida y sonrosada mejilla y, tras apagar la luz, salió a la frialdad de la noche para subirse en su coche y dirigirse a su casa.

Toni y Joaquín, siguiendo las indicaciones de Vicente, han ido a la estación de Atocha para esperar el expreso de Algeciras pero, de acuerdo con esas indicaciones, no han pasado a los andenes ni se han quedado a esperar a la entrada principal de la estación, sino que aguardan en Méndez Álvaro, en la acera a la que dan las puertas por las que salen los ferroviarios. Llevan un rato esperando cuando ven salir por una de esas puertas a Vicente acompañado de un hombre vestido con un mono de mecánico. Debe de ser uno de los trabajadores de la estación. Vicente les hace una seña y ellos se acercan a la puerta por la que han salido los dos hombres. Cuando llegan la puerta, Vicente, ya en la acera, les entrega un paquete algo más grande que una caja de zapatos y les dice.

-Mira Toni, lleva este paquete a la calle de Barbara de Braganza número ocho, tercero A. Allí pregunta por don Evaristo González y le entregas este paquete de parte de Vicente. Qué no se te olvide. A ver, repite esas señas.

Toni repite las señas que le ha dado Vicente.

- Muy bien- dice éste -. Ahora presta atención. Si alguien os detiene, lo que no creo, ese paquete te lo has encontrado en un banco. No sabes lo que es pero, por si fuera comida, lo ibas a llevar a tu casa. De mi y de las señas que te he dado, te olvidas por completo. Pero no pasará nada. Entrega el paquete a esas señas y allí os darán algo.

Vicente se dirige a donde está el ferroviario con quien ha salido y comienza a hablar con él Los niños, entre tanto, se van alejando de la estación.

Mientras camina ligero repitiendo mentalmente las señas que le ha dado Vicente para no olvidarlas, Toni se siente cada vez más inquieto. No le gusta este encargo.. Lleva razón Amparo, Vicente no es de fiar. Este paquete no puede contener nada bueno, cuando Vicente se ha desprendido así de él. Y si los descubren, el cuento ése de que se lo han encontrado no va a convencer a nadie. Si alguien los pilla, seguro que acaban en uno de los asilos de Auxilio Social o, lo que si cabe es aún peor, en un reformatorio.

Bárbara de Braganza está un poco lejos, pero a los niños no les asusta andar. Los tranvías cuestan dinero y aunque se suben a veces en los estribos, Joaquín, cuando va con su hermano, lo hace cada vez menos por temor a que el pequeño se caiga. Más de un niño ha muerto atropellado por viajar en el estribo o la trasera de los abarrotados tranvías.

Ya están subiendo por el paseo del Prado. El paquete que lleva Toni debajo del brazo es muy liviano. Su contenido es algo de poco peso. Eso es lo que responde a Toni cuando éste le pregunta qué puede contener el paquete

- No sé. Es algo de poco peso. Podría ser azúcar o, mejor, tabaco. Pero es demasiado pequeño para que sea tabaco. Por una cantidad así, Vicente no tomaría tantas precauciones.

- ¿ Lo abrimos a ver qué es?

- Tú estás loco. Lo que hay que hacer es llegar a esa casa cuanto antes y desprendernos de él.

Llegan a la calle de Bárbara de Braganza. El número ocho es un buen edificio, donde debe de vivir gente rica. Aunque tiene ascensor, los niños prefieren subir andando las escaleras. Cuando llegan al tercero pulsan el timbre que hay en la puerta y esperan.

Al cabo de unos segundos se abre la puerta y aparece una mujer de mediana edad que, sobre el vestido oscuro, lleva un delantal blanco.

- ¿Qué queréis? - pregunta con un tono seco.

- ¿ Vive aquí don Evaristo González?- pregunta Toni.

- Sí, aquí vive. ¿ Qué deseáis de él ?

- Entregar este paquete.

- Dámelo

- No, tengo que entregárselo personalmente.

La mujer mira al niño con hostilidad. Después dice:

- Está bien. Esperad aquí

Vuelve la mujer y les ordena que la sigan. Marchan a lo largo del pasillo. La mujer abre una puerta que hay a la derecha y les manda entrar.

Es un salón con unos muebles lujosos, muebles que los niños solo han visto en los escaparates de las tiendas de lujo. En medio del salón hay una mesita redonda de madera fina con tablero de cristal. Al lado de la mesa, dos sillas de la misma madera y asientos de rejilla. Enfrente de la mesa, dos butacones de cuero en los que están cómodamente sentados un hombre y una mujer. El hombre viste una bata de terciopelo granate. La mujer, un vestido oscuro con una falda muy estrecha.

El Marquesito mira a los niños que permanecen de pie enfrente de él. Después dice:

- A ver, tú, dame ese paquete.

Una vez que Toni le entrega el paquete, el hombre les ordena que se sienten. Los niños toman asiento en las dos sillas y permanecen en silencio, mirando tímidamente al hombre y a la mujer.

-Muy bien- dice al fin el hombre- Así que Vicente os ha dado este paquete para que me lo entreguéis... ; Vaya con Vicente ; Es muy listo Vicente. Le hago un encargo y, el muy irresponsable, se lo endosa a dos niños. Ya le diré unas palabritas cuando nos veamos.

Los dos niños continúan en silencio. Están cohibidos y no saben qué pensar. La mujer ha cruzado las piernas y la falda estrecha deja al descubierto su amplio y hermoso muslo casi hasta la nalga.

- ¿ Y vosotros de qué conocéis a Vicente ?- pregunta el Marquesito.

- Vivía en nuestra calle.

- ¿Ya no vive allí?

- No, pero se pasa a veces por ella

Toni se encuentra molesto con este interrogatorio. Además, aunque procura evitarlo, no puede apartar los ojos del muslo descubierto de la mujer. Ésta le mira con una sonrisa burlona. Debe notar que la está mirando, y se ríe de él. También puede que lo note el hombre y se moleste. Toni clava la vista en el suelo mientras el hombre le vuelve a preguntar:

- ¿ Y vosotros tenéis mucho trato con Vicente ?

- No. Algunas veces no vende un paquete de picadura.

- ¿Es que fumáis?

- No, pero con él hacemos pitillos para venderlos sueltos.

El Marquesito se echa a reír. Después se dirige a la mujer

-¿ Has visto Concha, que espabilados son estos niños?. Y además, a pesar del rapado al cero, son muy guapos.¿ No te parece?

- Claro que son muy guapos, dice Concha sonriendo con su sonrisa burlona y mirando a Toni que, sin poder evitarlo, ha vuelto a clavar sus ojos en su pierna.

Toni, azorado, vuelve a mirar al suelo. Joaquín sonrío entretanto, mirando alternativamente al hombre y a la mujer.

- ¿ Vivís con vuestros padres?

- No señor. A nuestros padres los mató una bomba durante la guerra. Vivimos con una tía

- Así que con una tía.... Vaya, vaya.

Toni está cada vez más inquieto. Aquella morena cruzando las piernas hasta casi enseñarle el culo, y sonriendo burlonamente porque él no puede apartar la mirada... Y encima aquel interrogatorio. Le quema la silla. Tiene que contenerse para no levantarse y salir corriendo de allí.

- ¿ Vais al colegio?

Tras dudar un instante Toni contesta que sí. Jacinto, mira a su hermano y asiente también con un movimiento de cabeza.

- ¿ Y al cine, vais también ; ¿A ti, pequeño te gusta el cine?

- Si señor- responde Joaquín.

- ¿Y qué películas te gustan?

- Las de vaqueros. Las de Kem Maynard y su caballo Tarzán. También me gustan las de risa, las de Charlot y Tomasín. Pero vamos muy poco., porque es muy caro.

- Claro. El cine es muy caro y vosotros no tenéis dinero. Eso es lo que le pasaba también a dos chicos conocidos míos. Pero yo tengo dos amigos que no tienen familia y son muy cariñosos con los niños y entonces se encapricharon con estos dos conocidos míos y los llevaban al cine todas las semanas. Lo malo es que los dos niños se han ido hace poco de Madrid, y estos amigos míos, que se habían acostumbrado a su compañía, a ir con ellos al cine y luego darles de merendar y jugar al parchís, los echan de menos. Yo creo que vosotros también les resultaríais simpáticos y se portarían con vosotros como con esos dos niños que ahora se han ido de Madrid. ¿Verdad Concha, que estos dos pequeños les resultarían muy simpáticos a Roberto y a Luis y se encariñarían con ellos cómo se encariñaron con Enriquito y su hermano ?

Sin dejar su sonrisa burlona, Concha rompe su mutismo.

- Ya lo creo que se encariñarían. Se encariñarían mucho

Durante un momento, todos permanecen en silencio. Después vuelve a hablar el Marquesito.

- Sí, lo pasaríais muy bien. Los sábados y domingos os llevarían al cine y luego, en su casa, os darían de merendar pasteles y chocolate. Además, como

ellos son dos señores elegantes y no pueden ir acompañados de dos zarrapastrosos como vosotros, os comprarían ropa, y hasta puede que os diesen algún dinero para ayudar a tu tía. Si os parece bien, me lo decís y el próximo domingo os llevo a verlos.

Toni no dice nada.. Joaquín mira a su hermano esperando que éste hable. Como los dos hermanos permanecen en silencio, el Marquesito vuelve a insistir.

- Bueno, ¿ qué contestáis?

- No sé - responde Toni- Es que los sábados y domingos nosotros tenemos que ayudar a nuestra tía.

- Bien, bien. Piénsalo. Si os decidís a que os presente a esos amigos, díselo a Vicente. Ah, y no se te olvide decirle que se pase inmediatamente por aquí que tengo que hablar con él. Tomad por el recado.

Los niños se levantan de sus asientos. El Marquesito le da un duro a Joaquín y la doncella les acompaña hasta la puerta.

Ya en la calle, Jacinto le pregunta a su hermano

- ¿ Qué te parece lo de esos dos señores?

- Tú eres tonto y no te enteras de nada. Ese sinvergüenza lo que quiere es entregarnos a dos maricones. Pero la culpa de todo la tiene Vicente, por meternos en el lío en que nos podíamos haber metido y mandarnos a casa de ese indeseable. Desde luego, de ahora en adelante no volvemos a tener ningún trato con Vicente.

Hoy le toca a Amparo hacer la limpieza en casa de Avelino. También le ha llevado dos botellas del aceite que trajo su hermana. Avelino es uno de sus clientes fijos y, aprovechando que todas las semanas se pasa por su casa, cuando tiene aceite se lo sirve a domicilio

Antes de ir a casa de Avelino ha estado en la panadería para poder estraperlear algo por la tarde en la puerta del metro. Esta vez no ha tenido que lidiar con Eugenio, que se ha limitado a darle en la trastienda las dos barras que le ha pedido sin intentar nada más. Pero Eugenio está cada vez más imposible y no sabe cómo va a acabar eso. Ya no es que los sobeteos sean cada día más audaces, sino que su insistencia por tirársela va en aumento. Ella teme que con su resistencia se cabree y le niegue el pan que le vende, con lo que perdería una parte de sus ingresos. Por eso, procura darle largas y mantenerle a raya en lo posible. Pero es difícil. Él cada vez se conforma menos con promesas y jugueteos y de día en día se muestra más audaz .Pero ella, por nada del mundo, ni aunque tenga que morir de hambre, le haría eso al pobre de su Julio.

Con Avelino es otra cosa. Avelino se muestra siempre correcto, sin hacerle ningún tipo de insinuación. Por lo que sabe, el librero no anda con mujeres. Posiblemente visitará algún prostíbulo pero, que ella sepa, no se le conoce ningún lío. Un día le dijo que para que un hombre viva tranquilo tiene que mantenerse lejos de las mujeres y de la política. Al parecer, eso es lo que hace.

Avelino, en su librería, ha procurado seguir la corriente de los tiempos. "Lo importante -le dice con frecuencia al desmembrar- es acomodarse en el exterior a los aires que soplan. En mi tienda hay dos partes: el escaparate y la trastienda. La trastienda es lo permanente ¿ y que cosa más permanente que los clásicos? El escaparate, lo que se lleva en cada momento. Durante la guerra había allí mucho Marx y Lenín, y Bakunin y folletos comunistas y libertarios. Por eso, nadie se metió conmigo en ese periodo. Pero un poco antes de que terminase, aquello desapareció y apenas estaban entrando las tropas victoriosas cuando mi escaparate lo llenaban José Antonio y Onésimo Redondo y Ramiro de Maeztu y folletos religiosos y falangistas. Y así sigue y por eso los vencedores me dejaron en paz. Y en literatura, lo mismo. Si uno quiere Cristina Guzmán, profesora de idiomas, pues ahí está bien a la vista, en el escaparate; pero si otro, con mejor gusto, prefiere Fortunata y Jacinta pues también se lo sirvo, aunque tenga que buscarlo donde tú duermes, en la trastienda."

Amparo ha fregado y barrido el pequeño piso y lavado los cacharros de cocina. También lavó la ropa interior de Avelino, que ha tendido a secar en el tendedero que da al patio, y planchado las dos camisas ya secas de la limpieza anterior.

Lavar, secar y planchar las sábanas es más laborioso y requiere tres visitas. Por eso las cambia tan solo una vez al mes.

En una hornilla de carbón se está terminando de cocer un potaje de garbanzos con arroz. Dentro de poco le hará el requemo de pimentón y cuando venga Avelino, se pondrán los dos a comer. Siempre que trabaja en casa de librero, saca la comida gratis.

Apenas ha terminado de hacer el potaje, cuando llega Avelino, después de cerrar su tienda de libros de segunda mano, que no volverá a abrir hasta las cinco.

Como siempre, el comerciante viene de buen humor. Con un hombre así, da gusto, piensa Amparo. Le alivia a una las penas y no le pide otra cosa que su trabajo. Qué diferencia con el panadero.

Cuando Avelino ve las dos botellas de aceite, dice sonriendo:

- Vaya, aceite de tu pueblo. El mejor aceite del mundo. ¡ Qué vida os dais los de la provincia de Jaén ;

- ¡ Menuda vida!. Solo tienes que verme a mí y la vida que llevo

- Bueno bueno... Para que no te quejes, hoy lo vamos a celebrar. ¿Qué tenemos para comer?

- Un empedradillo de garbanzos con arroz

- Gloria bendita. Pero vamos a mejorarlo. Hoy vamos a comer dos platos, como los señores. Toma tres huevos y haz una buena tortilla de patatas. Nos comeremos la mitad y guardaré la otra mitad para la cena y así la catará mi buen amigo Julián el desmembrado.

- ¡ Una tortilla de patatas y con huevos ; Hace siglos que no hacia una.

- Y si no haces una tortilla con huevo, ¿con qué demonio la haces ?

- Pues con qué las voy a hacer. Con leche. Los huevos no están para los pobres.

- ¡ Tortilla de leche! Lo que me faltaba oír

- Pues no creas, qué está bien rica. Mira, para que puedas hacerla tú si algún día te va el negocio mal y no tienes para huevos. Se echa la leche en un plato y en la leche disuelves algo de harina para que pueda cuajar la tortilla, pero poquita harina, para que no quede gachosa. Y luego, echas las patatas fritas en la leche con la harina disuelta y ya está, a cuajar la tortilla como si fuese huevo. Lo único es que queda muy blancuzca, pero no sabe mal.

Amparo entre tanto se ha puesto a pelar las patatas para la tortilla. Avelino la mira sonriente sin interrumpir su charla.

- Así que tortilla de leche...¿ Hasta donde no llegará el ingenio y la inventiva del español ? No hay gasolina, pues ahí tenemos el gasógeno, y si lo del motor de agua salió mal, fue porque el inventor era extranjero, pero ahora un genio nacional ha inventado el coche de pedales y gasolina y éste sí que nos resolverá el problema del carburante. Y si hay tisis a mansalva, pues nada, otro ingenio inventa lo del hongo. Un vasito del caldo en que flota el hongazo ese, y no hay tisis que se resista. ¿Tú no tomas el hongo, Amparo?

- Pues no señor. Primero porque, gracias a Dios, en mi casa no hay ningún tísico, que tanto mi hija como los huérfanos y yo estamos bien sanos. Y además que yo creo que eso del hongo que cura no se cuantas enfermedades, es un cuento chino.

- Mujer de poca fe.. ¿ Pero tu has visto el dichoso hongo?

- Pues claro que lo he visto. Por mi calle pasa uno con el cubo y sus vasos, y más de un vecino lo toma. Pero a mí ese hongo enorme me parece una cosa repugnante, y no digamos el caldo en que flota y, que según el que lo vende, si uno bebe cada día un vasito de él se cura la tuberculosis y no se cuantas cosas más. Parece orines de caballo. Asqueroso. Yo pienso que eso no puede curar nada, que lo único que puede hacer una si lo bebe es coger lo que no tiene. Pues ya ves, hay mucha gente que paga su realito por beberse un vaso de los de vino de esa porquería ¿Y hablando de inventos ¿ A que usted no sabe lo del vestido de saco?

- ¿ Y qué es eso?

- Pues eso fue algo que se le ocurrió a una vecina mía, que era muy buena modista, hace ya más de un año. Se cogían unos sacos y con paciencia, se deshilachaban haciendo madejas de hilo. Luego, se hacía con esas madejas un vestido de punto. Como los hilos se rompían y no eran una cosa continua como los

de lana, costaba Dios y ayuda el hacer el vestidito. Se tiraba una casi medio año Y cuando se terminaba, se teñía de oscuro y a presumir de traje.

- ¿Y tú te hiciste uno?

- Solo lo empecé, porque vi en lo que paró el que se hizo mi vecina. A parte de que por muchas enagua que se pusiese una pinchaba como un demonio, a la semana de ponérselo empezó a desteñir y tuvo que tirarlo.

- Dan mejor resultado los hábitos. ¿Has visto lo devotas que se han vuelto las mujeres, la cantidad de hábitos que se ven ahora?

- Sobre todo de la Virgen del Carmen que como son marrones, hacen mejor apaño. Y una mujer puede tirar con un hábito del Carmen como único vestido tres o cuatro años

- ¿Y tú no te pones hábito?

- Yo...Primero que no se crea que un hábito es barato y está al alcance de mis posibilidades. Y en segundo lugar ¿usted me imagina con hábito vendiendo pipas y pan y cigarrillos de estraperlo a la puerta del metro

Mientras Avelino ríe, Amparo, una vez peladas las patatas y batidos los huevos, se dirige al hornillo, retira el potaje, coge una sartén y la pone al fuego para hacer la tortilla. Entre tanto que la mujer cocina, el librero, con su sonrisa socarrona, permanece sentado en silencio.

Cuando termina de cocinar, Amparo toma dos platos hondos y dos llanos del escurridor que hay encima del fregadero y los coloca sobre la mesa de madera de la cocina, ante la que permanece sentado Avelino..No están los tiempos para manteles. Saca del cajón de la mesa dos juegos de cubiertos y los coloca junto a los platos. Antes de sentarse, pregunta al librero.

- ¿Has cogido hoy tú pan de ración.?

- Pues no señora. Hoy no voy a comer ese pan amarillo que Dios sabe de que estará hecho, sino que vamos a comer de ese pan de trigo que te vende a un precio abusivo tu amado panadero para que tu lo revendas a un precio más abusivo todavía. Así que voy a comprarte una barra.

Amparo saca una barra de su bolso y la deja sobre la mesa. Llena los dos platos de potaje y se sienta a comer frente a Avelino.

- La verdad que lo del pan tiene su gracia. Cómo al parecer no hay trigo, para el racionamiento hacen ese pan de maíz o avena o lo que sea que amarga como las tueras y cuesta Dios y ayuda el que le pase a uno por el gaznate, pero mi panadero y todos los panaderos de España tienen pan de trigo para quien lo pueda pagar..

- Y tú -interrumpe Avelino- lo puedas vender de estraperlo

- ¡Valiente estraperlo el mío ; El estraperlo es el de los que acaparan el trigo que después venden por vagones para que otros estraperlistas hagan los millones de barras de pan que después bajo cuerda venden los panaderos de toda España. Y luego, con la cartilla de racionamiento, te dan esa otra porquería.

- La verdad- dice Avelino- que si uno tuviese que apañarse solo con lo que dan cada semana de ración, íbamos a hacer unos menús curiosos

- Pues algunas veces, lentejas con jabón...Y es que durante la guerra pasamos mucha hambre y muchos pensábamos que al fin, cuando podríamos comer mejor. Pero ya, ya...Hablábamos de las píldoras de Negrín, pero estas lentejas que nos dan en el racionamiento, tienen todavía más bichos que tenían aquellas. Y como le digo yo a mi niña cuando se queja, que no nos falten. Porque los primeros meses después de la guerra, no se puede imaginar lo qué comíamos y el hambre que pasamos.

- Sí, fue muy duro. Y eso que los tres primeros meses había en las tiendas más comestibles de lo que hay ahora.

- Para el que tuviese algo de dinero. Pero nosotros no teníamos nada. El poco dinero rojo que yo había guardado perdió todo su valor. Era como tener papel. Y encontrar trabajo, era muy difícil. Así que lo que ganaba fregando en algunas casas no daba para nada. Fíjese que los huérfanos nos sacaban a veces del apuro. Su padre era muy amigo de uno que tiene un pequeño bar con comedor en nuestra calle. Pues bien, Toni, que es más listo que un diablo, a veces mataba un gato de los que pululaban por las casas en ruinas y se lo vendía. Pero aparte de eso, el dueño le daba todas las peladuras de patatas de su bar.

- ¿ Y qué hacías con las mondas?

- Pues que iba a hacer, Comerlas. Las lavaba bien, las cocía hasta que estuvieran muy blandas y las machacaba hasta hacerlas puré. Y unas veces comíamos puré de mondaduras de patatas y otras, cuando podíamos, mezclado con el puré de San Antonio. Aquellos primeros meses no son para contarlos. Y encima, con mi pobre marido condenado a muerte...

- ¿ Y cómo está tu marido?

- Muy mal. La última vez que fui a verle, se me cayó el alma a los pies. Está hecho un hilo y blanco como la cera. Me entró una depresión que fue él, el pobre, quien me estuvo animando a mí, diciéndome que no me apurase que ahora, con lo de la redención de penas por el trabajo, tan solo tenía ya diez años de condena. ¡ Diez años ; Cómo que va a poder aguantar diez años el pobretico mío...

- Ni tres

- No me diga usted eso. No me quite las pocas esperanzas que me quedan.

- No, mujer. Me has entendido mal. No te digo que tu marido se vaya a morir, que estoy seguro de que vivirá. Lo que te quiero decir es que antes de tres años lo tienes en casa.

- No me engañe . ¿Qué le hace decir eso?

- Mira, te voy a contar una cosa. Tu has visto allí en mi cuarto, en la mesilla de noche que tengo pegadita a mi cama, un viejo aparato de radio. Pues esa radio, que funciona divinamente, mucho mejor que las que venden ahora, es mi tesoro. Todas las noches muy despacito, para que no la escuchen los vecinos, yo escucho esa radio. Por supuesto que no escucho el parte, que solo sirve para hacer la propaganda del régimen y contar mentiras y falsedades. Ahora ha empezado a funcionar una nueva emisora de los comunistas, Radio España Independiente, pero solo la pongo de tarde en tarde. A la que estoy pegando la oreja todas las noches es a la BBC de Londres. Y por eso estoy informado de lo que pasa, de cómo va la guerra. Y por eso sé que éstos, que se creían muy listos, se han equivocado y han apostado al caballo perdedor. ¿ Me sigues?

- Pues no mucho. Yo no entiendo de política

- ¡ Ay criatura ; Pues hay que entender. No meterse en ella, pero entender. Mira éstos creían que Alemania iba a ganar la guerra de corrido y apostaron por ella, y no nos metieron en la guerra de milagro. Pues no señor, Alemania e Italia no van a ganar la guerra, sino que la van a perder.

- ¿ Usted cree? Pues todo el mundo dice que la van a ganar

- Porque la gente es tonta y no se informa. Pero los alemanes no midieron sus fuerzas. Creyeron que todo iba a ser como con Polonia y Francia. Pues no ha sido así. Creyeron que machacando a bombardeos Londres y las principales ciudades inglesas, los británicos se iban a rendir. Pero no se rindieron, sino que demostraron que tienen mejor aviación que ellos y ya no les resulta tan fácil bombardear Londres. ¿ Y África? Rommel se iba a comer África del Norte en un periquete y se iban a apoderar del canal de Suez y el Mediterráneo iba a convertirse en un lago alemán. Pero tampoco le salieron aquí las cuentas. Porque no conquistaron Suez y los británicos detuvieron la ofensiva de Egipto y Rommel tiene que empezar a replegarse en el Norte de África. Y como Hitler está loco, por si no tuviera bastante con los frentes que tenía, invadió Rusia creyendo que aquello iba a ser pan comido, y en efecto se plantaron enseguida ante Moscú y Leningrado. Pero ocurre que Leningrado sigue resistiendo y este fin de año han tenido un desastre en Moscú, porque no contaban como no contó Napoleón con el general invierno y les va a pasar lo que a él.

- Es que- le interrumpe Amparo- creo que allí hace muchísimo frío. Los de la División Azul que se fueron éste verano, con esos fríos lo van a pasar muy mal.

- Y tan mal. No saben lo que les espera. Ya se les estará enfriando sus entusiasmos patrióticos.

- Y anda que no iban contentos, cantando en los trenes abarrotados. Y cómo estaba la estación, llena de gente con banderas de España y la falange.

- ¿Pero es que tú fuiste a despedirlos?

- No yo no fui, pero me lo contaron. Claro que no creas que todos los que iban en la División Azul lo hacían por sus ideas, que muchos fueron para ver sí con eso podían beneficiar a algún pariente que tenían en la cárcel y que a lo mejor estaba condenado a muerte, o simplemente para escapar del hambre. Lo mismo que

esos miles de obreros que creo que han salido de Sevilla para trabajar en las fábricas alemanas. Por mal que estén, estarán mejor que aquí.

- Tampoco a estos les va a ir muy bien, pero desde luego mejor que a los de la División Azul. Porque como te estaba contando, aunque tú no lo entiendas y todos estos nombres que te doy sean chino para ti, lo de Rusia, con este largo invierno va a ser un desastre. Los rusos ya han reconquistado Rostov, y la ilusión alemana de hacerse con las fuentes del petróleo ruso va a quedar en eso, en ilusión. Y por si fuera esto poco, como los japoneses no han tenido mejor idea que la de bombardear la escuadra americana en su base de Pearl Harbor, y como los del eje son aliados de Japón, pues ahora están también en guerra con los Estados Unidos y esto es lo que les da ya la puntilla. Así que cómo te decía los listos de aquí han apostado al caballo perdedor.

- Muy bien. Ya veo que le saca muy buen provecho a su radio. Pero lo que yo le pregunto es que qué tiene que ver esto con la condena de mi marido.

- Pues tiene que ver, so simple, que cuando termine la guerra con la derrota de Alemania, estos de aquí no van a poder seguir haciendo mangas y capirotos. Y si no les echan los aliados por sus implicaciones germanófilas, lo que entra dentro de lo posible, tendrán que cambiar y ya no podrán seguir teniendo a media España en prisión. Así que empezarán a vaciar las cárceles y los que tienen treinta años de condena, después de que termine guerra mundial, no cumplirán ni dos. Por eso te digo que antes de tres años, tu estarás durmiendo tan ricamente en tu cama con tu marido.

Amparo, que entre tanto ha levantado la mesa y fregado los platos y cubiertos que utilizaron para comer, coge su bolso y dice.

- Dios le oiga. Bueno, hemos echado un buen rato. Ahora voy a la esquina del metro de Cuatro Caminos a ver si vendo algo en el poco tiempo que resta antes de que se eche la noche.

- Y yo a mi tienda a ver qué se vende. Cuando cierre, estaré un rato de cháchara con mi amigo el desmembrado que volverá de pedir en su iglesia de San Sebastián. Por cierto que me ha dicho que junto a él se sienta a pedir una vecina tuya, una tal Benita que él llama Benina por razones que no vas a entender, y que pide limosna para poder comprar algunas chucherías a una sobrina suya y a la hija de ésta, que por cierto la tratan a baquetazos.

- Qué Benita pide limosna en la iglesia; Lo último que me faltaba oír. Desde luego, esa mujer no tiene vergüenza, tratando a su tía como la trata, cuando tenía que besar el suelo que ella pisa. En fin- dice mientras abre la puerta de la casa- que este mundo es un asco, señor Avelino.

- Una gran verdad, Amparo. Una gran verdad.

Juan está comiendo en su pensión. Doña Elvira, la dueña de la pensión, es una viuda de un factor que vive del piso que tiene en alquiler desde los tiempos de la monarquía. Es un piso grande, con un amplio comedor y cinco habitaciones. Una de ellas sirve de dormitorio a doña Elvira y su hija Elvirita, una muchacha de diecisiete años que estudia corte y confección. Las otras cuatro son los dormitorios de los cuatro hombres que tiene en pupilaje.

El más joven es José María, un estudiante de segundo de medicina. José María es poco estudioso y le ha costado dos años llegar a segundo y eso que aún tiene un par de asignaturas pendientes. Es también el que mejor vive de todos los pupilos, pues refuerza la parca dieta de la pensión con los embutidos y otras vituallas que le envía su padre, acomodado campesino de Mansilla de las Mulas. A José María le pone los ojos tiernos Elvirita, pero el mozo, bastante corrido para su edad, no se deja enganchar por la niña de su patrona ni se arriesga a dar con ella un paso en falso.

El segundo huésped es el señor Guzmán. El señor Guzmán es un hombre bajito, calvo, de cara redonda y aspecto tímido que está más cerca de los sesenta que de los cincuenta. Lleva la contabilidad de un par de comercios, con lo que saca apenas para ir tirando. Viudo, su única hija, de la que tiene dos nietos, vive con su marido en Écija y no se cuida gran cosa de su padre, al que ve tan solo de tarde en tarde. Está soledad es, posiblemente, lo que hace del señor Guzmán un hombre triste y poco comunicativo.

Cosa totalmente distinta de Jiménez. Jiménez es dicharachero y discutidor. Le gusta contar chistes verdes, requebrar a Elvirita y a la propia doña Elvira si se tercia, dársela de listo presumiendo de engañar a los clientes que son todos unos pardillos y de camelar a innumerables mozas, lo que viendo su cuerpo desmirriado, sus ojillos de ratón y su enorme y roja nariz de borracho resulta difícil de creer. Discute frecuentemente con el estudiante, siempre que está en la mesa, lo que no es muy frecuente, porque Jiménez es viajante y anda siempre de un lado para otro arrastrando su maletín de muestras por los ferrocarriles y coches de línea españoles y comiendo donde Dios le da a entender. Doña Elvira le cobra únicamente la habitación, cargándole dos pesetas por cada una de las comidas que hace en su casa. A, Juan, que también cena todas las noches fuera, le rebaja sesenta peseta de las doscientas cincuenta que cobra por la pensión completa. El estudiante falta a la cena algunas noches, pero eso, como dice la patrona, es cuestión suya, la cena la tiene dispuesta y si quiere trasnochar y comer algo por ahí, allá él.

Hoy están todos los huéspedes a la comida. Lentejas con bicho y sangre con tomate. Jiménez protesta de la comida, de los bichos de las lentejas, de ese pan amarillo que no hay Dios que lo trague, de esa sangre con tomate que cómo segundo plato no es de recibo. Doña Elvira contesta airada. " ¿Qué quiere que le dé por dos pesetas ? El pan es el que dan de ración por su cartilla familiar, lo mismo que las lentejas. No pretenderá que le ponga pan de estraperlo, con el precio que tiene y, en cuanto las lentejas, me he pasado una hora limpiándolas y no tengo la culpa de que aún haya algunas con bicho, porque están plagaditas de ellos. Y ahora también protesta por la sangre frita. Pues bien rica que está. Habrá qué ver lo que le dan de comer en esas fondas de Dios..".

José María, el estudiante, da la razón a la patrona. No están los tiempos como para pedir cotufas al golfo. El viajante le contesta en tono entre enfadado y jovial." Claro, tu no protestas porque tienes los paquetes de tu casa y te pones morado de chorizo, cecina y pan blanco, sin que tengas nunca el detalle de compartir algo con nosotros. Y es que los de los pueblos sois los únicos que en estos tiempos podéis vivir..."

Las veces que coinciden el aprendiz de médico y el viajante se pasan el rato discutiendo. Son discusiones amistosas, pero Juan ya está cansado de ellas. Él es poco hablador y hoy, precisamente, no está de humor para entretenerse con la charla de sus compañeros de pupillaje.

Escribió al director de la cárcel de Porlier, conforme le aconsejó su amigo Lucio, pero no ha tenido contestación. Sabe Dios si le contestará. Y él no puede estar así, a la espera, angustiado. Tiene que hacer algo. Si no fuera porque tiene que trabajar en una instalación eléctrica iría mañana mismo a la cárcel a ver si le dejan entrar o al menos enterarse de que debe hacer para visitar a su padre, pero si no recibe carta, pasado mañana irá sin falta a la cárcel para intentar verlo.

Todo eso le deprime. Con Pili se ha cruzado un par de veces en el cabaré, y aunque ella le sonrío diciéndole que no se desanime, cada vez tienen menos confianza en que, a pesar de sus buenas intenciones, pueda hacer algo. De todas formas, no pierde las esperanzas. Cómo dice Lucio, ahora son muchos más los que indultan que los que ejecutan....

No, hoy no está muy alegre que digamos. Y esta pensión le deprime profundamente. ¿Qué vida es ésta para un hombre? Mira a Guzmán, que come en silencio enfrente de él, con su permanente aspecto sombrío.; Pobre diablo!. A su edad, viviendo solo, encerrándose en su habitación cuando sale de trabajar, sin nada ni nadie en que refugiarse, que le ofrezca su calor y su cariño. Y pensar que él pueda llegar a ser cómo Guzmán, que envejezca solo en esta mísera pensión, es algo que le aterra.

Si pudiera casarse, tener una familia....¿Pero cómo? Él, entre su sueldo en el cabaré y los trabajos que de vez en cuando hace por las mañanas, puede defenderse y sería capaz de sacar adelante una familia. Lo más complicado es el piso. Los alquileres se han puesto por las nubes y encontrar un piso es difícil y si queda alguno libre piden un dineral por el traspaso. Pero aún así, podría

intentarlo. Mas para eso necesitaba una mujer y él es muy tímido con las mujeres y, además, con lo ocupado que está con su trabajo, no tiene trato con ellas. Si encontrara una muchacha que le gustase, una muchacha guapa y buena que le quisiera... Y piensa que Pili es guapa y buena, y que le gusta, y que está seguro de que ella le quiere. Pero Pili es una puta ¿y cómo puede pensar en una puta para mujer? Esto es grande. La única mujer con la que tiene trato, con la que tiene confianza y le ha ofrecido ayuda de corazón, es una prostituta. Él, que las pocas veces que ha ido a un prostíbulo, después de estar con una de esas mujeres ha sentido asco y ha salido prometiéndose no volver, se ha ido medio enamorar de una de ellas. Y es lástima, porque si Pili en lugar de ser lo que es fuera una modistilla o una criada o cualquier otra cosa, entonces sí, entonces podría pedirle que saliera con él, y después de unos meses de noviazgo, casarse con ella y tener un hogar y no estar solo como está, en esta maldita pensión. Han terminado ya la comida. Jiménez y el estudiante han encendido unos pitillos, y, acabada su discusión, continúan charlando amigablemente. Guzmán, el solitario, se ha levantado de la mesa y se dirige a su cuarto. Se echará un rato y después ira a unos de los comercios a los que les lleva las cuentas. Él no va a echarse. Irá despacio hacia el cabaré, deteniéndose a tomar lo que llaman café y que es una mala malta con achicoria en el bar de su amigo Nicolás, el malagueño, que una vez más gastará su sempiterna broma de que éste si que vive bien, viendo los mejores espectáculos de Madrid gratis y encima rodeado de tías buenas, no como él despachando a unos cuantos borrachos. Le seguirá la corriente, aunque maldita la gracia que le hace, pero la costumbre es la costumbre, Después se dirigirá a su trabajo, a ese trabajo que, salvo la presencia de Pili y la esperanza absurda de que pueda ayudarle, también le hace maldita la gracia.

Doña Manuela y su niña, al pasar junto al portal de doña Rosa, escuchan ruido de música y de voces. Esas están de fiesta, - piensa doña Manuela.- Con el oficio de la niña, no les falta nada de nada. Y es que en esta vida no se puede ser honrado.

Benita aún no ha vuelto y la casa está helada. " Esa idiota ha dejado que se apague el brasero" dice. "Tendré que reavivarlo y preparar algo para la cena, porque cualquiera sabe cuando se dignará volver. No sé que puede hacer a estas horas, con el frío que hace, en la santa calle. "

Saca el brasero de la camilla y lo lleva a la cocina. Aparta con la badila la ceniza, en la que aún hay algunas pequeñas brasas y la echa en un cubo. En el fondo queda algo de cisco con algunas brasas mortecinas. Añade algo más de cisco y cogiendo un soplillo, comienza a dar aire. para avivar las brasas.

- Niña, - dice a su hija.- enciende la hornilla y pon agua a calentar para hacer un caldo maggi. A ver si Benita trae algo para segundo plato, si no tendremos que conformarnos con una sardina arenque.

- Una sardina arenque- refunfuña Manolita- Valiente cena.

- Y que no falte. Otros se van a la cama con la tripa llena de viento. Anda, te he dicho que enciendas la hornilla.

La niña pone algo de carbón de encina en la rejilla y mete un papel en el respiradero, pero cuando va a coger un fósforo, ve que la caja está vacía.

- Mamá, no tenemos cerillas

- Válgame Dios. No sé en que estará pensando Benita. Anda, ve al estanco y compra una caja.

- Hace mucho frío y está muy oscuro. Me da miedo. ¿ Porque no le pido a doña Rosa que me de algunas ?

- Sabes que no me gusta andar churreteando con la vecindad ni darles confianza. Pero en fin, pídeselas si quieres.

Sin hacerse rogar, Manolita baja al piso de abajo y llama a la puerta de doña Rosa. Puede escuchar el ruido de voces y de música que hay dentro. Rosita le abre la puerta.

- Que dice mi mamá qué si pueden dejarnos algunas cerillas para encender la lumbre, que se nos ha acabado la caja.

- ¿Quién es? - pregunta desde dentro doña Rosa.

- Es Manolita que quiere algunas cerillas.

- Pero pasa, hija, no te quedes en la puerta.

Monolita entra hasta el pequeño cuarto de estar. La habitación está al completo. A parte de doña Rosa y sus dos nietas se encuentran en ella Amparo, Amparito y los dos huérfanos. Todos están sentados en torno a la mesa de camilla sobre la que hay una botella de vino de Málaga y una caja de galletas y están escuchando una radio colocada sobre una repisa adosada a la pared.

- Anda, niña- dice doña Rosa - toma una galleta. Hoy es mi santo y Luisa, para celebrarlo, me ha traído esta caja y dos botellas de vino dulce. Y además, me ha regalado una radio. ¿ Qué galletas son las que más te gustan.?

- Las de vainilla - responde la niña con timidez.

- Pues toma una. Y ahora, cuando te las comas, te doy unas cerillas y le dices a tu madre y a Benita que bajen para tomarse una copita en honor mío.

- Benita no ha vuelto y mamá esta avivando el brasero que estaba medio apagado.

- Bueno. Pero lo mejor es que suba yo, porque cómo la conozco, si no voy yo a pedírselo en persona, es capaz de no bajar.

Doña Rosa sube lentamente las escaleras y llama a la puerta. Cuando doña Manuela, al abrir, encuentra a la anciana vecina en lugar de a su hija, no puede disimular su sorpresa y malestar.

- ¿ Y la niña?

- Está en mi casa. Es mi santo y se ha quedado tomando unas galletas para celebrarlo. Y tú vas a bajar también

- ¿ Pero no ve cómo estoy, avivando el brasero y sin arreglar? Se lo agradezco y la felicito, pero no puede ser. Que la niña se tome una galleta, luego le da usted un par de cerillas para que pueda encender la lumbre y que suba a casa.

- Pero mujer, cómo eres. Parece mentira que te conozca desde que eras una cría y no te dignes bajar a tomar una copa a mi salud. No esperaba este desprecio.

- Si no es desprecio. Es que tendría que arreglarme un poco.

- Qué arreglo. Ni que fueras a ir a una boda.¿ Es que no somos de confianza?.

- En fin, para que no diga, pasaré un momento. Bájese, y cuando acabe de encandilar el brasero y me cambie esta bata iré a tomar una copa a su salud.

Doña Rosa vuelve a su piso. Manolita parece más animada pues Amparito le ha dado otra galleta y, aunque se resistía, le ha servido un culín de vino dulce. En la radio se escucha la voz de Celia Gámez cantando: "Siento renacer en mí el amor- al saber que volverás "

A Amparo no le cae bien Celia Gámez.. No le perdona aquel chotís de "Ya hemos pasao". Además tiene voz de gato

- ¿Verdad, Amparo, que suena muy bien, ?- dice doña Rosa..

- Estupendamente. Es una radio muy buena y la va a hacer a usted mucha compañía.

- Pues sí hija. Yo me paso mucho tiempo sola, y escuchando la radio es como si estuviese acompañada. Desde luego, esta Luisa mía es un tesoro.

- Qué tontería, abuela - dice Luisa que está sentada entre la abuela y la hermana -. Si esto no es nada. Dónde la he comprado estaban en liquidación y me ha salido bastante barata.

- Doña Rosa - pregunta Joaquín - ¿podremos bajar los sábados Toni y yo para oír Fiesta en el aire ?

- Claro que podéis. Y siempre que queráis escuchar algo, lo que sea, venid Faltaría más.

- Rosita- dice Toni- podría presentarse a Fiesta en el Aire en canción española. Con lo bien que canta, seguro que ganaba el premio.

- Rosita- tercia Amparo- canta muy bien, aunque yo creo que lo que mejor hace es bailar.

- Pues no crea- dice la niña-. Mi maestra siempre me está dando la lata con que me tengo que centrar en el baile para entrar en alguna compañía de baile español. Pero a mi no me convence eso de ser una más en el conjunto. Yo lo que quiero es ser la figura en un espectáculo de variedades, cantando y bailando al mismo tiempo.

- Vamos, niña- dice la abuela- tu lo que quieres es ser una segunda Conchita Piquer. Me parece que picas muy alto.

Llevan ya un buen rato de animada charla cuando al fin aparece doña Manuela. Se ha vuelto a vestir como si fuera a salir. Aunque sonrío y saluda a todos, su

gesto de cordialidad resulta forzado y no puede disimular que no le hace la menor gracia aquella concurrencia. Doña Rosa le ofrece una silla y le llena un vaso de vino dulce. Cuando ve que su hija está bebiendo, no puede ocultar su contrariedad.

- ¿ Pero qué haces tú bebiendo vino ?.

- Se lo he dado yo- dice la anciana.

- ¡ Qué barbaridad !

- Pero mujer, si es una insignificancia. Además este vino no hace daño. Es más, tomar un poquito es bueno para la salud, porque es un reconstituyente. Es como la quina.

Doña Manuela no contesta. Mordisquea una galleta y bebe un sorbo de vino dulce. Frente a ella está sentada Luisa, a la que observa sin disimulo. Viste un traje oscuro de chaqueta. Aunque Luisa cuando va a casa de su abuela procura vestir sus ropas más sencillas, doña Manuela no puede dejar de observar que ese es un traje caro, un traje que nunca se podrá permitir ella. Y eso acentúa su rabia y su animadversión.

- ¿ Ha visto usted el detalle que ha tenido mi nieta Luisa? Para que me entretenga, me ha comprado este aparato de radio.

- Si, Luisa está muy bien situada y pueda ayudarles mucho. No todos tenemos su suerte.

- Mujer, todo se arreglará. A usted acabarán concediéndole la pensión de su marido y todo les irá mejor

Doña Manuela no contesta. Le corroe por dentro la elegancia de Luisa, el ver a todos esos vecinos tan contentos, escuchando la radio, la radio que ella no puede permitirse tener. No puede aguantarlo. En cuanto termine la copa de vino dulce se sube a su piso.

- Rosita, canta tú algo- dice Toni.

- Mejor que baile - interviene su hermano.

- Pues que cante primero y después que baile.

Rosita se hace rogar. Pero al requerimiento de los niños se añade el de Amparo y su hija. Entonces, tras apagar la radio. Rosita comienza a cantar.

"El día que nací yo / qué planeta reinaría / por donde quiera que voy / qué mala estrella me guía"

La niña tiene una voz fina y agradable de soprano y un estupendo oído. Y además, gracia y encanto. Sin ser tan guapa como su hermana resulta una niña seductora. Todos, salvo doña Manuela y su hija, aplauden con entusiasmo cuando Rosita termina la canción. Amparo se levanta y le da un beso. Luego dice.

- Pero si lo hace mejor que la Imperio. Yo estoy convencida que esta niña llegará a ser una artista.

- Sí - interviene doña Manuela- esta niña será tan artista como su hermana es modelo

- ¿ Qué dices, Manuela?- pregunta Doña Rosa entre asombrada y molesta.

- No le haga usted caso- interrumpe Amparo- son cosas de está que solo disfruta fastidiando

- Con que fastidiando. ¿ De donde cree usted que sale esta radio y estos dulces y todo el dinero que les da Luisa? Modelo...Menuda modelo. Modelo en la barra de Chicote esperando que llegue uno para que la invite a una copa y luego llevárselo a la cama. Y esto lo sé de buena tinta, que se lo ha dicho a mi cuñado su jefe que acostumbra ir por allí. De ahí sale el dinero y el lujo de su nieta. De ser una puta. ¿O eres- añade dirigiéndose directamente a Luisa - capaz de negarlo?

Luisa no contesta. Se ha puesto totalmente blanca y permanece como paralizada. Es Amparo quién se levanta como una furia y se dirige a doña Manolita gritándole.

- Aquí la única mala puta que hay eres tú.- Cierra el paso a su vecina que, cogiendo la mano de su hija ha hecho intención de salir, y continúa gritándole - . Tú, orgullosa de mierda que vives a costa de tu tía a la que tanto tú como la fea de tu niña tratáis a patadas y que no sólo permites que salga de noche para tirarse toda la mañana fregando suelos, sino que tienes la desvergüenza de consentir que coma en Auxilio Social y que por las tardes pida limosna en la puerta de la iglesia de San Sebastián, sin agradecersele siquiera, sin reconocer

que sin ella estaríais en la calle muertas de hambre, sin darle la menor muestra de cariño, sino tratándola con desprecio porque es una pobre, orgullosa de mierda y doña de pan pringao. Eso si que es ser una mala puta.

Madre e hija esquivan el cuerpo de Amparo y se alejan por el pasillo. Ya desde la puerta, doña Manuela grita a su vez:

- Vámonos, hija. Has visto por qué yo no quiero tener trato con esta gentuza. Aquí solo hay putas y rojos, que son todos unos rojos y las mujeres tenían que estar en la cárcel como están sus hombres. Pero las voy a denunciar. Voy a denunciar que tiene con ella a dos niños con los que no tiene ningún parentesco y que andan todo el día golfeando por la calle en lugar de estar recogidos en un orfanato. Pero esto se va a acabar porque yo voy a denunciarlo y ya veremos lo que pasa.

Madre e hija salen dando un portazo. Todos los de la casa, antes tan alegres y animados, permanecen abatidos y callados. Doña Rosa ha empezado a llorar silenciosamente. Sus nietas la rodean con sus brazos y la cubren de besos.

Entonces Amparo, dirigiéndose a la abuela y las nietas, dice.

- No llore usted, doña Rosa. No haga caso de lo que esa víbora ha dicho ni se preocupe por ello. En este maldito mundo en que ahora vivimos, cada uno hace lo que puede para salir adelante. Tenemos que hacer lo que sea para poder vivir. Esto es lo único que ahora importa. Poder seguir viviendo.

En la pista de bailes las parejas se deslizan bailando un fox-trop Delante de la orquesta y de cara al público un vocalista vestido de etiqueta y con lazo de pajarita canta en español la universalmente conocida melodía de The Continental. En las mesas hombres y mujeres beben conversando entre sí mientras observan a los que bailan.

Cuando termina el baile, la pareja de Pili se despide de ella y se dirige a una mesa donde ha descubierto a unos amigos. Pili queda sola. Comprende que su presencia no sería bien acogida en esa mesa a la que ha ido su compañero de baile, que éste ha encontrado otra compañía. Echa una mirada por la concurrencia. En una mesa, solo, ve a Alejandro bebiendo con gesto sombrío.

Tiene un estremecimiento de miedo. De ninguna manera quiere que, al verla sola, la aborde. Busca con la mirada y en otra mesa, también sólo, ve a ese poeta tan educado que nunca se lleva a su casa a las mujeres a las que invita a una copa para que le hagan compañía. Como a una tabla de salvación se dirige a la mesa del poeta y le pide permiso para sentarse con él y tomar una copa.

Diego Angulo ha bebido más de lo acostumbrado. Desde que recibió el telegrama en que le anunciaban la muerte de Victor Maura, se ha lanzado al coñac. Además, hoy ha estado cenando con Valejo. Vallejo es otro... Ha disminuido su entusiasmo falangista, se siente defraudado, traicionado por lo que está ocurriendo. No es lo malo que haya abandonado la falange, sino que haya perdido su fe. Su fe en la revolución nacional sindicalista y, lo que es peor, su fe en el caudillo. Se lo ha recriminado acremente durante la comida, le ha querido hacer ver que Franco es la salvación de España, que las inmoralidades que se producen en el país no son culpa suya y que él acabará con ellas. Es más, que enderezará las cosas y seguirá sin vacilaciones su camino. Pero Vallejo se ha mostrado escéptico. Y es que en realidad, nunca tuvo fe en el Generalísimo, nunca, como otros intelectuales falangistas, consideraron que en Franco se encarnaban la esencia de los ideales de la falange.

Aunque es difícil tener fe viendo lo que está pasando. Este local, lleno de nuevos ricos, de estraperlistas que amasan su fortuna con el hambre de los pobres. Ese vocalista imitando a Fred Astaire, cantando esa música americana... Música americana, películas americanas. ¿Hasta cuando vamos a estar imitando a los americanos? Claro que cuando no los imitamos es peor, porque ese Continental no puede compararse con el grotesco Tiro liro, ni con esa estúpida Vaca lechera y es preferible escuchar a Fraid Astaire que no a ese cursi de Bonet de San Pedro o ese negrito que ahora nos ha llegado, ese Machín que está haciendo furor.

La voz de Pili saca a Diego de sus meditaciones. "Sí, puedes sentarte" - dice en respuesta a su solicitud. Recuerda vagamente a esa chica. Le debe de haber hecho

compañía alguna vez, aunque él no se fija demasiado en esas muchachas a las que paga una copa sin otra pretensión que la de tener a una mujer sentada a su lado. Ésta es bastante mona y no tiene el aspecto descarado que suelen tener las mujeres de su oficio y que tanto le desagrada. Parece más prudente y modosa.

- ¿Qué quieres tomar? ¿Un coñac?

- No, es demasiado fuerte para mí. Preferiría una copa de vino dulce.

- Muy bien. Pediremos un jerez dulce. Es una buena bebida y Jerez una buena ciudad.

Pili observa a su compañero. Ya ha estado con él alguna vez, aunque sin demasiado fruto, pues que ella sepa, nadie ha hecho negocio sentándose a su mesa. Pero deja buenas propinas. Claro que ella lo que necesita es sacar dinero para ver si puede ayudar a Juan. Si el chulo aquel encontrara compañía y no temiera que la abordara, tras tomar una copa con éste procuraría buscar otro cliente.

El camarero ha traído su copa de Jerez y otro coñac que le pidió el poeta. La orquesta ha comenzado a tocar un vals.

- ¿Quiere que bailemos?

- No, no bailo. Pero si tú lo deseas puedes bailar con otro.

- No,. Prefiero hacerle compañía.

El poeta sonríe. Una chica prudente y educada que le habla de usted, no como las otras que enseguida se toman confianza. Bueno, al menos a su lado se distraerá de sus pensamientos. Y es que no se puede quitar de la cabeza la muerte de Víctor, la idea de que fue él quien lo mató. Lo mató en un tonto momento de ira, porque lo que en realidad quería era salvarle. Sí, quería salvarle, pero ya no puede porque está muerto.

- ¿Te gusta el vals?

- Sí, pero es difícil de bailar con tantas vueltas y vueltas. Me gusta más el fox y, sobre todo los boleros

- Sentimentalismo afrocubano. Seguro que te encanta ese negrito, Machín. Seguro que eres una sentimental.

- Pues sí que lo soy, qué vamos a hacer.

- Pero la vida no es nada sentimental. Es dura y cruel. Todos éstos que están aquí se la darán de sentimentales, y en el fondo son unas hienas que solo piensan en sí mismo sin que les importe machacar al prójimo. Aquí solo hay pecado. Todos somos pecadores. Tu también eres una pecadora, aunque posiblemente menos que la mayoría de los que estamos aquí, menos que yo.

Pili calla sin saber qué decir. Le desconcierta este hombre, le desconcierta la forma en que habla. Parece un cura.

Como si leyese su pensamiento Diego dice con una amarga sonrisa:

- A lo mejor estás pensando que soy un cura. Aquí, en el cabaré hay más de uno disfrazado. Y seguro que tú te habrás llevado alguna vez a uno a tu cama. Pero no, yo no soy ningún cura. Soy un poeta. Un poeta que hoy tiene el vino o, por mejor decir el coñac, triste ¿Y tú, no estás triste? Seguro que más de una vez tienes también tus días tristes, aunque tengas que disimularlo. Vamos, sincérate mientras yo sigo bebiendo coñac ¿Quieres otra copa de jerez?

A la llamada de Diego acude el camarero

- A ver, traiga otra copa de jerez para la señorita y para mí coñac. Pero déjeme la botella. Hoy tengo mucha sed.

Permanecen en silencio hasta que viene el camarero y los sirve. Diego llena su copa y se la bebe de un trago. Después llena otra, Pili, tímidamente dice.

- No vaya a ponerse malo.

- ¿Te importaría?

- Pues sí. No me gusta ver enferma a la gente.

- Eres una buena chica. Pero no te has sincerado conmigo. Te pregunté qué si tú también tienes días triste.

- Pues sí, como todo el mundo. Y ahora llevo una temporada mala porque un primo mío tiene tuberculosis. Si pudiera irse a un sanatorio, a lo mejor se curaba, pero es pobre. Yo quisiera ayudarle. Tengo algunos ahorros, pero necesitaba mil pesetas más.

- La tuberculosis... Todo el mundo tiene tuberculosis. Y tu necesitas ayudar a tu primo, pero te faltan mil pesetas para poder ayudar a tu primo. A tu primo o a tu chulo.

- No señor, a mi primo. Yo no tengo ningún chulo.

- Bueno, mejor para ti. Los chulos solo sirven para sacaros el dinero y pegaros de vez en cuando una paliza. Aunque a mí tampoco me importa que tengas o no chulo y que le quieras dar dinero. No soy quién para sermonearte.

El vocalista del cuello de pajarita ha comenzado otra canción:

"Tres cosas hay en la vida - salud dinero y amor - y el que tenga estas tres cosas- que le de gracias a Dios.- El que tenga un amor - que lo cuide, que lo cuide..."

- No está mal- dice Diego- Salud, dinero y amor. Yo tengo salud y dinero, pero amor...Solo he tenido un amor. Mi madre. Pero mi madre murió y yo no pude ni asistir a su entierro. ¿ Y tú, tienes amor?

- No. No tengo amor. Ni amor ni dinero. Lo único que por ahora tengo es salud, y no sé lo que me durará.

- Pobre... Casi todas las noches tienes un hombre en tu cama, pero no tienes amor. A lo mejor tu amor es ese primo tuyo que está tísico y al que quieres meter en un sanatorio, pero tampoco tienes dinero. Te faltan mil pesetas para poder ayudarle.

Vuelve a llenarse la copa de coñac. Pili le mira con desconfianza. Está cada vez más borracho y su conversación le resulta molesta. Pero mientras el otro siga allí, echándola de vez en vez una mirada de reojo, no puede dejarle.

- Mil pesetas. Mil pesetas no son nada. Todos los que están ahí bailando o bebiendo con una chica como tú, podrían darte mil pesetas, sin que les supusiera ningún sacrificio. Pero esos no dan nada. Esos solo roban, roban al pueblo que pasa hambre. Y luego Vallejo, claro, tú no sabes quien es Vallejo, él es un poeta que es o, mejor, que era amigo mío, pues como te decía, luego Vallejo y otros como él dicen que es que el caudillo no ha cumplido los objetivos de la revolución nacional sindicalista Y como yo le digo ¿ es que tiene él la culpa de que haya una guerra mundial, de que España fuera destruida por la canalla roja, de que esos cuervos estraperlistas que ahora están aquí bailando se lucren con la sangre del pueblo? ¿ Qué puede hacer él? ¿ Fusilarlos? Sí, eso es lo que hay que hacer, fusilar a toda esta canalla.

Acaba de beberse la copa de coñac, y mira a su acompañante que le observa en silencio.

- ¿ No dices nada? Seguro que está pensando en lo borracho que estoy. Pues sí, estoy borracho Estoy borracho, pero digo la verdad. Esos estraperlistas son unos canallas y unos miserables. Y yo, que no soy un estraperlista sino un poeta, yo que tengo menos dinero que ellos te voy a dar mil pesetas para que ese primo tuyo que dices que está tísico se pueda curar, aunque piense que ese tísico no existe, pero después de todo a mí tampoco me importa. Haz el bien y no mires a quién.

Pili le mira incrédula. ¿ Será posible? No, solo son fanfarronadas de borracho.

- ¿Dice que me va a dar mil pesetas? No me lo puedo creer..

- Pues créetelo. Pero tienes que venir a mi casa, porque aquí no las tengo.

Anda, vámonos ya.

Se levanta y paga al camarero. Después recoge su abrigo en el guardarropas. Pili también toma el suyo. Y por primera vez en su vida, el poeta Diego Angulo sale del cabaré del brazo de una puta.

Pili ha acompañado en un taxi al poeta hasta su casa. Es una casa señorial, a su gusto algo alejada del centro y en un lugar bastante solitario, pues los edificios de pisos alternan con hotelitos ajardinados que ocupan mucha extensión por lo que, a esas alturas, la calle de Velázquez es poco populosa. Piensa que cuando salga no encontrará un taxi por allí y no le hace gracia, con este frío y esa soledad, tener que caminar el largo trecho que hay hasta Goya, donde sí le será fácil encontrar algún taxi.

En un lujoso ascensor suben hasta el piso del poeta. Como se esperaba, no hay nadie en él. Por un largo pasillo llegan a un cuarto de estar con butacas de cretona, una repisa con cajitas, relojes y una Virgen de escayola. También en la pared, juntos a un par de cornucopias, cuelgan varios cuadros de vírgenes y retratos de una señora anciana que se imagina será la madre del poeta.

Después de atravesar un amplio comedor, entran por fin en el dormitorio. En el dormitorio hay una cama de madera oscura, una cama antigua matrimonial., sobre la que cuelga un crucifijo de ébano. También llama la atención de Pili un palanganero muy amplio, con una palangana de porcelana y cubierto todo el resto de la parte superior del mueble por una losa de mármol.. Enfrente de la cama hay un armario ropero y junto a él, adosada a la pared, una mesa larga y estrecha sobre la que en un marco de plata está el retrato de la anciana que ya vio en el cuarto de estar, con un ramo de rosas delante y dos candelabros con velas rojas a cada lado. Encima del mueble cuelga un cuadro de la Virgen. En la mesa y colgados de las paredes, más retratos de la anciana, unas veces sola y otras acompañada de un niño, seguramente el poeta.

A Pili le impresiona esta habitación. Le parece sombría y severa. Tiene la impresión de encontrarse en un lugar de, culto, una capilla conventual. Algo muy poco apropiado para el ejercicio de su profesión, algo que la intimida y sobrecoje.

Permanece en pie, al lado de la cama junto al hombre. Está cortada. El debería tomar alguna iniciativa. Abrazarla y besarla, como hacen todos. Pero no, permanece a su lado en silencio. Piensa por un momento que acaso sea un tímido y que necesita que sea ella quien tome la iniciativa. Pero la seriedad de aquel lugar, la seriedad del hombre, la corta el impulso. Así que se limita a cogerle una mano entre las suyas.

Él estrecha su mano suavemente. Después se coloca frente a ella y tomándola de la barbilla, mira fijamente su cara.

Bueno- piensa ella- esto empieza a normalizarse. Ahora me abrazará y empezará a besarme.

Pero no. Diego continúa mirando a la chica. Después dice:

- Si no fuese por ese maquillaje de fulana que llevas, tendrías una cara pura, una cara inocente. Anda - añade conduciéndola a una puerta que se abre a un lado del dormitorio -, mientras yo me cambio de ropa lávate en el cuarto de baño bien esa cara. Quiero verla al natural, libre de pintura, como cuando eras niñas. Que, al menos en apariencia, tengas la inocencia de la infancia.

Pili entra en el cuarto de baño. Verdaderamente, éste es un tipo raro, raro y desconcertante como su casa. Tiene un cuarto de baño estupendo y mantiene ese lavabo del año de la pera en su dormitorio. Y tantos retratos de su mamá, tantas vírgenes colgadas en la pared....

Se quita el vestido y en combinación comienza a jabonarse. Seguro que tampoco le gusta mi perfume- piensa- Pues voy a oler solo a jabón. Pero mientras se enjabona fuertemente, no le abandona el temor. A veces una se encuentra con hombres raros, que exigen cosas fuera de lo corriente. Claro que ella siempre los recibe en su casa, y eso es distinto, más seguro que en este piso lejano y un tanto aislado. Además, hasta ahora ha tenido suerte. Hay clientes que le han exigido guarrerías, pero no ha encontrado como alguna compañeras tipos que les gusta pegar a la pareja o exigir que ésta les pegue. Lo peor que le ha ocurrido fue una vez que uno la tomo por detrás. Aquello le hizo mucho daño y además le produjo almorranas. Así que no ha consentido que se lo hicieran nunca más. No, eso no lo va a volver a consentir, ni tampoco va a tolerar nunca que alguien por divertirse la pegue.

Claro que este hombre tan educado no le parece que sea capaz de eso. Pero sí es bastante raro y ella no pudo ni sospechar lo que se propone. Tiene un poco de miedo. Intenta animarse diciéndose que no le ocurrirá nada malo y que a lo mejor por cualquier tontería se gana mil pesetas con lo que podría resolver el problema de Juan, aunque no cree que le de tanto dinero. Lo de las mil pesetas lo habrá dicho por fanfarronear o sabe Dios por qué. Una rareza más de éste hombre que la desconcierta. En fin, lo que sea sonará.

Bien lavada sale en combinación al dormitorio. El hombre no está allí. Por un momento piensa en desnudarse completamente y tenderse en la cama, dando así el

primer paso. Pero lo considera mejor. A lo mejor es de esos que prefieren que sean ellos los que poco a poco, entre caricias, van quitando la ropa a la mujer, sobre todo la ropa interior. Y si la encuentra desnuda y tendida en la cama, ofreciéndose, puede que la rechace por descarada o sentirse ofendido, vaya usted a saber. La verdad es que no sabe como proceder. Así que permanece en combinación, sentada en esa enorme cama matrimonial que tampoco es la más apropiada para un soltero.

Al fin entra el poeta. Se ha quitado el traje y ahora lleva un lujoso batín de terciopelo rojo. Se aproxima a Pili y, tomándola de la mano, hace que se ponga de pie. No parece reparar en lo ligero de su vestimenta, sino que se limita a mirarle la cara fijamente. Después la acaricia suavemente la mejilla, y dice: - ¿No ves? Así estás mejor. Es como yo me imaginaba. Tienes una cara inocente, una cara de virgencita. Es hermoso encontrar la inocencia en medio de tanta maldad, de tanta podredumbre. Encontrar la inocencia perdida.

Continúa acariciándole suavemente la mejilla y el pelo. La muchacha está cada vez más desconcertada. Aquellas palabras, aquel hablar de inocencia, aquello de decir que tiene cara de virgencita, ella una puta, la sumen en la mayor confusión. Cada vez ve más lejano el que se pongan a hacer lo que ella se suponía, cuando marchaban en el taxi hacia su casa, que iban a hacer.

De pronto el poeta la deja diciendo:

- Espera, se me ha ocurrido una idea. Enseguida vuelvo.

Sale de la habitación. ¿Qué idea se le habrá ocurrido? Vuelve a sentirse inquieta y temerosa. Desde luego- piensa- éste no es normal. Éste quiere hacer algo raro. Sí estuviera en su casa, estaría más tranquila, pero aquí, en este enorme piso, se encuentra indefensa, sometida a los caprichos de ese loco borracho.

Diego reaparece llevando en sus brazos un bulto de ropas que deposita sobre la cama.

- Anda, ponte esto- dice tendiéndole una túnica blanca.

Pili coge la túnica, Es una túnica con mangas largas. Duda un momento antes de intentar ponérsela. Al fin, con cierta dificultad, se la pasa por los brazos y la cabeza, dejando que la túnica se deslice hasta sus pies.

El poeta la mira complacido. Después toma un amplio manto de terciopelo azul oscuro.

- Éste te lo pondré yo. - Coloca un extremo del manto sobre el hombro derecho de Pili y le cruza el resto sobre el pecho y la espalda, cubriéndole todo el busto Retrocede un paso y la contempla detenidamente. Pili le mira inquieto, sin saber que busca con aquel disfraz.

- Muy bien. Así pareces una Virgen. La Virgen de Alonso Cano. Junta las manos y ponlas sobre el pecho. No, así no. Fíjate en el cuadro que hay en la pared situado sobre el retrato de mi madre, y colócalas como las tiene la Virgen de ese cuadro. Era la Virgen preferida de mi querida mamá.

Pili se fija en el cuadro en el que antes apenas había reparado y queda horrorizada al comprobar que la ha vestido como a la Virgen del cuadro. Son las mismas ropas. Verdaderamente este hombre, además de borracho, está loco.

- Vamos, coloca tus manos como las tiene colocada esa Virgen. Así. Muy bien. Así está muy bien.

Diego se acerca a la mesa y sacando su mechero, enciende las velas rojas de los dos candelabros. Después toma una de las sillas que hay en la habitación y sitúa delante de la mesa alargada en la que, como en un altar, está el retrato flanqueado por las velas encendidas y el ramo de rosas.

- Bien. Siéntate aquí. Permanece quieta, sin cambiar de posturas, con las manos en la posición que ahora tienes.

La chica obedece. Cada vez se siente más inquieta y temerosa. El estar así, disfrazada de virgen, le produce un intenso malestar. Eso está muy mal- piensa- El que ella, una prostituta, haya sido disfrazada de virgen, es un acto malvado. Un pecado muy grande. Algo mucho peor que lo que ella hace normalmente. Si ahora estuviera en la cama, con él encima, también sería pecado, pero menos grave que éste Después de todo es algo que sólo hace para poder vivir. Pero esto es otra cosa. Sólo la consuela de su temor supersticioso, su temor de que Dios la

castigue, el que tampoco lo hace por su voluntad, el que lo hace obligada por ese loco.

El hombre permanece frente a ella, mirándola. De pronto se arrodilla y, rodeándole con sus brazos las caderas, hunde la cara en su regazo. Permanece así, apretando fuertemente su cara contra ella, agitado por cortos estremecimientos. Ella siente el calor de la cara del hombre. A lo mejor es así como se satisface- piensa- mientras acaricia suavemente su cabello. Nota que cada vez sus estremecimientos son más intensos hasta que comienza a sollozar y a decir con voz entrecortada: "Virgen mía, perdóname. Perdóname y ruega por mí, madre. Soy un gran pecador. Tu hijo es un criminal que ha matado a un hombre." Pili no soporta más. Aparta suavemente a Diego y levantándose de la silla, dice.:

- No continúe usted así. Esto es como una profanación. Yo no soy la Virgen y lo que estamos haciendo es algo muy malo que no se debe hacer

El poeta se pone también de pie y mira a la chica como atontado, como si despertara de un profundo sueño.

- Una profanación, - dice como hablando para sí.- He vestido a una puta como a la Virgen y me he prosternado ante ella y me he confesado como si me confesase ante la Inmaculada, ante mi bendita madre.. Una profanación, una locura. Anda, quítate esas ropas y desaparece de mi vista. Vete.

Apresuradamente Pili se cambia de ropas. Una vez vestida, se pone el abrigo y toma su bolso. Entonces se dirige al poeta.

- ¿No me va a dar usted para que pueda coger un taxi?

- ¿ Un taxi? Ah, sí. Me olvidabas. Tu has venido aquí por dinero, para que te diera esas mil pesetas que necesitas para tu primo o para quien sea. Espera. Diego sale de su habitación. Al poco regresa llevando un fajo de billetes.

- No los he contado pero sí, más o menos, deben de ser mil pesetas. Toma y vete. Pili contempla asombrada el fajo de billetes. Los mete en el bolso y sin darle las gracias, sin decirle una palabra, abandona el dormitorio. Pero antes de cruzar el pasillo puede ver, por la puerta entreabierta, como Diego ha vuelto a prosternarse ante el retrato de su madre y la reproducción de la Inmaculada de Alonso Cano.

Alejandro Fernández vio como Pili se sentaba en la mesa de aquel poeta que se dedicaba a dar charlas patrióticas a los pesos. Estaba seguro de que se había sentado con ese poeta para evitarle. Pidió otra ginebra y observó a la pareja. Aquella zorra era capaz de irse con cualquiera, incluso con ese poeta marica que nunca se llevaba a una puta, limitándose a charlar con ellas y pagarles unas copas, antes que con él. Aquello le llenaba de rabia. No aguantaba más. Esta noche, cuando el poeta como acostumbra se fuera solo, iba a abordar a esa pájara y quieras que no se iba a ir con él. Y desde luego, le iba a dar una buena lección.

Pero su rabia llegó al paroxismo cuando vio que el poeta se iba del brazo con la Pili. Esto era lo último que le podía pasar. Salió precipitadamente mientras la pareja iba al guardarropas y se paró sin perder de vista la puerta del cabaré, en el callejón donde había aparcado su balilla. Vio como el poeta paraba un taxi y, antes de que la pareja entrase en el coche, él ya se había metido en el suyo. Arrancó y doblando a Gran Vía, comenzó a seguir al taxi que arrancaba en aquel momento.

La pareja se bajó en la calle de Velázquez, casi esquina de Lista, y entró en un lujoso portal. Él maniobró y aparcó el coche unos metros encima del portal, en dirección a Goya. Apagó las luces del coche y encendió un cigarrillo. Y allí estuvo casi una hora, esperando y consumiéndose. Aquel poeta marica que nunca iba con mujeres tenía que haberse ido precisamente con la que le despreciaba a él. Pero aquello no iba a quedar así.

Cuando Pili salió de casa de Diego miró desconfiadamente la calle. La farola de gas estaba algo más abajo y allí apenas llegaba la luz. Un lugar oscuro y solitario. No había nadie, solo un coche pequeño aparcado un poco más arriba del portal. En una noche tan fría la gente estaba recogida, y más en aquel barrio. Le quedaba un largo trecho hasta llegar a Goya. Allí habría más gente y

seguramente podría encontrar un taxi. Pero, ante aquel largo trayecto solitario y llevando tanto dinero como llevaba, la muchacha tenía miedo. Empezó a caminar rápidamente. De pronto el trozo de calle se iluminó con los faros encendidos de un automóvil. Aquel balilla que estaba aparcado más arriba había encendido las luces e iniciado la marcha. Sobresaltada, aumentó la rapidez de su paso. El coche la sobrepasó y, unos metros más abajo, se detuvo. Se quedó aterrada al ver que de él descendía aquel chulo que la perseguía en el cabaré. Diego se acercó y, parándose frente a ella, cerrándole el paso, dijo.

- Bueno, preciosa. ¿Cómo te lo has pasado con ese poeta? Pienso que no demasiado bien, porque no creo que ese marica sea demasiado bueno en la cama.

- Déjame - dijo ella procurando apartarle.

- Despacio, niña que aún tenemos tú y yo que hacer muchas cosas esta noche. Pili intentó de nuevo apartarle pero él la sujetó. En el forcejeo se le cayó el bolso. Se agachó para cogerlo pero él, apartándola de un empujón, fue quien lo recogió del suelo.

- Vamos a ver qué llevas aquí. Algo te habrá dado el poeta por el servicio

- Dame eso- dijo la chica precipitándose de nuevo sobre él.

- Tranquila nena- respondió apartándola de un fuerte empujón y abriendo el bolso.- Pero coño, ¿qué tienes aquí.? Esto es un dineral, - añadió cogiendo el fajo de billetes y guardandoselo en el bolsillo del pantalón- Seguro que se los has robado mientras le engatusabas haciéndole Dios sabe qué a ese gilipollas de poeta.

Pili volvió a precipitarse sobre Alejandro, gritando.

- Ese dinero es mío Dámelo. Dámelo o llamo al sereno.

- Calla y no escandalices o te estrangulo- dijo Alejandro mientras le tapaba la boca. El sereno no te va a oír. Con este frío estará en alguna tasca tomándose una copa de cazalla. Y si te oye y viene ¿qué?. Le diré que has intentado robarme. ¿ Y a quién piensas que va a creer el sereno, a una puta como tú, o aun policía como yo? Anda escandalizando y encima terminarás en la cárcel.

Pili siguió forcejeando y pataleando.. Se apartó un poco y, al par que clavaba sus uñas en la cara de Alejandro, le dio con todas sus fuerzas una patada en la pantorrilla. El hombre lanzó un gemido de dolor y se inclinó para agarrarse la pierna dolorida, soltando a la chica que aprovechó su movimiento para huir a todo correr.

Pero Alejandro se repuso enseguida. Loco de ira, y a pesar del dolor de su espinilla, comenzó a correr detrás de la muchacha. Antes de que recorrieran veinte metros ya la había alcanzado. La agarró del pelo y sacando la pistola de la funda que llevaba bajo el sobaco, con todas sus fuerzas le golpeó la cara con la culata.

La chica se desplomó sin un gemido. Quedó tendida boca arriba en el suelo. Alejandro la dio varios puntapiés en las costillas y después alzando la pierna, la golpeó con todas sus fuerzas con el tacón en la cara.

La chica continuaba inmóvil.- A lo mejor la he matado- pensó mientras la observaba. Se inclinó sobre ella, pero había muy poca luz. Encendió una cerilla. No, no estaba muerta. Entre los labios rotos surgía un ligero jadeo. También tenía rota la nariz. Pero lo peor era su ojo derecho. Debía de haberle alcanzado allí el salvaje culatazo, porque entre un velo sanguinolento se veía el blanco del globo fuera de su órbita. Se lo había saltado

- Así aprenderás -murmuró mientras caminaba hacia su coche- que de Alejandro Fernández no se ríe ninguna mala puta. Aunque, con la cara que te va a quedar, ya ni para puta vas a servir

Era una mañana muy fría, la escarcha blanqueaba la tierra como si fuera un manto de nieve, una nieve que aún no había caído pero que se presagiaba en un cielo cubierto de nubes de un color gris ratón. A lo largo de la llanura que se extendía junto a las vías del ferrocarril, se alzaba un pueblo cochambroso de chabolas de lata y cartón en torno de las que pululaban mujeres y niños harapientos y perros famélicos. En aquella población algunos, para instalar su vivienda, habían aprovechado restos de la pasada guerra: el socavón causado por una granada, un trecho de trinchera o una casamata. Y todo tenía un aspecto precario, de `caravana nómada que había establecido un campamento provisional pero que antes o después lo levantaría para ponerse en marcha y buscar otro lugar en que acomodarse, Dios sabe dónde.

Toni y Joaquín dejaron atrás aquel poblado en su regreso a Madrid. Habían salido muy temprano para recoger carbonilla, aunque esto era más bien una excusa pues con tantos buscadores no se encontraba casi nada. La realidad era que les gustaba pasear por las vías, salir de las calles de la población, ver los trenes. A pesar del frío del que apenas le defendía sus capotes hechos con mantas desechadas del ejército, aquel paseo les hacía sentirse libres.

Un prolongado pitido les anunció un tren que procedía de Madrid. Pronto cruzó junto a ellos, dejando en el aire una nube de humo negro. Era un mercancías, con una larga fila de vagones cerrados y vagones cisternas. Se detuvieron para verlo pasar, y solo reanudaron su camino cuando lo perdieron de vista. Jacinto le dijo a su hermano lo que, en idénticas ocasiones, le decía casi siempre:

- Nada me gustaría más que montar en tren..

Toni no le respondió. Sí, a él también le gustaría. Montar en un tren, atravesar los campos, hundirse en la noche viendo mientras los cruzaban brillar a lo lejos las mortecinas luces de los pueblos dormidos. Marchar, marchar hacia cualquier lugar, hacia una nueva vida.

- ¿ Sabes lo que he pensado, Toni ? Que podíamos meternos en uno de esos vagones de mercancías antes de que el tren se pusiera en movimiento, y marcharnos

- ¿ A dónde?

- No se. A cualquier parte. A donde nos llevase el tren.

- ¿ Y cómo íbamos a vivir?

- Bueno, como ahora Buscando chatarra y papeles, vendiendo cigarrillos hechos con colillas, pidiendo limosna.

- Sí. Y, al segundo día, nos cogerían y nos meterían en el hospicio.

- Bueno y ahora, si nos denuncia doña Manuela, también nos meterán en el hospicio.

- No la hagas caso. A ésa se le va la fuerza por la boca, pero verás como no hace nada y todo sigue igual.

Decía eso para tranquilizar a su hermano, pero no estaba seguro de que aquella mala pécora no cumpliera su amenaza. Además, aún en el caso de que no los denunciara doña Manuela, en cualquier momento los podrían detener para verificar su identidad y, al comprobar que eran huérfanos, internarlos en un hospicio. Y esto, el que los llevara a un hospicio, era lo que más temía Toni.

Siempre había querido ser libre, sin que le encerrasen, viviendo como vivían ahora vagando por la calle y teniendo para dormir un rincón en la casa de Amparo que desde que murieron sus padres había sido una madre para ellos. Pero cuando el deseo de libertad se había transformado en auténtico terror a que los encerrasen en un hospicio, fue hacía algo más de un año, cuando estuvo hablando con el chico que trabajaba en la verbena

Jacinto se había quedado en casa porque tenía algo de fiebre y él, en su vagar, había llegado hasta los descampados de Ventas, tras la plaza de toros, donde habían instalado una verbena. Dando vueltas por ella, llegó hasta un pequeño tiovivo para niños. No tenía motor, y lo hacía girar un chico algo mayor que él que empujando daba impulso a la plataforma. Se quedó mirando el carrusel y, cuando se detuvo, el chico que lo mantenía en marcha dirigiéndose a él, dijo:

- Oye, tengo que ir un momento a darle un recado al jefe que está comiendo en la taberna de al lado. ¿Puedes vigilar entre tanto los caballitos para que no se

suba ningún chico en ellos?. Si alguno quiere subirse le dices que hasta dentro de una hora no va a funcionar. Anda, hazme este favor. Yo vuelvo enseguida. Se quedó esperando. Al poco rato volvió el chico. Le dio las gracias y le dijo que si quería comer con él. Saco dos trozos de pan amarillo y un poco de bacalao.

- Toma. No es bacalao, es corvina, pero se deja comer.

Se dejaba comer aunque estaba tan salado que tenían que estar continuamente bebiendo agua de una botella que tenía el chico, para poder pasarlo. Mientras comían, el chico le contó su historia.

Hacía unos meses que se había escapado del orfanato. Aprovechando un descuido de las cuidadoras se subió a la baca de un camión de patatas que había estado ayudando a descargar, cubriéndose con una lona. Estuvo un buen rato en el camión. Cuando éste, al subir una cuesta, amaino su marcha, saltó a la carretera. Vagó un par de días por el campo, sin nada que comer y con el temor de que le cogieran. Afortunadamente en un pueblo había una verbena y el dueño de esto caballitos le había acogido para que trabajara empujándolos. Le daba la comida, dormía en su carromato y le pagaba cincuenta céntimos al día. Pero lo mejor es que estando con él y teniendo un oficio, nadie iba ya a detenerle.

- Este es un trabajo de esclavos, - dijo -, pero mucho mejor que estar en el orfanato. Por nada del mundo quisiera volver allí. Es peor que la cárcel. Nos mataban de hambre, nos lavaban con zotal para matar los parásitos, abrasándonos las carnes, estábamos todo el día a vueltas con la religión y la formación patriótica y, si alguien se desmandaba, las señoritas le daban de zapatillazos hasta amaratarle todo el cuerpo, encerrándolo después en un cuarto húmedo y oscuro sin darle ni comida ni, lo que era peor, agua con la que poder refrescarse los cardenal o apagar la sed, pues con la tunda uno estaba como si estuviera abrasado de fiebre. En fin, que estoy seguro de que la cárcel es mejor que aquello y yo no volveré allí por nada del mundo. Antes me mato.

Fue después de lo que le contó aquel chico cuando Toni empezó a aterrorizarse con la idea de que pudieran llevarlos a un orfanato. Y ahora aquella pécora amenazaba con denunciarlos. Y en el caso de que no los denunciase, cualquier día mientras vagaban por la calle los cogería un guardia y se enteraría de que la mujer que los tenía recogidos no era nada suyo. Y entonces sí que estarían perdidos.

Si aguantasen un poco... El, con catorce años, podría encontrar un trabajo de dependiente o de cualquier otra cosa y entonces ya no le internarían. Pero Jacinto. ¿Qué iba a ser de su hermano?

Siguieron caminando un rato en silencio hacia Madrid. De pronto Toni, dijo:

- Sabes, Jacinto, pienso que los padres hicieron muy mal cuando se fueron a pasear por la Gran Vía dejándonos en casa. Teníamos que haber ido todos juntos. Entonces, aquella bomba, en vez de haber matado sólo a ellos, nos hubiera matado a todos.

Luisa caminaba por la Glorieta de Bilbao. Eran las doce de una mañana gélida. Sentía frío, a pesar de su buen abrigo de paño de color corinto y de sus guantes de cabritilla y por eso marchaba a buen paso. De pronto un hombre que pasaba a su lado, dijo:

- Hola, preciosa. ¿Ya no saludas a los viejos amigos?

Luisa estaba acostumbrada a que la requebrasen al pasar, pero aquello de " viejos amigos " y la voz que no le resultaba desconocida, hizo que mirase al hombre. Enseguida lo reconoció, aunque hacía mucho que no lo veía. Era Vicente.

- Hola, Vicente ¿Cómo estás?

- Bueno, vamos tirando. Y tú, ya veo, hecha una reina.

- Menuda reina...

- Hace siglos que no te veía.

- Sí, mucho tiempo.

- Oye, aquí en la calle hace mucho fría. Si tuvieras un momento, me gustaría invitarte a un café.

- No sé - dijo Luisa vacilando

- Vamos, no seas orgullosa. Si es solo tomar un café y charlar un poco sin estar aquí, ateridos.

Luisa aceptó. Entraron en el gran café que había en la glorieta. A esa hora estaba casi vacío. Tomaron asiento en una mesa del fondo, un rincón solitario sin nadie a su alrededor que pudiera importunarlos.

- Yo voy a veces por el barrio. Supongo que tú también irás.

- Sí. Voy muchas veces para ver a mi abuela y a mi hermana.

- Qué casualidad que nunca hayamos coincidido. ¿Qué quieres tomar?- dijo cuando llegó el camarero-

- Un café con leche.

- Muy bien. Un café con leche para la señorita y, para mí, un sol y sombra.

El camarero se alejó y, durante un momento, permanecieron en silencio. Lo rompió él.

- No es por piropearte, pero estás guapísima y muy elegante.

- Tu tampoco estás mal.

- Hombre, no voy hecho un pordiosero pero al lado tuyo... Seguro que te imaginabas que tendría peor pinta.

- ¿Y eso por qué?

- Por las cosas que habrás oído de mí

Llegó el camarero con las consumiciones e interrumpieron la charla.. La reanudó Luisa.

- Bueno, no me han hablado mucho de ti, aunque lo que he oído no eran precisamente cosas buenas.

- Sí reconozco que mi vida no es ejemplar, aunque, con los tiempos que corren, uno tiene que hacer lo que sea para seguir tirando. Tirando y lampando, que es lo que hago yo.

- Pues no sé cómo te va tan mal, entrando como entraste con los vencedores.

- Mira, voy a decirte algo. En esta vida yo he hecho muchas cosas vergonzosas, pero cuando más vergüenza he sentido es cuando entré en Madrid desfilando con las fuerzas de Franco.

- ¿ Y por qué te pasaste?

- ¿ Por qué ? Porque yo siempre he procurado salvar mi pellejo y si no me hubiese pasado estaría, como tantos otros, muerto o en la cárcel. Y aún así me costó Dios y ayuda salvarme. ¿Qué quieres que te diga? Siempre he sido un egoísta. Un egoísta y un golfo

- Entonces, ¿ de qué sentías vergüenza?

- Sentía vergüenza de entrar así, victorioso, en aquella ciudad en la que había vivido casi tres años, viendo como luchaba su gente, como pasaba hambre, como morían bajo los bombardeos y, a pesar de todo, resistía. Sentí vergüenza al entrar en aquella ciudad destruida desfilando con quienes la habían destruido Y sentí vergüenza porque aquel pueblo que había luchado heroicamente durante tres años, ahora recibía a los vencedores con banderas falangistas y bicolores y se agrupaba en las calles vitoreándolos y saludándolos brazo en alto.

- Si, es verdad. En Madrid, durante la guerra, había también mucha gente de derechas. Pero no todos los que estaban viendo la entrada de las tropas franquistas y saludaban brazo en alto lo hacían de corazón. Algunos lo hacían porque se alegraban de que terminase aquella horrible guerra y pensaban que ya no tendrían que sufrir más bombardeos y que al fin podrían comer. Y otros estaban allí porque tenían miedo, porque tenían mucho miedo y creían que haciéndose pasar por franquistas, podrían salvarse. Hacían lo mismo que hiciste tú y por el mismo motivo. Por salvar la piel.

Entró una pareja y se colocó en una mesa cercana. Entonces bajaron aún más la voz.

. ¿ Fuiste tú?

- No, yo no fui. De la casa la única que salió a recibirlos entusiasmada fue doña Manuela, que volvió gritando amenazadora que ahora muchos se iban a enterar. Y de nuestra calle fueron muy pocos los que asistieron a la entrada de vuestras tropas.

Durante un momento se mantuvieron callados. Después Vicente dijo:

Bien distinto que cuando el catorce de Abril Entonces sí que se echó a la calle casi todo el barrio. ¿ Recuerdas?

- Claro que lo recuerdo. Yo había bajado al portal y estaba viendo a la gente que iban gritando y con banderas republicanas. Entonces pasaste tú y me dijiste que si quería acompañarte, que ibais a la Puerta del Sol. Te dije que esperases un poco. Subí y recortando un trozo de papel del que empleaba la abuelita para sus patrones, pinté en él con mis lápices de colores una bandera tricolor, la sujeté en mi blusa con un imperdible y, aunque la abuelita no quería que fuese porque temía que con tanto revuelo pudiera pasar algo, bajé corriendo las escaleras temiendo que te hubieras ido. Pero no, estabas esperándome.

- Qué día aquel. En Bravo Murillo no cabía la gente. Muchos se dirigieron hacia Correos pero otros fuimos hacia Sol. Recuerdo que en Montera no se podía casi dar un paso. Apretujados llegamos a la Puerta del Sol. Había muchos guardias formados, pero no intervinieron ni cargaron y algunos gritaban también " ; Viva la República. ! " Tu te asustaste al verlos, pero yo te tomé por la cintura y te dije que no temieses nada.

Ahora hablaban casi en un susurro, con las caras pegadas, como si fuesen dos enamorados

- Sí, yo me asuste mucho al ver a los guardias con sus fusiles. Creía que nos iban a disparar. Claro, yo era solo una chiquilla que iba a cumplir los catorce años. Y tú ya debías de tener lo menos diecisiete

- Aún no los había cumplido.

- Pero te aprovechaste. Con aquellas apreturas y aquella alegría general que se le metía a una como el vino, yo estaba como fuera de mí y tu lo aprovechaste para besarme. Me besaste en las mejillas y, al final, en la boca.

- No se te ha olvidado. ¿ A lo mejor fue tu primer beso?

- Sí, fue mi primer beso.

- Qué día aquel...Te acompañé a casa pero yo volví y por la noche estuve en la Plaza de Oriente gritando aquello de " No se ha marchao- que le hemos echao " Luego todo fue a peor. Murió mi padre y yo, sin oficio ni beneficio, me fui de voluntario. En la mili tuve malas compañías y, aunque me vino bien ir tan joven porque cumplí el servicio militar antes de la guerra y si no lo tengo que cumplir ahora, allí empecé a malearme. Y ahora, pues ya ves lo que soy. Un golfo que acabará en la cárcel si no le dan un tiro, mientras que tú...

- De sobra sabes también lo que soy. Una puta cara que conforme vaya echando años, dejaré de ser tan cara y cualquiera sabe en lo que acabaré.

- Si no hubiera muerto mi padre y yo no me hubiera maleado, si no hubiera habido esta guerra, quién sabe. A lo mejor tú y yo...

- No miremos al pasado, dijo Luisa levantándose y poniéndose el abrigo. Vámonos ya.

Vicente pagó la consumición y salieron del café Ya en la calle, Luisa le tendió la mano.

- Bueno, adiós,

- ¿ Volveremos a vernos?

- Quién sabe. A lo mejor un día nos encontramos, como hoy, por casualidad Empezó a caminar hacia Fuencarral. Vicente miró por un momento aquella admirable figura de mujer que le daba la espalda, encendió un cigarrillo y comenzó a su vez a marchar en sentido contrario.

Estaba empezando a oscurecer. Era una tarde helada, que amenazaba nieve. Benita, tras cruzar la Plaza de España, caminaba lentamente por la calle de Princesa. Arrastraba sus piernas entumecidas por el frío y el cansancio, sin levantar apenas los pies del suelo. Caminaba atontada, casi sin ver, sin saber apenas por donde iba, sin rumbo fijo, andando como en un sueño. Era este estado de atontamiento, de ensoñación en que estaba sumida durante todo el día, el que le había asaltado la noche anterior cuando Manuela y la niña comenzaron a gritarle.

Había regresado a casa más tarde que de costumbre. Tras pedir en San Sebastián, se había dirigido a una carnicería que cerraba tarde y puesto en la cola para poder comprar dos filetes de hígado. Pensó que su sobrina y la niña a lo mejor habrían cenado ya, pero entonces tenían resuelta la comida del día siguiente. De

todas formas se pondrían contentas. El hígado les gustaba mucho y no se podía comprar todos los días.

Y nada más entrar en casa, sin esperar a que les diera el envoltorio con los dos filetes, su sobrina comenzó a gritarle. " Eres nuestra vergüenza y por tu culpa ya no podremos nunca levantar la cabeza, porque toda la vecindad se reirá de nosotras ", decía.. " A quién se le ocurre ponerse a pedir a la puerta de una iglesia...¿ Es que no te paraste a pensar que alguien de la vecindad, que alguien que nos conoce, te podía ver? Pero a ti qué te importa el deshonrarnos ; Una mendiga! ¿Con qué cara va a salir esta niña a la calle? Anda vete. No quiere verte más. Vete mañana dónde sea, pero vete" - Y la niña, llorando, repetía. " Sí, que se vaya, que se vaya de aquí, mamá"

Por un instante pensó dejar la casa en ese momento, pero le asustaba la noche. Entró en la cocina y se tendió en su jergón, aunque no podía dormir. No podía dormir ni tampoco llorar. Estaba allí, tendida en el jergón, sumida en un estado de ensoñación, de atontamiento, que ya no había de abandonarla en todo el día. Como acostumbraba salió a las cuatro de la mañana para ir a su trabajo. Después comió en Auxilio Social. Esta vez no había comprada nada de comer para sus sobrinas. Tampoco fue a la iglesia de San Sebastián No tenía ganas de que el desmembrado, al verla, pudiera adivinar por su aspecto lo que había ocurrido y se riera de ella. Deambuló sin rumbo, sin saber por dónde. Cada vez sentía más frío y estaba más cansada. Se dio cuenta de que estaba al principio de la calle de Atocha y, para calentarse y descansar algo, entró en la iglesia de Santa Cruz La iglesia estaba casi vacía Tomó asiento en un banco. Allí no hacía tanto frío y se sintió mejor. Al cabo de un rato, empezó a entrar gente y a ocupar los bancos y reclinatorios. Dieron las luces y un monaguillo, en el altar mayor, comenzó a encender las velas. El olor de las velas encendidas le resultaba molesto. Salió a la calle.

Comenzó otra vez a caminar sin rumbo. Atravesó la Plaza Mayor y, casi sin darse cuenta, se encontró frente a Palacio, bajando por la calle Bailén. Luego cruzó la Plaza de España y ahora, lentamente, arrastrando las piernas ateridas subía por la calle de Princesa.

Esa calle había sufrido mucho con la guerra. Aún podían verse varios edificios en ruinas y otros en reconstrucción. Durante el cerco de Madrid fueron muchos los vecinos de Princesa que abandonaron sus casas para trasladarse a barrios más tranquilos, y eran pocos los que se aventuraban por aquella zona de Argüelles. Ella sí. En busca de tiendas menos frecuentadas, donde no se formaban tantas colas, llegaba casi hasta el cuartel de la Moncloa, donde estaba ya el frente. Marchaba sin miedo al estallido de las bombas y los obuses, como si aquello no fuera con ella. Por eso decía Eulogio que era la monda, que tenían que darle la medalla del valor. "Tu tía, - le decía a Manuela- en sus paseos corre mucho más peligro que yo en la primera línea de fuego "

Eulogio no era malo- pensaba- en realidad era mejor que Manuela, pero conmigo también era muy desconsiderado. A mí nadie me ha tratado bien. Nadie me ha querido.

Cuando llegó al Parque del Oeste era ya noche cerrada y había comenzado a nevar. Sin darse cuenta casi de lo que hacía, se adentró en el parque solitario. Estaba aterida y cansada. Llego junto a un pino y se sentó en la hierba con la espalda adosada al tronco. Ahora la nieve caía lentamente, en grandes copos que blanqueaban su raído mantón.

A pesar de helada humedad que sentía en la cara, no se encontraba mal. Le estaba entrando un dulce sopor, un dulce sopor en el que se iba hundiendo toda su memoria, toda su tristeza y angustia.

Cerró los ojos. Pensó: " Ahora permaneceré aquí, sentada y, por la mañana, seré como uno de esos muñecos de nieve que construyen los niños."

Durante unos instante permaneció así, adormilada y tranquila, sintiendo cómo la nieve lentamente caía sobre ella. De pronto una idea cruzó por su cabeza como un relámpago:

" Pero si muero ¿qué va a ser de ellas? ¿Quién va a cuidarlas y quién les procurará la comida si yo falto ? "

Con gran esfuerzo consiguió incorporarse y lentamente empezó a arrastrar sus cansada y ateridas piernas emprendiendo el largo camino hacia su casa.

Sobre dos sillas colocadas en el tablao, uno al lado del otro, estaban sentados el guitarrista y el cantaor. El guitarrista miraba concentrado su instrumento. Sus dedos gordezuelos, comenzaron ágiles a rasguear las cuerdas. El cantaor, un hombre joven, muy pálido y delgado, escuchaba la melodía con atención. Cuando el guitarrista le dio la entrada, hizo unos gorjeos con la garganta y después, con una voz dulce y algo afeminada, comenzó a cantar:

" Del convento las campanas -si preguntan por quién doblan- del convento las campanas - díles que doblando están - por mis muertas esperanzas ". En una mesa Alejandro Fernández escuchaba la copla junta a una gitana joven y guapa y un hombre ya de edad, grueso y con la cara picadas de viruelas. Sobre la mesa había tres cañas y una botella de manzanilla, ya vacía. Cuando terminó la copla, guitarrista y cantaor se sentaron en una mesa cercana a la que ocupaba Alejandro. Este llamó al camarero y le dijo:

- Una botella más de manzanilla. Y pon otra a los artistas, de mi parte.  
- Sí- añadió la gitana- que se vayan entonando que actúo yo y tienen que acompañarme en unos tangos  
- Tangos, morena, los que vamos a bailar tú y yo cuando esto termine  
- Ya veremos quién baila con quién.  
- Eso, ya lo veremos.

Tenía los ojos semicerrados y hablaba con voz gangosa de borracho. Cuando calló, intervino el hombre picado de viruelas con un tono adulator.

- Esta malagueña se la oí yo aquí mismo, hace ya bastantes años, a don Antonio Chacón. ¿Usted, don Alejandro, no oyó cantar a don Antonio? Una lastima, - añadió tras el gesto negativo de Alejandro- porque con lo buen aficionao que es usted, hubiera disfrutado como no puede ni figurárselo. Chacón ya era mayor, había perdido facultades y cantaba en falsete, pero con un compás y un sentimiento único ¿Quién puede comparársele hoy? Desde luego, no este muchacho. Ni siquiera Vallejo

Llego el camarero con la botella. Con gesto fanfarrón, Alejandro sacó un billete y se lo tendió.

- Cóbrate y quédate la vuelta.  
- Muy generoso estás hoy - dijo la gitana - Y muy rico.  
- Esta noche, cuando bailemos tú y yo, te vas a enterar de lo rico y generoso que estoy. Mira. esto

Saco unos cuantos billetes que dejo sobre la mesa y abrazó a la gitana. Esta, sin apartar los ojos del dinero, se libró suavemente del abrazo.

- Déjame, que ahora me toca actuar..  
- Está bien, lo dejaremos para luego.

Juan Santiuste yacía sobre su jergón con los ojos abiertos. La celda estaba helada, la manta delgada y rota no abrigaba lo suficiente y por eso todos se acostaban sin desnudarse.

Juan acababa de despertarse. Era la hora, la hora en que indefectiblemente se desvelaba, la hora en que solían llegar ellos... Aunque hacía algunos días que no venían y últimamente, cuando llamaban a uno, era para trasladarlo a un penal. Sí, era probable que a él también lo indultasen se decía pero, a pesar de todo, cuando llegaba esta hora se despertaba con un sentimiento de inmensa angustia que le oprimía el pecho y le formaba un nudo en el estómago.

Esperó expectante, forzando el oído para percibir algún ruido en el pasillo. No se oía nada. Los únicos ruidos eran los que, durmiendo, emitían algunos de sus compañeros del pabellón. " A pesar de todo, se puede dormir, aunque de vez en vez uno se despierte sobresaltado " - se dijo. Luego, como tantas veces, pensó en Juan. Durante un tiempo estuvo angustiado al no tener noticias de él. Sabía que en la guerra había tenido que luchar en el bando de los facciosos, y esto le tranquilizaba porque no le podrían condenar, como a él, por auxilio a la rebelión. Pero el hecho de que no hubiera intentado visitarlo en ninguna de las cárceles donde él había estado, le había hecho pensar que acaso le habrían herido en el frente o que, aún peor, hubiera muerto. Pero hacía unos días un sargento destinado en la prisión le tranquilizó con unas breves palabras " Su

hijo vive en Madrid y tiene un buen empleo. Procurará verle " Desde que sabía esto soñaba todos los días con esa vista.. Si tenía que morir, que pudiera al menos despedirse antes de su hijo.

Sobre el tablado la joven gitana bailaba por tangos. Alzados sus brazos morenos, moviéndolos acompasadamente, zapateaba al tiempo con energía llevando el compás. De vez en vez giraba elevando una de sus piernas y, en el giro, al levantarse la falda, mostraba fugazmente el cobre de su muslo.

La visión de aquel muslo, apenas entrevisto, encendía la sangre de Alejandro, y el golpear de los tacones sobre el tablado como ráfaga de disparos, aceleraba su pulso. Costara lo que le costase, en cuanto terminara el espectáculo se iba a llevar a esa chiquilla a su casa.

Un ruido rítmico y enérgico de pasos resonó en la galería. Se detuvieron junto a la puerta y entonces Juan escuchó el sonar de los cerrojos al descorrerse y de la llave girando en la cerradura. Al abrirse la puerta una franja de la luz eléctrica que entraba del pasillo iluminó al funcionario.

Como los demás presos, Juan se había sentado en su jergón. La voz recia y solemne del carcelero rompió el angustioso silencio

- Juan - y tras la habitual pausa, continuó- Santiuste.

Juan se levantó y esperó un poco por si había más nombres. No había más.

Entonces hizo la reglamentaria pregunta:

- ¿Con todo o con nada ?

- Con nada- respondió secamente el funcionario.

Esta vez el cantautor era un gitano viejo, con la cara cetrina cruzada por un millar de arrugas. La guitarra sonaba seca y solemne. Cuando el tocador golpeó con su puño la madera, el gitano, como un cuajarón de sangre, lanzó un grito estremecedor, terrible:

" Duquelas las mías - hasta en el andar... "

Aquello no era una copla, era una desgarradora queja de dolor y muerte.

Juan abandonó la celda. No hubo despedida de los compañeros. La ceremonia se seguía con fatalismo, en silencio. En la puerta le esperaban dos guardias armados de fusil. El funcionario cerró con llave y cerrojo y, mientras, uno de los guardias le colocó las esposas. Caminando entre ellos, se dirigió hacia la salida.

El suelo aún conservaba algunos restos blancos de la reciente nevada, pero el cielo se había despejado y podía divisarse el leve titilar de algunas lejanas estrellas

Alejandro, abrazando por el talle a la gitana, con vacilantes paso de borracho, caminó con ella hacia su coche.

La pequeñez del balilla resaltaba cómicamente la extravagante mole del gasógeno.

Ya en la calle, uno de los guardias comentó.

- Qué nohecita. Hace un frío que pela.

- ¡ Menuda helada está cayendo- respondió el otro..

A unos cuantos metros de la puerta de entrada del convento reconvertido en cárcel, estaba parado un furgón. Juan vio a través de su puerta abierta dos filas de guardias armados sentados en dos bancos, unos frente a otros.

Antes de subir al furgón Juan observó que allá, hacia el este, en la negrura del cielo nocturno, se insinuaba una ligera claridad. Dentro de una hora una leve franja rosa pálido anunciaría un nuevo amanecer. Pero él ya no podría verlo....

## ÍNDICE ALFABÉTICO DE PERSONAJES

Aficionado al flamenco  
Alejandro Aparicio Militar que visita Chicote durante su estancia en Madrid  
Alejandro Fernández Policía falangista, chofer y guardaespaldas de un ministro.  
Amiga de la hermana de Pili  
Amparo Pipera y pequeña estraperlista  
Amparito. Hija de Amparo  
Angustias (Doña) Madre de Diego Angulo  
Antonio Olmedo. Joyero. Primer amante de Luisa.  
Antonio y Ana. Padres de Toni y Jacinto  
Avelino. Propietario de una librería de viejo.  
Bailaora flamenca  
Barman del cabaré  
Benita. Anciana que trabaja de fregona  
Bustamante. Policía amigo de Alejandro Fernández  
Cantaor de flamenco  
Cesar padre de Luisa  
Claudia. mujer de Esteban, el peletero.  
Concha. Amante de El Marquesito  
Chico que trabaja en los caballitos, huido del orfanato  
David Calzado. Novio de Amparito  
Diego Angulo Poeta falangista que da charlas patrióticas a los presos políticos  
Director de la cárcel de Segovia.  
Director del penal de Burgos  
Eduardo Castaños. Condenado a muerte en Porlier  
Elvira (doña) Dueña de la pensión en que para Juan  
Elvirita. Hija de la anterior  
Enrique. Camarero que facilitó el paso de Pili del burdel al cabaré  
Esteban. Rico peletero, cliente de Luisa  
Estremera. Falangista camarada de Alejandro y el ministro en Valladolid.  
Eugenio. Panadero encaprichado con Amparo  
Eulogio Ruiz Pérez. Marido de doña Manuela. Caído en las filas republicanas.  
Evaristo El Marquesito. Hampón  
Felipe. Un carpintero amante de Gloria.  
Flechas que desfilan cantando  
General a quien Diego pide que se interese por Víctor.  
Gitano. Un viejo cantaor  
Gloria. Amiga de Amparo. Pajillera.  
Gregorio Amigo de David Calzado  
Guardias que detienen a Juan Santiuste en la sierra  
Guardias que sacan a Juan Santiuste de Porlier.  
Gumersindo. Terrateniente cordobés y estraperlista al `por mayor, cliente de Luisa.  
Guzmán (el señor) Compañero de pensión de Juan  
Hermana de Pili  
Ignacio. Amigo de David Calzado  
Jiménez. Pupilo de doña Elvira  
José Antonio. Artista de cine con poco cartel, visitante de Chicote  
José María. Compañero de pensión de Juan.  
José Manuel. Alto cargo de Sindicatos, cliente de Chicote  
Julián El desmembrado. Mutilado rojo y mendigo  
Juliana. Mujer de Santiago Ruiz Pérez  
Juan Santiuste. Condenado a muerte en Porlier  
Juan. Hijo del anterior. Electricista en el cabaré.  
Julio. Marido de Amparo. Preso en Ocaña.  
Lucía Castaños. Paisana de Pili. Puta.  
Lucio. Guardia en Porlier. Amigo de Juan.  
Luisa. Prostituta de lujo.  
Luisa. Madre de Luisa y Rosita  
Madre de Amparo y Teresa

Madre de Manuela y hermana de Benita  
Madame (La)  
Manolita. Hija de doña Manuela.  
Manuela (doña) Sobrina de Benita.  
María Antonia. Prostituta cara.  
Mariano. Marido de doña Rosa. Ebanista  
Mariano. Amigo de David Calzado.  
Marido de Micaela Fontanero  
Matilde. Empleada de Antonio Olmedo.  
Micaela. Asistente de Diego Angulo  
Paco. Marido de Teresa. Preso en Dos Hermanas  
Padre de doña Manuela.  
Padre de Pili  
Padrino de doña Manuela.  
Paquita. Amiga que tenía Pili en su pueblo  
Pepe, El ministro jefe de Alejandro.  
Pili. Prostituta de cabaré.  
Primos de Juan Santiuste. Pastores  
Putas que abre a Pili la puerta del burdel.  
Rosa (doña) Abuela de Luisa y Rosita  
Rosita. Hermana pequeña de Luisa.  
Santiago Ruiz Pérez Cuñado de doña Manuela  
Sargento que durante la guerra deshonró a Pili  
Sisinia Otra de las amigas que tenía Pili en su pueblo  
Sonsoles. Mujer de Antonio Olmedo  
Teresa. Hermana de Amparo.  
Toni y Jacinto. Hermanos huérfanos que duermen en casa de Amparo.  
Topo (EL). Policía que hace la vista gorda al pequeño estraperlo de aceite en el  
tren de la Estación de Baeza a Madrid.  
Vallejo. Poeta falangista  
Vicente. Maleante de poca monta.  
Víctor Maura. Poeta republicano preso en Burgos.  
Vocalista de cabaré